LOS MISTERIOS

DE

LONDRES.

7243

LOS MISTERIOS
de
LONDRES.

Novela escrita en ingles

por Sir Francis Trolopp,

y trasladada al español de la version francesa

Por D. I. M. de A.

PRIMERA PARTE.

CADIZ.

Imprenta, libreria y litografia
DE LA REVISTA MEDICA,
plaza de la Constitucion número 11.
1844.

LOS MISTERIOS

de

LONDRES.

Novela escrita en inglés

por Sir Francis Trollope

y traducida al español de la version francesa

Por D. J. M. de A.

PRIMERA PARTE.

CÁDIZ.

Imprenta, librería y litografía
DE LA REVISTA MEDICA,
plaza de la Constitucion número 11.

1844.

LOS MISTERIOS DE LONDRES.

Primera parte.

Los Caballeros de la noche.

CAPITULO PRIMERO.

LA NIEBLA.

UNA tarde de noviembre, un domingo por la tarde, el buen capitan Paddy O'Chrane estaba sentado á una mesa teniendo delante un gigantesco vaso de grog en un cuarto de la taberna *The Arms of the Crown*.

Como hay en Londres medio ciento de tabernas que tienen por muestra las Armas de la Corona, no creemos inútil especificar que el establecimiento de que hablamos tiene sus cuatro ventanas adornadas con cortinas encarnadas, y su puerta á quien precede un mezquino peristilo de cinco escalones, á el Water-Street, ò barrio de la Torre.

El capitan Paddy, era un irlandés de seis pies de alto y como seis pulgadas de diámetro, vestido con un frac azul con botones negros, unos pantalones de ante que se unian con unas medias de filoseda, y por último unos enormes zapatos por donde no habian pasado betun ni cepillo.

Al otro lado de esta habitacion de reserva (1) estaba sentado un hombre como de unos cuarenta años, cuya fisonomia manifestaba honradez y tranquilidad. Llevaba un vestido decente, sin pretensiones de elegancia, pero muy distante de ser ridículo.

Sus inmóviles y dilatados ojos tenian la mirada fija como la de los que no ven. Venia algunas veces á la taberna donde era conocido por el nombre de Tyrrel el ciego.

Mistress Burnett, la soberana de la ca-

(1) Una taberna debe tener cuando menos tres piezas: *the parlour* que es la habitacion destinada á los caballeros: *the bar* el mostrador ó despacho y *the tab*, la sala comun donde beben los del pueblo.

sa cuyo trono estaba colocado regularmente en el mostrador, solia decir, con algunos intérvalos, una palabra graciosa al capitan Paddy, que era un parroquiano de la casa.

Una moza de la taberna estaba de pié entre las dos puertas.

Esta jóven hubiera hecho su fortuna en el tiempo en que los artistas eran príncipes, y pagaban sus modelos á peso de oro, pues era admirablemente hermosa. Alrededor de su frente, cuyo perfil recordaba la curva ideal del antiguo dibujo, habia como una auréola de robusta y tranquila dignidad. Sus largos cabellos, negros como el azabache, rompian la barrera de tul que le oponia el lienzo de su tocado, cayendo en grandes rizos sobre sus espaldas medio desnudas. Su talle, magnífico en sus contornos, conservaba una gracia oculta, pero esquisita en su mismo vigor, y realzaba la altiva perfeccion de su semblante, como un noble pedestal aumenta el valor de una estátua.

El tipo judio dominaba en sus facciones, y sus carnes no eran las de una inglesa.

Estaba de pie, pues desdeñando el punto de apoyo que le ofrecia el quicio de la puerta, no inclinaba su soberbio talle, cuyos inmobles perfiles parecian de mármol. Su ojo negro, grande y rasgado, estaba empañado y sin reflejo como el de una sonámbula. Ningun movimiento se le advertia entor

los músculos de su semblante. La cruzada luz de las lámparas venia á herir la palidez mate de su frente, y se absorvia como un cristal deslustrado.

Sobre ella estaba fijo sin cesar el ojo sin vista del ciego, que sin embargo saboreaba despacio y á pequeños tragos, un vaso de vino con azúcar. En el intérvalo que mediaba de un trago á otro, sus labios se movian; pareciendo seguir una de aquellas íntimas conversaciones que las personas privadas de la vista entablan muchas veces consigo mismo.

En la sala comun, una veintena de individuos, cuyo ropage en desórden se asemejaba á él de los watermen del Támesis, acababan de llegar juntos, y bebian, de pié, un vaso de gin puro.

—Suzannah! dijo el capitan Paddy O'Chrane, mezclame, corazon mio, por doce cuartos el gin con agua fria sin azúcar.... Le añadirás una gota de limon, Suzannah!

La hermosa jóven á quien se dirigia esta òrden, ni la oyò, y por consiguiente ni se movió de su lugar.

—Que me condene si me ha oido! murmuró el capitan; me veré obligado á llamar á Mistress Burnett..... Mistress Burnett!

La señora y soberana de la taberna de las Armas de la Corona entrò con paso magestuoso y discreto á la par. Era muy colo-

rada, muy chica, y llevaba una cofia, cuyo fondo en encage tenia cerca de dos pies ingleses de altura.

—Quiero que Dios me condene, Mistress Burnett, continuó el capitan, sino he llamado varias veces á Suzy..... pero aun cuando *la vanguardia* disparase una pieza de á cuarenta y ocho junto á su oido, el diablo me lleve, Mistress Burnett, si la hacen mover una pulgada.

—Suzy! gritò Mistress Burnett con voz chillona.

Un imperceptible temblor agitó el párpado de la ciega; pero la jóven no se movió.

—Vaya, por Dios! Mistress Burnett, dijo el capitan, apuesto un shilling contra seis peniques, si, por todos los diablos, á que no se dignaria responder ni al lord mayor, aunque viniese en persona.

Mientras que el capitan hablaba asi, Mistress Burnett se habia avalanzado á Suzannah, y sacudiéndola fuertemente por el brazo:

—Qué es esto! haragana, qué es esto! le dijo llena de còlera.

La hermosa jóven retrocedió un paso y se puso encendida como una escarlata. Una reina hubiera envidiado el involuntario ademan con que respondió al brutal ataque de su ama. Fué un movimiento de altivéz tan

repentina, de dignidad tan verdadera, que la tabernera permaneció, con la boca abierta, incapaz de articular una palabra mas.

La ciega, en este momento, se sonrió frotándose las manos, como si un alegre pensamiento hubiese de pronto pasado por su imaginacion.

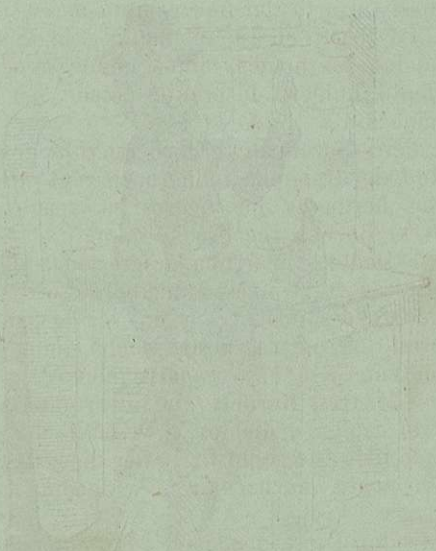
Pero Suzannah recobró muy luego su actitud de tranquila indiferencia: el brillo de sus hermosos ojos negros se apagó, y Mistress Burnett recobró su valor.

—Dadle pan á una desgraciada! dijo, recoged en vuestra casa á una pordiosera enteramente desnuda!..... y en vez de agradeceroslo, arruinará vuestro establecimiento, descontentará á vuestros parroquianos.....

—Mistress Burnett, la interrumpió de lejos el capitan, diablos si yo creia haber causado todo este ruido..... por Dios, dejad á esa pobre muchacha!..... y dadme mi grog!

La tabernera obedeció, pero, ofendida del tono de insólita ceguedad que tomaba con ella el capitan, quiso vengarse, y por un ademan comun á las mugeres de baja esfera de todos los paises, arrimò su puño cerrado á la nariz de Suzannah.

La hermosa jóven empezó á sonreirse con desden. El ciego bebió de un solo trago todo lo que le quedaba de su vino con azùcar.



Haced que me preparen mi groc, os lo suplico... Sabeis? doce cuartos de gin mezclados con agua fria, sin azúcar... y una gota de limon.

No cambiaria esta noche por cien libras! murmuró.

Las cinco dieron en el relox de la taberna. Las personas que estaban bebiendo en la sala comun, se agitaron murmurando, y uno de ellos, muchacho de una talla hercùlea, asomó la cabeza á la puerta.

El capitan se levantó de pronto.

—Bien, Turnbull! bien, miserable tuno, murmuró abotonándose militarmente su estrecho frac azul. Suzannah!..... No me oirá, ya lo vereis.... Mistress Burnett! Volveré esta noche, mi querida señora, ó que el diable me lleve. Haced que me preparen mi grog, os lo suplico.... Sabeis? doce cuartos de gin mezclados con agua fria, sin azúcar.... y una gota de limon.

El capitan tomó su baston, y bajó los escalones de la taberna: los watermen lo habian precedido. Se dirigieron juntos hácia Lower-Thames-Street, la única calle ancha que los separaba del Támesis. Los marineros iban en pequeños grupos de tres ó cuatro hombres, figiéndose borrachos y cantando á grito pelado. Paddy los seguia á veinte pasos de distancia.

Al pasar por delante de la puerta de Custom-House (1), donde dos ó tres aduaneros

(1) La Aduana, cuyas espaldas dàn al Lower-Thames-Street.

tomaban la niebla fumando cigarros de contrabando, Paddy se llevó la mano al sombrero:

—Ahí van esos perillanes alegres, M. Bittern, dijo señalando á los marineros.

—Si, unos bribones achispados, Mr. O'Chrane; respondió el aduanero.

—Hace un diantre de neblina.... añadió Paddy.

—Si, una neblina del diantre, caballero.

Paddy se reunió á los marineros en una callejuela desierta que conducia á el Támesis, al fin de Bototph-Lane. Atravesaron la callejuela en el mas profundo silencio, y llegaron á una escalera en muy mal estado y sin uso, á causa de la procsimidad de Custom-Stairs (escalera de la aduana). El capitan echó una mirada penetrante á su alrededor. Nada de sospechoso vió, es preciso creerlo, pues hizo una señal, y los marineros empezaron á bajar los escalones en el mayor silencio.

—Quién trae esta noche la capa? preguntó Paddy.

Dos hombres salieron de las filas.

—Saunie y Patrick? continuó el capitan; vigilad con cuidado, mis buenos bellacos..... y nosotros embarquémosnos!

Saunie y Patrick se quedaron en lo alto de la escalera, desplegaron sus pesadas ca-

pas de watchmen que llevaban bajo el brazo, se embozaron en ellas, acostándose inmobles en el suelo.

El resto de los marineros y el capitan Paddy O'Chrane se dividieron en tres lanchones, negros, puntiagudos y cuya obra muerta se elevaba sobre el agua.

—Bota los remos, dijo en voz baja Paddy, que mandaba *el barco almirante*; boga!

Los tres lanchones se separaron silenciosamente de la orilla, virando, y abriéndose paso con bastante dificultad por entre las embarcaciones de todas clases, que embarazaban las dos orillas del canal del Támesis. Ya se deslizaban bajo la gigantesca proa de un gran buque mercante, ya costeaban un vapor apagado y desierto, otras veces se enredaban sus remos en las cuerdas de las amarras y los cables que los rodeaban por todas partes.

Una densa niebla, casi palpable é impregnada de los pesados vapores del carbon de piedra, cubria el rio como una inmensa mortaja. Apenas se veian á un lado y otro algunos lejanos y rogizos fuegos por la refraccion de la niebla. Casi todas las luces de los barcos anclados estaban apagadas. Nadie habia en las barcas, ni en las cubiertas de los buques mayores. De vez en cuando solamente un fanal olvidado acababa de

apagar sus negruzcas pabesas, olvidadas por el dormido guardian.

Era un domingo por la noche, y todos los negocios estaban suspendidos. Por encima de los buques abandonados ó guardados por sonámbulos, descollaba Soutwark y la Cité su gas obscurecido, y las ventanas color de escarlata de sus tabernas, de donde salian como interrumpidas bocanadas de humo los canticos de la lúgubre y pesada borrachera del pueblo de Lóndres.

Las tres lanchas del almirante Paddy O'Chrane llegaron por fin al centro del canal y empezaron á subir el rio.

=Hermoso tiempo, Tomy, muchacho, hermoso tiempo ó el diablo me lleve! dijo el capitan al pasar bajo un arco de New-London-Bridge.

—Hermoso tiempo, capitan! contestó el robusto Tom Turnbull, pero la marea va á llenar pronto.....

—Y la brisa saltará cuando empiece á bajar, añadió uno de los remeros cuya escesiva gordura llenaba casi todo el ancho del barco; es preciso que nos apresuremos. La niebla no durará mucho.

—Apresurémosnos, gordo Charlie, apresurémosnos, dijo un muchacho, jóven perillan muy precoz, que respondia por el sobrenombre de Snail (1). Tambien tenemos

(1). Caracol.

nosotros necesidad de dar nuestras noticias á Su Honor; nuestros bolsillos están vacios y la vida es sumamente grata, como dice maese Bob Lantern.....

—Silencio, estracto de perillan; silencio, querido hijo mio, dijo paternalmente el capitan. Mientras menos se hable de Su Honor mas cuenta tiene..... Pero qué diablo se ha hecho ese ruin bigardo, ese muchacho de Bob Lantern?

—Se ha casado, contestó Charlie; se ha casado en St. Giles con una criatura de seis pies sin zapatos..... No se le vé absolutamente.....

—Ah! esclamó el muchacho Snail; maese Bob es mas ladino que nosotros. Trabaja por su cuenta..... Los domingos por las noches va á las iglesias..... Allí se juegan buenas suertes, no sabeis?.....

—Silencio, simiente de ahorcado, silencio querido hijo, interrumpió de nuevo el capitan; ya estamos bajo el puente de Blackfriars donde los esbirros de policia abundan..... Charlie! qué vas á embestir, gran idiota!..... rema hácia atrás á babord, rema hácia atrás!

Charlie obedeció. El barco salió de la espesa sombra que reinaba bajo el arco, y las dos orillas se vieron de nuevo.

—Hola! esclamó Tom Turnbull; tres luces! El trabajo está completo, y ninguna de estas tres lanchas vendrá demás esta noche.

Las luces de que hablaba Tom se distinguian perfectamente por entre la niebla: una brillaba por entre el puente y Whitefriars; la segunda se veia hácia el lado del rio, al pie del Temple Gardens; y la tercera estaba en Southwark, á la izquierda de las escaleras d' Old-Barge-House. Las tres lanzaban rayos verdosos de gran intensidad; sin embargo, en medio de los fuegos de todas clases que brillaban en las calles ó detras de las ventanas, debian pasar precisamente estas tres luces sin ser vistas.

—Es preciso que nos separemos, dijo el capitan. Me reservo para mi al picaro viejo de Gruff, el mejor de mis camaradas, y su maldito meson del rey Jorge que Dios bendiga!..... A tí la fonda de los Hermanos blancos, Gibby..... y á tí Southwar y la fonda de la Charretera, Mitchell.... Comportaos bien, miserables, como buenos cristianos.

Uno de los barcos, en consecuencia de esta órden, bogó hácia Southwark; el segundo, cortando la corriente del Támesis en direccion contraria, ganò la Cité; y el del capitan continuó subiendo el rio.

—Hoy no hay fanal amarillo, dijo, Turnbull; es muy gracioso, en este tiempo en que las gentes del continente vienen á bandadas.

—Es hermoso, ó que me ahorquen, contestó Paddy; no me gusta ver el fanal

amarillo..... Siempre me parece que oigo el último grito del pobre diablo que degüellan..... Si, será una debilidad, pero cuando veo el fanal amarillo, cambio mi gin de la noche por el *old-jom* (1) á fin de fortificar el corazon.... Te ries, Tomy, pícaro sin entrañas..... Pues bien, yo te digo que esto me cuesta doce cuartos mas y que tiene un objeto.

—Un muerto de mas ó de menos, dijo Turnbull con indiferencia, respecto á la cantidad, eso no vale nada.

—Nada, nada! añadió riéndose el jóven Snail.

—Y ademas, dijo el gordo Charlie, es preciso qne todo el mundo viva, capitan. Si nuestros tres fondistas no hacen de cuando en cuando el oficio de matones, qué llegaria á ser del obispo y compañia, nuestros hermanos de la Resurreccion?

—A mí me gusta mucho la linterna amarilla, dijo el jóven Snail.

—En una edad tan tierna, murmuró Paddy, este querido niño es el reptil mas venenoso que conozco .... Ten cuidado contigo, Charlie.

La barca, que vogaba ahora sola, acababa de dejar el centro del rio para empe-

(1) Gin de calidad superior y que embriaga mas pronto.

ñarse en aquel laberinto de barcas, de barcos de cubierta, de vapores grandes y pequeños y de *pleasure-boat* que obstruian las orillas del rio. Charlie manejò con destreza el bichero, Turnbull tomó el timon, y el barco llegó sin estorbo al pié de Temple-Gardens.

El lugar en que se habia detenido formaba una especie de ensenada, protegida por el saliente de una casa alta, construida una parte sobre estacas, y la otra sobre tierra firme.

Esta es aquella casa que tenia el fanal con los rayos verdes.

Paddy tocò uno de los enormes postes que sostenian la bóveda, y encontró un alambre de hierro que tenia al fin un anillo, tocó.

Al cabo de algunos instantes, un rechinamiento se oyò por encima de la barca. Se hubiera dicho que eran las bisagras de una, trampa moviéndose sobre sus mohosos goznes.

—*Quién está ahí?* preguntó una voz con precaucion.

—*Compañero*, mi valiente camarada, *compañero*, honrado y digno Gruff, contestó el capitan; que Dios me condene sin compasion, sino estoy muy contento con poder daros las buenas noches! Còmo está vuestra respetable compañia?

Paddy fué interrumpido por un fuerte golpe que le dió un fardo que se balanceaba al fin de una cuerda, cuya estremidad pendia de la bóveda.

—Bien, Gruff, triste pícaro! murmuró con mal humor. Ojalá te resbalases tú, en una noche de niebla como esta, por el agujero de tu escotillon.

Maldiciendo de este modo, se apartó con prontitud, y sus compañeros desamarraron el fardo que colocaron en el fondo de la barca, y la cuerda volvió á subir.

—Esto huele á almizcle, dijo Tom; seguramente que hay ahí una maleta de un caballero... Charlie, afianza bien el resorte de abajo antes que la cala se llene.

—Si, porque está corriente como un diantre y no me gustaria tomar un baño esta noche, respondió el gordo.

Un segundo fardo vino á balancearse á la altura de un hombre, y tuvo la misma suerte que el primero. La cuerda subió para volver á bajar. De este modo colocaron cinco fardos en la barca.

—*Buenas noches!* dijo entonces la voz con tono áspero.

La cuerda desapareció cerrándose la trampa.

—Voga, Charlie, gordo cisne! mandó el capitan. La niebla tiene apariencias de disiparse..... *Buena noche*, Gruff, viejo vam-

piro, carnicero nocturno, miserable asesino, buena noche!..... pero ya está aqui el barco de Whitefriars..... Ohé!.....

=Seis fardos, capitan.

— Bien!..... vogad, pícaros mios! Veo la barca de ese despreciable pícaro de Mitchell, nuestro buen camarada.... Ohé!

—Dos paquetitos, capitan.

Dos paquetitos! repitió Paddy encogiéndose de hombros con aire descontento.

Los tres barcos empezaron á bajar el rio. La marea era favorable; adelantaban con rapidez, y se encontraron muy pronto bajo los arcos monumentales de London-Bridge.

La densidad de la niebla habia disminuido á impulsos de una fuerte brisa que se habia levantado con el reflujo. Se veia entonces adelantar de todas partes una selva de mástiles ligeros é inclinados hácia atrás, ligados por mil madejas de cuerdas delgadas; el agua del rio comenzaba á reflejar vagamente las lejanas claridades del gas.

—El juego se enmaraña, dijo Turnbull. Estamos completamente iluminados por los reverberos del puente. Deben vernos.....

—Voga, Charlie; marrano! gritó el capitan. Una remada mas y nos ocultamos tras de la popa de esa fragata de la compañia..... Si Dios es servido, llegaremos á buen puerto, sino.....

Paddy se interrumpió dando un gran suspiro, y continuó:

—Muy fria debe estar el agua para un baño, queridos mios!

La barca dejó el centro del canal donde las tinieblas se iban haciendo visibles para acojerse á la sombra de la fragata. Charlie dejó de remar: estaban casi á cien brazas de la escalera por donde se habian embarcado. Las otras dos barcas llegaron é imitaron el ejemplo de la primera: se pararon.

—Maulla, Snail, pícaro gato, dijo el capitan.

Al mismo instante un maullido agudo y maravillosamente modulado salió del centro de la barca. Algunos segundos despues, un sordo ladrido se oyó hácia la orilla.

Maldicion! murmuró Paddy; estamos interceptados.... Pero al fin, ese diablo de Saunie ladra tan bien, que nunca se sabe si es él ò algun dogo sarnoso perdido por las calles.... Maulla otra vez, Snail.

El maullido del gato se imitó por segunda vez, y un segundo ladrido le contestó.

—Ya no se puede dudar! murmurò Turnbul, es Saunie.... El bote del resguardo está entre nosotros y la escalera.

—Pícaros aduaneros! añadió Paddy; como si nosotros hiciésemos el contrabando... Vamos, pícaros, es preciso virar de bordo y procurar tomar tierra mas arriba del puente.... Afortunadamente la brisa amaina, y la niebla vuelve.... Voga sin parar.

Los tres barcosse movieron á la par, pero en el momento en que la barca de Paddy salia de la sombra, una masa negra dobló la proa de la fragata de la compañia.

—Oh! de la barca! gritó una voz imperiosa.

—Vira, Tomy!.... voga Charlie! dijo el capitan muy bajo.

El barco obedeció á los combinados esfuerzos de los dos marineros, y se adelantó hácia el lado de la orilla; pero un pesado garfio sugetó la obra muerta, y detuvo instantaneamente la marcha.

—Cortad eso en dos pedazos, por el infierno, valientes compañeros! dijo el capitan.

Tomy le dió un furibundo hachazo.

—Es una cadena! dijo con despecho.

—Ah! de la barca, ah! repitieron en este momento.

Nada contestaron.

La cadena que sugetaba el garfio se tesó, y el barco fué atraido con violencia hácia la masa negra que era una falua del resguardo.

El capitan se encasquetó el sombrero y colocó el baston en su cintura.

—Atencion! dijo. Diantre si tenia deseos de tomar esta noche un baño.... Prepárate Charlie, y apóyate sobre el resorte.... Larga la amarra, Tomy.... Y sálvese quien pueda.

Fué un golpe teatral.

El fondo del barco se abrió de pronto, y hombres y fardos cayeron al agua. El garfiio de la aduana no cogiò mas que un casco vacio y agugereado.

Las otras dos barcas, aprovechándose de la zarracina habian ganado el desembarcadero donde la tripulacion del barco almirante, llegó casi al mismo tiempo que ellos.

—Muy fria está el agua, dijo el capitan empezando á subir los escalones, fria, ó el diablo me lleve!

No habia perdido ni su baston ni sombrero.

Snail se sacudió como un perro de aguas mojado, maulló y se acurrucó bajo la capa de Saunie, que ladró.

Los otros cargaron los fardos sobre sus espaldas y subieron por las callejuelas sombrias del barrio de la torre, teniendo cuidado entónces de no pasar por delante de la aduana.

Respecto al buen capitan Paddy O'Chrane, se fué pacificamente á su casa á ponerse otro frac azul, y unos calzones de ante de repuesto, luego se fué á la taberna de las Armas de la Corona.

En el momento en que entraba en la sala comun, una escena violenta, semejante á la que ya hemos manifestado, se representaba entre mistress Burnett y su criada Su-

zannah. Esta última, oponia á las alborotadas y coléricas demostraciones de su ama, una tranquilidad que se asemejaba al desden ó á la apatía. Mistress Burnett no habia sido muy nombrada por su paciencia, é irritada ahora, levantó su mano y descargó una brutal bofetada en la pálida mejilla de Suzannah.

—Diablo! dijo Paddy, esto va á hacer retardar mi grog!

El ciego no se ha movido durante nuestra náutica escursion, y se habrá tomado otro ponch de vino con azúcar. Sin duda oyó el ruido de la bofetada pues se levantó repentinamente. Alargó su cuello; su semblante insignificante de ordinario, manifestó de pronto una curiosidad escitada hasta la pasion.

—Es un marimacho? dijo en voz alta; ò es una muger forzuda?

Suzannah habia esperimentado una terrible sacudida; sus lívidas facciones se contrajeron; un fuego sombrio ardió en el blanco de sus ojos: su robusto natural revolviéndose por instinto contra este ultrage hizo un ademan como si fuese á acometer: todo su cuerpo flecsible y musculoso se recogiò repentinamente como el cuerpo de una graciosa pantera que vá à arrojarse sobre su presa.

—Hé, hé! dijo el capitan, apuesto un

shilling contra seis peniques á que mi digna amiga vá á recibir su merecido...., Soy de opinion que no seria fuera de propósito.

Mistress Burnett se imaginó lo mismo, pues el carmin subido de sus mejillas desapareció, y empezó á temblar.

Pero la hermosa jóven comprimiendo su fogosa cólera, cruzó los brazo sobre su pecho con desprecio.

El ciego dió un suspiro de descanso.

Suzannah, sin decir una palabra, atravesó el despacho con pasos lentos, y bajó los escalones de la taberna.

Tyrrel arrojó una corona sobre la mesa, y olvidando de pedir la vuelta salió andando á tientas.

=Vaya! dijo el buen Paddy, mi digna amiga, que no habeis escapado mal..... Respecto á Suzy, gracias á ese diablo de Tyrrel, tendrá donde recogerse esta noche..... con tal que él no se rompa la cabeza.

Tyrrel, al llegar al fin del peristilo, oyó un paso ligero en direccion de Thames-Street, y se puso á caminar en seguida.

El paso de Suzannah era firme, y golpeaba el suelo á intervalos regulares; pero no se apresuraba. A la dudosa luz de los reverberos, la hermosura de sus formas manifestaba una perfeccion casi fantástica. Tyrrel la seguia sin titubear, como si un misterioso instinto hubiese iluminado su profunda noche. Ya no andaba á tientas.

Al salir de Lower-Thames-Street, Suzannah tomò el mismo camino que nuestros marineros, y entró en la estrecha calle que vá al rio.

Tyrrel se adelantó acercàndose á ella.

—Adonde vais, hija mia? le preguntó con solicitud.

—A el Támesis! contestó Suzannah sin detenerse ni acelerar el paso.

Era la primera palabra que le habia oido pronunciar Tyrrel. Su voz, dulce y grave, participaba de la espresion de su semblante. Era hermosa, aunque su semblante estaba revestido de un ceño melancólico y profundo.

—A el Támesis, repitio Tyrrel. Pensariais en mataros?

—Si, contestó Suzannah.

—Y por qué, hija mia? por qué?

—Porque no tengo ni esperanza para el porvenir, ni asilo para el presente.

—Yo os daré un asilo, Suzannah, y os volveré la esperanza.

Suzannah no se detuvo.

—Muchas personas se han dirigido á mí para hablarme de ese modo, dijo ella, querian comprarme..... Vos sois como ellos, sin duda..... yo no me vendo.

—No lo quiera Dios! Suzannah.

—Amo á un hombre, continuó ella; y por esto no puedo venderme.

Tyrrel retrocedió admirado.

--Solamente por esto? le preguntó.

--Si, contestó la hermosa jóven con pena.

Iba á dar los pocos pasos que aun la separaban del Támesis, pero Tyrrel la agarró por el brazo diciéndola con una singular emocion de curiosidad.

--No tendriais vergüenza de venderos, Suzannah?

--Vergüenza? repitió ella, nó.

--Qué os ha enseñado vuestra madre! le dijo Tyrrel admirado.

Nada.... Soy hija de una muger que abandonó mi cuna, y de un judio que ahorcaron en Tyburn porque habia robado.

Suzannah pronunció estas palabras con tono sencillo y sin esfuerzo.

--Segun eso ignorais todo? añadió Tyrrel,

--No, respondiò Suzannah, porque sé vivir.

En seguida, animándose de pronto añadió con vibrante voz:

--Mi padre era muy rico antes que lo hubiesen ahorcado .... Aprendí á componerme, á cantar, á bailar, á hablar las lenguas del continente ...

--De veras! Suzannah; hablas de veras? la interrumpió Tyrrel.

--Voy á morir, contestò con frialdad la jóven.

La incierta luz de una lámpara encendida en una casa inmediata vino á iluminar vagamente el semblante de los dos actores de esta escena. Las hermosas facciones de Suzannah habian tomado su inmóvil taciturnidad, y el ojo de Tyrrel, por el contrario, brillaba con un resplandor estraordinario.

--Y si te volviesen la vida que tenias en casa de tu padre, niña? le preguntó.

--Mi vida! mi vida! murmuró la jòven; la vida que yo tenia entonces!

Yo te la volveré.

Pareciò que dudaba un instante, en seguida safándose de él por un repentino movimiento, salvò la distancia que la separaba del rio, diciendo:

--Son tantos los que me han hablado asi!.... No, mi corazon y mi cuerpo pertenecen á él solo!

--Yo no te pido ni tu corazon ni tú cuerpo, niña, esclamó Tyrrel; soy ciego!

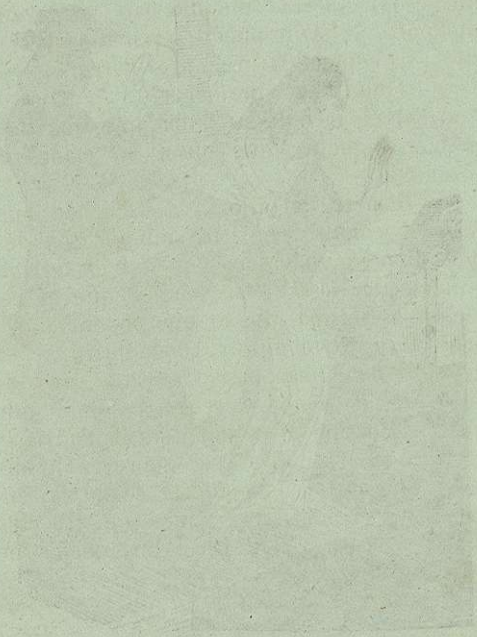
Estas palabras llegaron á los oidos de Suzannah en el momento en que se balanceaba ya, en equilibrio, sobre el agua. Se echó hácia atrás.

--Ni mi corazon!..... ni mi cuerpo! repitió, ciego?..... Entonces qué quereis?

--Tu voluntad.

Suzannah inclinó su hermosa cabeza sobre su pecho.

Estas palabras llegaron á los oidos de Suzannah en el momento en que se valanceaba ya, en equilibrio sobre el agua.



--Un dia, murmurò, caí, moribunda de fatiga y de hambre, ó la puerta de esa muger que acaba de pegarme.... En cambio de mi libertad me dió pan, nada mas que pan!.... Aun puedo servir todavia.

--Aceptais? la preguntó Tyrrel.

- Qué tengo que hacer?

Tyrrel sacó de su faltriquera una bolsa bien repleta, que puso en manos de Suzannah.

--Espera, le dijo..... Escuchad bien esto. Os compro, no para mí que soy débil, sino para una asociacion que es terrible y fuerte..... Os conozco mejor que os conoceis vos misma, y se lo que podeis..... silencio respecto á nuestro encuentro!..... fidelidad, obediencia pasiva, son vuestros deberes..... Esta noche retiraos donde querais..... Mañana al medio dia, llamad á la puerta que os indica este sobre (y le entregó una carta); la puerta se abrirá, entraréis y mandareis..... pues aquella casa será la vuestra..... A Dios! Suzannah, me volvereis á ver!

CAPITULO SEGUNDO.

Una colecta en la iglesia del Temple.

A la hora en que el capitan Paddy O'Chrane se escapaba por una zambullida de la persecucion del barco del resguardo, Stepheu Mac-Nab, escocés de nacimiento, médico de profesion y de veinte y cuatro años menos dos meses de edad, le diò el brazo á sus primas para llevarlas á la iglesia del Temple.

Las primas de Stephen Mac-Nab, tenian costumbre de ir todos los primeros domingos del mes á la iglesia del Temple para oir el sermon del reverendo John Butler, y cantar los salmos. La mayor se llamaba Clary y la otra Ana. Su padre uno de los jueces de paz del condado de Dumfries permanecia en Lochmaben y se llamaba Angus Mac-Farlane.

Clary y Ana eran dos lindas y jóvenes señoritas que llamaban la atencion. Su aspecto recordaba involuntariamente aquel grabado en que Thompson ha copiado con tanta gracia y maestria una de las mas encantadoras creaciones de nuestro gran novelista: Minna y Brenda Troil. Sin embargo no tenian la hermosura nebulosa é hiperborea de las vírgenes del Norte; eran dos jóvenes de la Escocia meridional, con aire gracioso y suelto, con agradable sonrisa, y mirar civilizado. Clary tenia la mirada mas arrogante, la frente mas altiva y la sonrisa mas melancólica. Esta era Minna. Ana por el contrario, tímida y risueña á la par, habia conservado siendo jóven la fisonomia de niña; no veia mas que alegria y dicha en el lejano porvenir de su vida, ningun pensamiento de tristeza habia plegado nunca su tranquila frente: su grande ojo negro que se reia y brillaba por entre las largas pestañas de un color castaño, no conocia mas

lágrimas que aquellas que corren sin amargura y se secan en la mejilla sin dejar señal en el alma. Esta era Brenda.

Las dos habian sido criadas en las entusiastas ideas de la devocion escocesa. Su principal ocupacion era el rogar, y las cosas de la religion llenaban su vida. La madre de Stephen Mac-Nab, su tia, en cuya casa estaban, era tambien escocesa y piadosa como ellas. Su casa solamente la visitaban algunas buenas y caritativas mistresses, poco divertidas, y el reverendo Jhon Butler, que habia cobrado á las dos hermanas un afecto paternal.

Respecto á Stephen, era un guapo chico, que despues de haber estudiado cinco años la medicina, ejercia su profesion en Londres, en la espectativa de que el Real colegio tuviese á bien admitirlo en el número de sus sabios agregados, y esperaba conocer á fondo la vida humana. Jugaba regularmente al Whist, llevaba como era preciso su vestido fashionable y no era demasiado pedanton para un doctor herbolario. Queria mucho á sus dos primas, es decir. A Clary con amor ó con una cosa parecida, y á Ana con una grande amistad; pero estos dos sentimientos no se diferenciaban bastante para que pudiese esplicárselos terminantemente. Al definirlos nos anticipamos á su desarrollo, y si hubieseis preguntado á

Stephen seguramente no hubiera podido deciros tanto.

Ese domingo de que hablamos, estaba mala mistress Mac-Nab, y Stephen quedó encargado del oficio de acompañante. Bajó gallardamente las gradas de Cheapside, y estaba muy envanecido por llevar del brazo á unas compañeras tan encantadoras. Clary y Ana se apoyaban de cada uno de ellos. Clary iba silenciosa y pensativa, sonriéndose algunas veces, maquinalmente ó por complacencia, á los chistes de su primo. Ana escuchaba con sus cinco sentidos, y no se acordaba de haber encontrado nunca un hombre que tubiese tanto talento como Stephen.

A medida que se acercaban á la iglesia, este último perdia algo de su alegria. Cinco años de universidad habian embotado insensiblemente el ardor de devocion que habia traido anteriormente de Escocia. Siempre era buen cristiano, pero un sermon seguido de muchos salmos, le parecia una perspectiva de muy poco atractivo.

—Mis queridas primas, les dijo al salir de Fleet-Street para entrar en Inner-Temple, soy un atolondrado detestable.

—Por qué? le preguntó Ana.

Clara no lo habia oido.

—Porque he olvidado tenia que hacer una cosa de la mayor importancia para *mi cliente*.

Stephen pronunciò esta palabra con cierro énfasis, pues era el primer cliente que tenia.

—La hareis mañana, le dijo Ana.

—Mañana? tal vez será demasiado tarde.

Clara mirò á Stephen sonriéndose é hizo un movimiento de cabeza. Creyò que su primo habia dicho un quid procuo.

—Esto es encantador, dijo ella.

Stephen fijó en ella su mirada llena de sorpresa.

—Qué encuentras tú de encantador á esto Clary? dijo Ana; Stephen dice que tiene que hacer una cosa importante..... Nos quedaremos solas.

—Qué importa?.... mi primo vendrá por nosotras.

Seguramente, se apresuró á decir Stephen: por que será negocio de poco tiempo.

Llegaron al peristilo de la iglesia, y Ana dejó con aire disgustado el brazo de su primo, y entró. Clary la siguió inmediatamente, y Stephen se quedó en la puerta y se puso á reflecsionar.

—Clary tiene unas distracciones muy singulares, decia para sí. ¿Qué poco le ha costado el sacrificio de mi alta proteccion..... ¿Si yo entrase ahora?.....

Aunque el lector forme una opinion poco favorable de Stephen Mac-Nab que ha de

llenar en la relacion de estos sucesos uno de los papeles mas recomendables, nos vemos obligados á decirle que no tenia ninguna diligencia que hacer con respecto á su cliente. El sermon del reverendo John Butler le habia atemorizado, y la mentirilla era un pretesto para no oirlo. Habia hecho muy mal; pero es necesario que se dispense alguna cosa á los médicos de veinte y cuatro años menos dos meses. Habia proyectado pasar el tiempo del sermon en casa de algun amigo hablando á la chimenea, ó bien emplearlo en una partida de billar ò en cualquiera otra cosa; pero la distraccion de Clary le habia dado que pensar, y olvidando sus proyectos, atravesó el pórtico, y pasando por detrás de las columnas del coro, se colocó en un sitio, desde donde sin ser visto podia espiar facilmente á las dos hermanas.

Esto tampoco estaba bien hecho; pero habian mediado algunas palabras con respecto á un matrimonio entre Stephen Mac-Nab, y una de sus primas á su eleccion: por consiguiente tenia derecho para observarlas cuanto quisiera.

—Temple-Church habia estado lleno todo el dia, pero entonces no habia quedado en la iglesia mas que el reducido rebaño del reverendo John Butler, compuesto casi en su totalidad de mugeres. Esta pequeña congregacion estaba ocupada en el oficio

de la tarde en el coro, pues Temple-Church uno de los restos mas antiguos de la arquitectura gótica que ecsisten en Lóndres conservaba la apariencia y distribucion de una iglesia católica.

Stephen no vió nada en un principio: las dos jòvenes arrodilladas en el centro de una decena de filas de mugeres, estaban embebidas en la oracion. El reverendo John Butler de pié en el pequeño pùlpito ó cátedra que estaba arrimado á una de las paredes del santuario, recitaba un salmo que todos los asistentes repetian en coro. Cuando el sacerdote se calló siguióse un largo silencio, durante el cual cada uno se recogió en sí mismo, y continuó mentalmente su oracion. En seguida todo el mundo se puso de pié.

Entónces pudo Stephen descubrir el rostro de las dos hermanas: Ana antes de sentarse para escuchar la lectura, dirigió á sus compañeras una ó dos sonrisas de benevolencia; pero Clary no imitò su egemplo, y su mirada indiferente y distraida, se fijó en la columna en que Stephen se hallaba respaldado. En el mismo instante se estremeciò con violencia, inclinó su cabeza sobre el pecho, y una repentina palidez desterró los colores de sus megillas.

—¡Qué torpe soy! dijo para sí Stephen, me ha reconocido.

Y por un movimiento instintivo se ocultó tras de la columna. Al cabo de algunos segundos volvió á asomar la cabeza con precaucion.

Clary estaba en la misma posicion en que la dejara un momento antes, y á pesar de que el ministro habia pronunciado las primeras palabras del sermon, no se habia sentado. Una fuerza interior parecia haber dejado inmóviles todos sus miembros, y su vista penetrante y llena de fuego no se apartaba de la columna.

—Que estraño es esto, pensó Stephen, no la he visto nunca mirar de esta manera.

Despues de haber repetido dos veces su inquisitiva accion, se hizo esta pregunta que cualquiera otro hubiera hecho desde la primera vez.

—¿Será á mi á quién mira?

Para asegurarse dió con rapidez vuelta á la columna y se encontró con un hombre que se hallaba apoyado en ella como él lo habia estado hacia un momento. Este hombre tenia los ojos cerrados y en sus labios vagaba una leve sonrisa.

Stephen se estremeció y palideció á su vez, entonces echó una mirada rápida á Clary, pero estaba ya de espaldas pues se abia sentado. Ana fué la que respondió á su mirada con otra que queria decirle:

—Sea enhorabuena, me alegro que hayais regresado tan pronto.

Entonces Stephen sintió en su corazon una agonia profunda y verdadera, la primera tal vez que habia esperimentado en su vida. La conciencia; este libro que cada uno lleva en su interior y que no se ojea sino en defensa propia, se abrió para enseñarle un nombre escrito en legibles caracteres, y le hizo perder de improviso aquella indolente tranquilidad que resulta de la ignorancia de si mismo. Clary á quien habia amado hasta entonces como por distraccion por decirlo asi, y cuando no tenia otra cosa que hacer, Clary se le apareció como el objeto de su vida y el ùnico que podia hacer su felicidad. Acabáronse sus dùdas, ni un solo pensamiento quedó para Ana, ni la mas mínima idea de que esta pudiese en algun tiempo reemplazar á su hermana. Amaba á Clary, lo sabia y no se acordaba de aquel tiempo lejano que habia terminado un minuto antes y de quien iba á separarlo un abismo, de aquel tiempo en que desconocia su pasion. Su frente ardia, su corazon se agitaba con violencia en su pecho, y sus ojos se anublaban y querian llorar.

¿Y por qué esta repentina revelacion de un amor oculto hasta entonces y cuyo gérmen apenas ecsistia?

Porque toda pasion dormita cuando se halla en presencia de un objeto que puede alcanzar con solo estender la mano: por-

que para conocer el precio de un tesoro es necesario temer el perderlo. Por esto Stephen acababa de decirse:

—No soy yo á quien ella miraba.

Permaneció algunos minutos anonadado con este golpe terrible, su natural firme y positivo hizo un esfuerzo para dominar la situacion y no pudo conseguirlo, alzó la vista llena de odio y miró á aquel hombre á quien creia su rival, declarándole en lo íntimo de su corazon una guerra á muerte.

Este no sospechó siquiera lo que pasaba, sus ojos permanecian cerrados y su boca conservaba aun su primitiva sonrisa. Stephen estuvo tentado de tocarle en el brazo y hacerle salir fuera para provocarle y concluir de una vez con su antagonista. ¿Pero qué causa habia de alegar para el desafio? Ademas, que aunque Stephen fuera lo que se llama un hombre valiente y hubiese tenido algunos duelos durante los cinco años que habia cursado en el colegio, su carácter era muy escocéz. La espada y la pistola le parecian medios arriesgados y pocos seguros en un asunto importante. Era de aquellas personas prudentes y lógicas en sus enconos, que se baten de muy buena gana por una mirada de soslayo ; pero que piensan que para reparar una injuria grave no solo no es suficiente medio un desafio, sino que las mas veces es irrisorio. Hacia este argumento

digno de un licenciado de Oxford: fulano me agravia en los intereses que me son mas queridos; le desafio; me mata; ¿y quedaré vengado?

Este razonamiento adquiria mayor fuerza en la presente ocasion, por que el sugeto reclinado en el pilar, parecia un modelo de destreza y de vigor. Era un hombre de treinta años ó quizá menos, alto, elegante, y de aspecto aristocrático. Su vestido de una sencillez estremada, aunque de un gusto esquisito, se parecia al de los esclavos de la moda, como un cuadro de una mano maestra se asemeja á la deslucida copia de un chapucero. Su rostro presentaba un tipo notable de belleza varonil é inteligente: una magnífica cabellera negra coronaba su frente altiva, espaciosa y sin arrugas, á escepcion de una larga cicatriz que la cruzaba de arriba abajo, apenas perceptible cuando su fisonomia se conservaba en perfecta tranquilidad. No se podian ver sus ojos, pero bajo su cerrado párpado era fácil adivinar el poderío que residia. Su boca entreabierta en este momento por una dulce sonrisa, y adornada por un bigotito negro á la española, dejaba ver dos filas de dientes tan pequeños y tan blancos, que hubieran hecho honor á la boca de la muger mas linda. Este conjunto de facciones quizá demasiado delicadas, se miraba realzado por dos cejas per-

fectamente dibujadas, que le daban un aspecto de firmeza y de altivez. Reclinado contra la columna en una actitud de abandono, parecia dormitar disfrutando dulces y divertidos ensueños, su fisonomia espresaba rápidamente una serie de sensaciones fugitivas y agradables.

Stephen le contempló largo rato con despecho. El jóven médico no ignoraba que tenia buena persona; pero no le vino á la idea que pudiesen hacer un paralelo entre él y este arrogante estrangero: sus celos se lo presentaban mas perfecto de lo que era en realidad. A su vista tomaba aquella persona que dormitaba indolentemente proporciones estraordinarias, fatales: era uno de aquellos hombres magnéticos que aparecen espresamente en las novelas para poner en riesgo las virtudes mas inespugnables: era el mismo D. Juan, y aun seria dudoso que D. Juan hubiese tenido unas patillas tan seductoras y tan atractivas.

Stephen no podia aun echarle en cara la ligera cicatriz que atravesaba su frente, por que no la veia, aunque la parte de la iglesia en que se hallaban tenia bastante claridad. Era necesario para que se percibiera aquella cicatriz sutil y blanca, que su frente se enrogeciera á los esfuerzos de una pasion repentinamente escitada: pero en este momento la frente del desconocido esta-

ba pálida y tersa como la de un niño.

No hallando causa alguna de desmerito Stephen se atuvo á los ojos cerrados, imaginándoselos remellados y rogizos: despues, arrastrado por una vana esperanza, se frotó las manos de contento esclamando:

—Quizá será bizco.

Esta benéfica idea le calmó sensiblemente y como el sermon tocaba ya á su fin se alejó del hermoso distraido para observar con mas comodidad la conducta de Clary en el movimiento qua iba á tener lugar entre los congregados.

Apenas habia ocupado su nuevo sitio cuando todos los asistentes se levantaron en masa, y el alma de Stephen pasó á sus ojos.

Al levantarse Clary dirigió una segunda mirada al famoso pilar, pero tan penetrante, tan detenida y tan llena de fuego, que Stephen hubiera dado seis meses de vida por haberla obtenido semejante. Entonces quiso ver como respondia aquel soñoliento personage.

¡Cosa estraña! el desconocido continuaba dormitando, y ageno enteramente de cuanto allí pasaba, ni siquiera habia abierto los ojos. Stephen se sintió profundamente humillado.

Ni aun la mira, esclamó estremeciéndose de rabia: no es él, que es ella la que

ama! Este hombre me ha vencido sin saberlo.

No era muy difícil que esta conclusion implícita hiriese vivamente á Stephen en la parte mas delicada, y fué tanto su martirio que en aquel momento envidiò á los héroes de *Surrey-Theatre* que tienen siempre puñales en sus bolsillos, á fin de suicidarse en un apuro.

Un suspiro hizo levantar el pecho de Clary que se volvió hácia el altar con sentimiento. El ministro entonò un salmo y un coro de voces frescas y puras ahogó bien pronto su ronca voz.

El desconocido prestó voluptuosamente atencion á aquella melodia: su sonrisa se manifestò mas agradable, y toda su fisonomia espresó un vago entusiasmo. Stephen le contemplaba con sorpresa. Continuaban las entonaciones del salmo y su melodia aumentaba gradualmente la posicion muelle y sensual del desconocido que parecia absorto en un éstasis de delicias.

—Para nuestros pobres enfermos! dijo en este momento una voz dulce detrás de Stephen.

Volviòse y reconoció á Ana que tenia la bandeja de la demanda segun la moda que vuelve á introducirse en algunas congregaciones protestantes.

Stephen en su desgracia se creyó con

derecho para obrar como un loco: registrò el bolsillo de su chaleco y arrastrado por un acceso de prodigalidad incalificable, echó dos coronas, que cayeron una despues de otra ruidosamente en la batea.

Ana se lo agradeció con una graciosa sonrisa.

Despues de este acto de novelesca generosidad, Stephen se enderezó y respirò con fuerza; en seguida echò una mirada de triunfo á su misterioso rival.

—Al menos, dijo para sí, te sobrepujaré en esto, detestable desconocido.

—Para nuestros pobres enfermos! volvió á decir Ana, deteniéndose delante del abstraido estrangero.

Este se estremeció y medio abrió los ojos. Al ver á Ana retrocedió un paso, llevándose la mano á la frente como el que se considera juguete de una ilusion: en seguida se quedó inmóvil, mirándola de arriba abajo.

Ana, encendida y avergonzada quiso retirarse; pero él la detuvo con un ademan lleno de gracia, y sacando del bolsillo una rica y primorosa cartera tomó un billete de banco de diez libras que colocó en la bandeja, haciendo una respetuosa inclinacion.

Stephen apretò los puños con fuerza, y se mordió los labios con rabia.

Habia distinguido perfectamente en una de las esquinas del billete escrito con letras gòticas la palabra *ten* (diez).

—Diez libras! y yo solamente diez shejines, murmuró entre dientes.

El desconocido siguió por algun tiempo á Ana con la vista mientras que esta continuaba su demanda. Asi que la hubo perdido entre la multitud, enderezó su elegante talle, y echó una ojeada á su alrededor. Esta mirada vino á parar indiferente y fria ácia donde estaba Stephen que no pudo menos de esclamar con dolor.

—¡No es bizco!

En seguida añadiò:

—¿Dónde diantre he visto yo esta cara?

En vano martirizò su memoria: hubo de convencerse de que un vago parecido era sin duda causa de su error.

En efecto no era bizco el desconocido: al contrario, sus rasgados ojos de un azul oscuro aumentaban el encanto de su fisonomia. Su mirada imperiosa indicaba siempre un pensamiento, al mismo tiempo que el esmalte que rodeaba su pupila tenia aquella apariencia seca y mate que indica, segun el sentir de Lavater, una sensualidad razonada y sin límites.

Ya hacia tiempo que era de noche. La parte del templo en que se hallaba la congregacion estaba perfectamente ilumina-da, mientras que la inferior de los costados quedaba en la mas completa oscu-

ridad. El hermoso desconocido interrumpido en sus meditaciones abandonó el pilar en que antes se apoyaba y se dirigió lentamente ácia uno de los estremos laterales.

Al mismo tiempo se movió tambien un hombre mal vestido y de cara patibularia, que abrió tanto ojo con la dádiva del billete para socorro de los enfermos. Este hombre, en vez de seguir á nuestro desconocido bajó por el lado opuesto; de manera que en su paseo circular debian encontrarse en medio de la nave, es decir, en el sitio mas oscuro y mas solitario.

Stephen vió su accion, y comprendió inmediatamente sus intenciones: habia estado en Lóndres lo suficiente para saber que nuestra civilizacion está tan adelantada, que la mayor parte de los malhechores no se arredran por un sacrilegio. Sospechó que iba á cometerse un asesinato, y aunque esto, en el caso de ser fundadas sus sospechas, hubiera servido estraordinariamente á sus intereses, Stephen era sino un heroe de novela á lo menos un hombre de educacion y de honor; y rechazando todo sentimiento de egoismo que le hubiera hecho en un pronto regocijarse de aquel suceso, dejó tambien su lugar, é internándose por la oscura bóveda, caminó decidido á prestar en caso de necesidad un leal socorro al desconocido.

Este caminaba con paso lento: detenia-

se algunas veces, y volvia atrás para continuar en seguida su paseo, como si procurase á fé de inteligente el sitio mas apropósito para oir, envuelto y perdido en la distancia y en la oscuridad, la santa música de los salmos. Otras alzaba la cabeza y admiraba las misteriosas guirnaldas formadas en las bóvedas, que resaltaban por el pálido reflejo de las luces, mientras que la misma bóveda permanecia sumida en la oscuridad. Admiraba tambien la confusa multitud de los elevados pilares alumbrados unicamente por una de sus caras, asemejándose asi á una estrecha cinta de luz, que partiendo del suelo iba á perderse en la cornisa. A cada paso tomaban un nuevo aspecto, y representaban una escena mas estraordinaria y sorprendente. Este gigantesco Kafleidoscopo variando hasta lo infinito sus sombrios cuadros, sobrepujaba los límites de la mas estraordinaria fantasia. Nuestro pensador no habia hecho mas que cambiar de meditacion; esta se hallaba llena de mágicas peripecias, y embebido en las delicias que le producia, se olvidaba de sí mismo y del mundo entero.

Stephen le siguió por mucho tiempo; pero la oscuridad de la nave era tan profunda que no se distinguian los objetos á diez pasos de distancia. En un momento en que nuestro desconocido se hallaba mas entregado á sus

caprichosas ilusiones, Stephen le perdió de vista, y por mas esfuerzos que hizo no pudo volverlo á encontrar. Entonces Stephen se dirigió á la estremidad de la otra nave para detener al miserable á quien suponia proyectos sacrílegos; pero no fué mas afortunado, pues tampoco pudo hallar aquel hombre mal vestido.

Stephen se encontró en una perplegidad estremada: deberia no por simple sospecha que quizá podria parecer absurda, interrumpir la ceremonia religiosa y hacer iluminar la nave, ó bien deberia esperar á que un grito ó cualquiera otra señal le hiciese conocer que necesitaban de socorro? El primer medio era el mas seguro y el mejor, pero no se atrevió á ponerlo por práctica y esperó con agonia febril, creyendo escuchar á cada momento el grito ronco y ahogado de un hombre herido mortalmente.

La música de los salmos continuaba elevándose hasta las bóvedas, armoniosa, pura y santa.

Era un contraste estraño y terrible entre los ecos melodiosos del santuario y el mortal silencio de la nave: entre la resplandeciente claridad del uno y las profundas tinieblas de la otra, sobre todo al pensar que de este silencio y de estas tinieblas podia salir de pronto un suspiro de agonia.

Nuestro hermoso desconocido ignoran-

do el peligro quizás imaginario, y la solicitud de que era objeto, llegó siguiendo su paseo encantado á aquel lugar de la nave que está encubierto con gruesas esteras de junco; el ruido de sus pasos se perdió enteramente por cuya razon no habia podido Stephen encontrarle. Llegaron á este lugar las notas del canto religioso, interceptadas por la doble barrera de pilastras del santuario y columnas del tabernáculo, moribundas y llenas de una melancólica armonia. El tabernáculo resplandecia á su frente y el crucifijo de mármol blanco parecia despedir de sí brillantes rayos de una luz divina. Nuestro desconocido se entregaba sin reserva alguna á esta conmovedora poesia y recordaba los dias venturosos de su juventud cristiana descansando en este momento en una estática fruicion de una vida quizá demasiado agitada y quizá tambien culpable. Pues nuestro desconocído aunque era hombre dado á la voluptuosidad, podia transformarse en cristiano una hora siquiera, á fin de saborear las emociones sin rivales de un delicioso misticismo, podia ser bienhechor algunas veces á fin de gozar la dicha que proporciona la beneficencia. Era un hombre de sensaciones, que sabia gozar de cada cosa y de cada suceso, era un hombre capaz del bien y del mal; generoso por carácter, franco, entusiasta por naturaleza, pero egoista por

ocasion, y capaz de vender al universo entero por un cuarto de hora de placer.

La energia que otros gastan para aproc-simarse á un objeto constante, único y codiciado por mucho tiempo, la prodigaba él en desflorar un goce efimero, en recrearse en una fantasia, y satisfacer un capricho: y satisfecho este cedia su lugar á un nuevo deseo, y entonces tenia que emplear otros esfuerzos que salian siempre coronados de un écsito feliz, porque eran podorosos: á este écsito seguia siempre una cansada apatia que á su vez se veia reemplazada por la mas estraordinaria actividad.

Aunque su ecsistencia no hubiese sido hasta entonces mas que una larga série de pasiones saciadas y de caprichos realizados su corazon y sus órganos habian conservado, una sensibilidad virginal. Gozaba del amor como suele decirse á tragos, de la misma manera que un inteligente bebe su vino. Su odio, cuando por casualidad odiaba, le costaba caro: no gustaba de esas brutales venganzas cuyas heridas se dirigen al cuerpo y se hacen con el acero de un puñal; era demasiado fuerte para tener á menudo ocasion de aborrecer; los que no le conocian le admiraban y le amaban: los que le conocian no osaban resistirle, y doblegaban su frente ante su voluntad de hierro.

Este dia su capricho era la meditacion, y se entregaba á ella con toda su alma. La

poesia rebosaba en torno suyo, y la saboreaba como un retórico ó como una autora. Al dia siguiente se hubiera sonreido de disgusto al pensar en su felicidad de la víspera.

Los individuos de la congregacion habian entonado su último salmo, y nuestro desconocido sabiendo que iban à apartar la copa de sus labios, quiso apurar hasta la última gota: sentòse en un banco para ver y escuchar mejor todavia.

Al sentarse le pareció oir un ligero ruido á sus espaldas, pero no hizo caso, y al poco tiempo giró sobre su ege de bruma la veleta que se llama pensamiento. Insensiblemente y sin que lo apercibiera, otras ideas ocuparon su cérebro. La inmensa nave tenebrosa y solitaria, se presentó á sus ojos bajo un aspecto lùgubre. Los últimos ecos de la mùsica sagrada, le parecieron á propósito para ahogar el estertor de la agonia. La sombra podia ocultar algunos malhechores, y mientras que rogaban à Dios en medio de las lámparas y cirios encendidos, Satanás tal vez celaba en la oscuridad y guiaba riéndose los cautelosos pasos de un asesino.

La imaginacion se entregaba á estos nuevos pensamientos, cuando otro ruido, tambien ligero, pero mas inmediato, hirió su oido. Era como el roce de un cuerpo sobre

la estera. El desconocido permaneció inmóvil; pero sus reflecsiones desaparecieron, y su imaginacion, vuelta de pronto al dominio de la realidad, ecsaminó con frialdad su situacion. Por un movimiento lento, continuo, é imperceptible, volvió la cabeza, y vió una masa negra adelantarse hácia él agachada.

—Este perillan me ha robado mi idea, pensó interiormente, y quiere asesinarme.

Sin embargo no se movió, y esperó con calma: al cabo de algunos segundos el individuo que se arrastraba y que era aquel hombre mal vestido que habia visto Stephen, se levantó de improviso y dió un salto ácia adelante; pero su cuchillo perfectamente dirigido no hirió mas que el espaldar del banco: el desconocido esquivó el golpe con ligereza. Cuando el asesino quiso enderezarse, sintió su puño apretado tan fuertemente como si estuviera metido en un tornillo.

—Ouff, esclamó dejando escapar un doloroso gemido, yo crei que no habia en el mundo un puño como este.

Aprocsimó su cara á la del desconocido: sus ojos estaban acostumbrados á la oscuridad, y se reconocieron á un tiempo.

—Bob-Lantern! murmurò nuestro hermoso meditabundo.

Vuestro Honor..... perdon, esclamó

el asesino cayendo de rodillas: no os habia conocido.

Su Honor soltó el brazo de Bob-Lantern, que juntando sus manos suplicantes le dijo.

—Mi buen amo, mi buen Señor Edwar, con ese vestido teneis un talle como el de una señorita y no os habia conocido.

—¿Y es esa razon para asesinar en una iglesia?

—Tengo hambre Señor: no me dais á menudo, y cuesta mucho sostener la vida en Lòndres, si como allá, en Escocia.....

—Silencio! dijo imperiosamente M. Edwar: qué hacen tus camaradas?

—Poca cosa. Cuesta tanto sostener la vida.....

—Venid mañana y se os pagará: pero cuidado con acciones como las de hoy, señor Bob.

M. Edwar se dirigió ácia el trascoro, y Bob le siguió con las manos metidas en los bolsillos como un perro que acaba de recibir una leccion de su amo.

Cansado Stephen de sus inútiles pesquisas habia vuelto al lugar donde se hallaba la congregacion dispuesta ya á disolverse, cuando vió con una sorpresa inesplicable reaparecer al desconocido escoltado por el hombre de mal aspecto. Pasado el peligro, volvieron sus ideas de despecho y de odio á cobrar su antiguo vigor, y casi se arrepintió de las inquietudes que habia pasado.

M. Edwar no merecia en este momento que se le aplicase el epiteto de meditabundo que en otra ocasion le hemos dado. Caminaba con su frente erguida y aire lleno de soltura como el que está libre de toda preocupacion. Detúvose un momento delante de los que estaban congregados, y tirando el guante con que habia tocado á Bob-Lantern, emprendió la difícil tarea de introducir sus dedos en otro.

Bob recogió el guante y lo metió en un bolsillo, era presa de poco valor, pero hay personas que no quieren que se desperdicie ni un alfiler.

Mientras se ponia su guante, Falkstone descubrió á la hermosa demandante que se le habia aparecido al volver de su meditacion, pero no reparó en Clary que no apartaba de él la vista ni un solo instante. Stephen por el contrario no veia mas que á Clary, y los zelos le hacian hervir la sangre en las venas.

Antes de marchar, M. Edwar aplicó su doble lente á los ojos.

—Es encantadora, esclamó, al mismo tiempo que hacia señal á Bob, para que se aprocsimase.

En cuanto Bob estuvo á su lado, se inclinò á un oido diciéndole.

—Ves aquella linda jòven que está inmediata al pùlpito?

—Alli hay muchas, señor.

—La mas bonita de todas.

—Eso es segun los gustos.

—La que está cerrando ahora su libro de oraciones.

—La demandante?

—La misma..... La seguirás y mañana has de darme razon de ella.

Bob-Lantern respondió con un signo afirmativo, y M. Edwar habiendo concluido de ponerse el guante, se retiró, pasando por junto á Stephen sin notar la rencorosa mirada del jóven médico. La de Clary le acompañó hasta la misma puerta del templo.

Apenas habia desaparecido cuando Stephen se dirigió á donde estaba Bob-Lantern.

—Cómo se llama ese hombre? le dijo.

—Qué hombre? preguntó Bob en lugar de responder.

—El hombre que acaba de hablaros.

—Ese no es un hombre, dijo Bob con énfasis, es un caballero.

—Su nombre.

—No lo sé.

Stephen metió sus dedos en el bolsillo y sacando un soberano (1) lo hizo pasar á las manos de Bob-Lantern.

—Esto es diferente, dijo este último po-

(1). Moneda de oro de Inglaterra.

niendo la pieza de oro en seguridad. ¿Quereis saber su nombre?

—Si, despáchate.

—Pues no lo sé.

En seguida egecutando aquella especie de reverencia que en todos los paises usan los perillanes para dar gracias, añadió.

—Dios os bendiga caballero.

Y desapareció de improviso.

CAPITULO TERCERO.

El advenimiento de un Leon. (1).

Aquella misma noche habia un baile en Trevor-House. Lord James Trevor, gran señor por su nacimiento y fortuna, habia hecho un brillante papel político algunos años antes: desde la elevacion del ministerio whig, se abstenia de los negocios, y sus sa-

(1) Leon, epíteto con que se conoce á los que antes denominaban *dandy* ó *faishionable*.

lones eran la reunion de las notabilidades del partido tory. Era viudo, y vivia con su hermana, lady Campbell, la cual se habia encargado con gusto de la educacion de miss Mary Trevor, hija única del conde.

Lady Campbell habia sido encantadora en 1820. En 183-, época en que sucede nuestra historia, habia perdido una considerable parte de su belleza, pero no el deseo de agradar. Este deseo no se advertia en ella por aquellos modales melindrosos y grotescos con que nuestros novelistas diplomáticos, que son muy finos observadores, revisten á las coquetas del gran mundo. No usaba el abanico sino cuando lo necesitaba para refrescarse el semblante; no echaba lánguidas y sorprendentes miradas; no condenaba á sus amigos á que la acompañasen en el rápido torbellino del wals. Su coqueteria era de otra clase y mas fina. De talento y mucho gusto, habia renunciado de buena fé toda pretension esterior de juventud, y contra lo que ordinariamente se reprocha á todas las mugeres de su edad, podia muy bien formularse contra ella esta inverosímil acusacion.

—Lady Campbell se envejece!

Lo que es una prueba irrefragable, aunque distinta, de la eterna verdad de aquella promesa de la escritura. «El que se humille será ensalzado.»

Pero no basta el manifestar con franqueza que se vá envegeciendo para que se haga olvidar el no ser jóven: un escollo se presenta que es preciso evitar necesariamente á fin de no verse abandonada como una vieja inútil. Lady Campbell habia visto de lejos este escollo, y lo habia doblado como piloto consumado. Absteniéndose de los placeres de la juventud, los comprendia, los ensalzaba, y aun sabia en caso necesario confesar de un modo encantador lo que ella llamaba sus pesares, de suerte que se preguntaban porque se retiraba de ellos tan pronto: pregunta rara y lisongera!

Lady Campbell era, en el mundo en que vivia, una muger cuya edad estaba fuera de la discusion; ella reinaba en medio de un círculo escogido, del que era la reina y el oráculo. Sus caballeros eran la flor de los jóvenes elegantes, y cualquiera que fuese su edad no la respetaban, sino la amaban.

Este era un resultado glorioso, pero tal vez no se debia atribuir todo el honor á el prudente manejo de lady Campbell. Enteramente independiente de su poderosa atraccion, tenia junto á si un iman cuyo poder no debemos echar en olvido.

Miss Mary Trevor tenia diez y ocho años: poseia aquella belleza suave, pero delicada y desvanecida, cuyo tipo se encuentra reproducido muchas veces en los cuadros

de nuestro Reynolds, y que se suele tambien encontrar trás los cristales de un coche blasonado, ó bajo la noble bóveda de Westminster. Su estatura era alta, y se encorvaba ligeramente hácia adelante por su demasiada soltura. Una blancura diáfana y anacarada formaba el fondo de su tez, que se animaba algunas veces con un ligero matiz sonrosado, pero no llegaba nunca á aquel colorido brillante, síntoma del vigor y la salud, que los conocedores llaman: *frescura*, y los franceses: *belleza del diablo*. La transparente de su téz se veia principalmente alrededor de los ojos, donde tomaba un pálido reflejo azul, en medio de la frente y sobre las sienes, donde dejaba ver una madeja desliada de venas pequeñas y azules. Sus rubios cabellos de una finura estremada, caian en ligeros bucles á lo largo de su mejilla: sus ojos de un azul tierno, medio se cerraban frecuentemente, y parecian nadar entonces en un centro húmedo y brillante. Su sonrisa era la de un niño, pero cuando se ponia séria, una arruga, trémula y tenue, aparecia á la estremidad de sus labios, y daba á su boca una ligera espresion de desden.

Miss Mary era asi por naturaleza: la educacion le habia dado nuevos encantos. Sabia hablar y callar: cada uno de sus movimientos descubria una gracia desapercibi-

da, y cualquiera cosa que hiciese, la ejecutaba bien y á propósito. Tímida cuanto debe ser una jóven, é ignorando todo cuanto las mugeres no tienen necesidad de saber, habia aprendido á manifestar que dudaba de sí misma, que es lo que constituye la modestia de las gentes orgullosas: habia tambien aprendido á no dudar nunca del valor de otro; á no mentir, escepto en caso de necesidad; y á prolongar su sonrisa hasta que estuviera olvidada la palabra que la hubiera producido.

Miss Mary era la obra de lady Campbell. Débil en lo moral como en lo físico, habia sido entre las manos de su hábil tia, como la cera blanda y á propósito para recibir todas las formas. Lady Campbell tenia razon para estar orgullosa con su obra, y celosa en demasia del despótico poder que ejercia sobre su sobrina.

Miss Mary era hija única. Su padre tenia treinta mil libras esterlinas de renta, segun decian muchos; pero algunos afirmaban que el total producto de sus bienes era mucho mayor.

Bien puede pensarse que la heredera de este caudal, que aunque pobre hubiera sido amada por si sola, no se hallaria sin adoradores. Desde dos años antes, época en que se presentó por primera vez en el mundo, se vió rodeada de una corte numerosa, pues á la aparicion de un astro nuevo, cada

uno por humilde que sea, siente revivir en su pecho la esperanza. ¡Se ha visto hacer al amor tantos milagros! Pero á medida que el astro se eleva sobre el horizonte, el círculo se disminuye, los humildes se hacen justicia, al menos que no prefieran morir de ternura á distancia, y no quedan mas que los fuertes. Despues se establece entre estos la lucha, y este espectáculo seria hermoso, sino fuese tan comun y se presenciára gratis en cualquier salon donde se encuentra una heredera.

La lucha entre los fuertes tiene un resultado: la jóven elige, ó su familia lo hace por ella, y entonces las filas se aprietan de nuevo: los ambiciosos vencidos se callan: los humildes y los fuertes llegan á ser iguales: todos tienen parte en los rayos del astro, pues para que este sea en adelante la propiedad de uno solo entra el derecho en el dominio de todos.

La ecsistencia de Miss Mary habia seguido todas estas diversas fases. El fuerte entre los fuertes habia sido un jóven de mediana fortuna; pero descendiente de príncipes, hijo segundo del difunto conde de Fife, que se llamaba Frank Perceval. Miss Mary ó mas bien lady Campbell le distinguió, y todo el mundo creyò que la batalla se habia terminado; pero de repente apareció un nuevo campeon cuya presencia hizo recomenzar la

lucha, y declararla prontamente á su favor.

Ya es preciso decirlo, este campeon era nada menos que Rio-Santo.

La moda ha inventado algunas veces estrañas fábulas á las que presta el vulgo notoria fé. Para citar un ejemplo, Lóndres y Paris han creido, no hace mucho, en la ecsistencia de aquel ente mitológico que llamaban M. de Monstrond. Los diarios hablaban de él, muchas personas pretendian haberle visto, quien en las Tullerias, quien en casa de M. de Metternich, quien en los salones del duque de Wellington, y quien en fin en alguna lóbrega taberna. Estaba en relaciones con toda la diplomacia europea, y visitaba á todos los usureros del universo.

Y sin embargo todo esto no eran mas que audáces invenciones. Los mejores historiadores ponen en duda desde mil ochocientos cuarenta y tres, la ecsistencia de M. de Montrond y de su fantástico criado, que no era otra cosa sino él mismo. Una curiosa memoria, que debe estar archivada en la *Real Sociedad de literatura*, no dejará ninguna duda respecto á esto.

Pero todo el mundo ha conocido en 183-, al marqués de Rio-Santo, el deslumbrador, el incomparable marqués. Todo el mundo se acuerda de su magnificencia oriental; todo el mundo sabe que gastaba tres millones cada invierno, 500.000 francos al

mes, y que sin embargo no era Nabab.

Un año, llegò diciembre sin que Rio-Santo se hubiese instalado en su palacio de Pall-Mall, llegó diciembre, y despues enero: Hyde-Park se vistió de luto, y la compañia de baile de King's Theatre ejecutó un paso fúnebre en honor suyo. Habia muerto? Estaba arruinado? Nadie podia decirlo; nadie lo habia sabido nunca. Y al fin que importa esto? Las personas como Rio-Santo tienen precision de vivir mucho tiempo? Pasan en una ciudad un dia, un año, despues se van de ella; pero queda su memoria. Hay ciertas personas que se manifiestan antes que se pronuncie su nombre; cuando se habla de ellos, las ladies bajan los ojos dejando entrever una melancòlica sonrisa.

El mayor número cree que Rio-Santo volverá algun dia. Nosotros no estamos en el caso de dar hoy nuestra opinion respecto á esto.

Es evidente que en 183-, llegó Rio-Santo de Paris donde habia sido, durante cuatro ò cinco invierno consecutivos, el rey de la moda. Entrò seguido de su ejército de lacayos, escuderos, cuyos mas infimos caballos valian tres ó cuatro corceles del célebre pseudonyme, conde de Cambis, de sus jaurias reales, y de muchas docenas de barones que se morian de ilusiones por amor de su tez pálida y de sus brillantes ojos azules.

Generalmente Lóndres no se alborota sino por grandes cosas. Los príncipes estrangeros, los hijos de los emperadores, viven allí enteramente desconocidos: los mas afamados tenores dan alli su *do* de pecho sin escitar la menor revolucion. Para causar mucho efecto en aquella ciudad sorprendente y civilizada, es preciso ser vayadera ó por lo menos carnero de cuatro cuernos. Rio-Santo no era nada de esto; pues estaba reducido á ser un simple marqués. Sin embargo, tres dias despues de su llegada, en todos los pisos de todas las casas, en todas las calles de Lóndres, era el objeto de todas las conversaciones. En los palacios de West-End hablaban de él, en las tiendas d'Holborn y de Strand hacian numerosos comentarios sobre su persona; los puestecillos de Bishop's-Gate resonaban con su nombre estropeado. Era el platillo de la conversacion en Saint-James, en Clare-Market, en Richemond y en los chiribitiles de Simithfield.

No obstante, nadie podia lisongearse de haber visto á ese famoso marqués de Rio-Santo, de quien todo el mundo hablaba. Pasó en la soledad de su magnífica casa de Pall-Mall los tres ó cuatro primeros dias que siguieron al de su llegada á Inglaterra: pero qué importa esto? Habia en los salones de una y otra aristrocracia, veinte jóvenes señores, maravillosamente ataviados, que

cantaban sus alabanzas en todos los tonos, y contaban de él historias maravillosas. Habia en las reuniones de la mediania, y hasta en las *sociedades* de las trastiendas, honrados semi-leones, jóvenes adolescentes, adornados de espolines, pero que manejaban la vara tras el mostrador, los cuales se inclinaban reverentemente, al solo nombre del ilustre marqués; en fin, en lo interior de las tabernas habia ignobles pícaros, que, entre dos vasos de cerbeza, estropeaban aquel mismo nombre. ¿Y por qué? no sabremos decirlo.

Cuando los hombres hablan, las mugeres los sobrepujan y chacharean. De aqui aquel atronador concierto, que, desde el salon, desde la antecamara, desde la tienda y desde la boardilla, enviaba al nebuloso cielo de Lóndres el nombre mil veces repetido de Rio-Santo.

Y cada cual se representaba á aquel misterioso marqués, segun la inclinacion natural de sus ideas. Los maridos, engañados por su nombre y reputacion, esperaban ver la capa roja de Fra-Diavolo, ó á lo menos el fieltro con plumas de Don Juan. Las mugeres dotaban su desconocido semblante, de yo no sé que cosa de fatal que la morralla de los novelistas dan á los pobres diablos de sus héroes. Las jóvenes lo veian en sus ensueños con la vista pensativa, frente surcada, nariz de águila, y una sonrisa infernal,

pero divina. Las criadas viejas se figuraban que tenia tres tumbagas de similó en cada dedo, un baston de rinoceronte, y mil baratijas avaluadas en tres mil libras esterlinas.

Es facil figurarse cuanto aumentaria este misterio y esta incertidumbre, el deseo que cada cual tenia de conocer al marqués de Rio-Santo. Sin embargo, este deseo no pasaba de cierta latitud social. Las personas de baja esfera se contentan con admirar llenos de confianza á los reyes de la moda; cuando un mancebo de una tienda veia por casualidad *al leon*, (decimos *el leon* por que este monarca siempre es único, y los personages comunmente llamados asi por el vulgo nos parecen á los mas miserables perros falderos), lo desconoce y pasa, no poseyendo lo que se necesita para apreciar sus temibles perfecciones: el deseo que todos tenian de ver á Rio-Santo, permanecia aun concentrado cuando mas en las dos aristrocracias rivales, siendo mas considerable en el alto comercio. Como si aun no hubiese habido bastantes motivos de rivalidad, la política entró tambien en la partida. Un rumor vago empezó á circular en los clubs regularmente bien informados. Se decia que el gran marqués era un enviado secreto de una corte estrangera de primer òrden. Su mision era, segun aseguraban, confidencial, y de la mayor importancia. Por lo demas na-

die podia afirmar positivamente el hecho; pero, precisamente por esta causa, el hecho pasò por positivo y materialmente probado.

Tambien se decia que si serian los whigs ó los torys los que recibirian primero su visita. Treinta invitaciones se cruzaron, firmadas por nombres esclarecidos, y el menor de ellos poseia un palacio y algunos millones. Rio-Santo no se apresuró á elegir: dejó pasar el tiempo conveniente; y una noche despues de su primera escursion á Richemond, hizo que lo llevasen á Derby-house.

Lady Ophélia Barnwood, condesa de Derby, era viuda de un caballero de la *jarretiere*. Su fortuna hubiera podido rivalizar con la de los banqueros de Thames-Street; tenia veinte y cinco años, y pasaba por ser la muger mas encantadora de King's-Road, que es una calle muy larga, y toda llena de mugeres muy hermosas.

Cuando anunciaron á Rio-Santo, hubo una emocion muda entre la doble fila de señoras que adornaban los salones de la condesa de Derby. Las que formaban la primera fila, se estremecieron de una deliciosa curiosidad, y las de la segunda, la tapicería, alargaron sus cincuenta semblantes de viudas sobre los frescos palmitos de la primera: del mismo modo que la segunda lí-

nea pone el fusil sobre los hombros de la primera para hacer el fuego graneado. Rio-Santo entró. Lo encontraban hermoso, pero habia por muchas partes algunos chichisbeos de desaprobacion, porque su conjunto no era bastante romántico. A la primera vista, se admiraron que aquel marqués irreprochable seguramente, pero que no tenia nada de estraordinario, hubiese podido robar por espacio de tres años á nuestro compatriota lord S*** el cetro de la elegancia parisien: hubieran querido verle con una corbata mas inefable, con un aire mas poético, y con una mirada que fuese imposible definir. En fin, la primera impresion no correspondió del todo á la espera general. Pero Rio-Santo habló; y el encanto se operó tanto mejor y aun mas pronto, cuanto que tenia en contra de sus anunciadas seducciones una especie de previa reaccion. Las jóvenes ladies sintieron subyugado su corazon con aquella palabra eléctrica, y la tapiceria hechó de menos el tiempo dichoso en que ellas podian haber electrizado.

Hay en el mundo una preocupacion estúpida entre todas las preocupaciones. Creen que para ser el rey de la moda, basta ser rico, hermoso, de buen talento, frívolo de carácter, y bastante espiritual para decir lindas simplezas, pero se engañan completamente en todo esto. La soberania de la

moda es electiva, y su trono no se alcanza sino por el derecho de conquista. Se han visto algunas veces sentarse en él á monarcas desidiosos, cuéntase tambien en la lista de los príncipes de la moda, nombres que la historia pronuncia con respeto. El primer leon conocido, Alcibiades, no era un personage ordinario. En seguida, y no citamos muchos elegantes romanos todos llenos de mérito, encontramos á Clodio y á Cesar. Despues vemos á Francisco de Francia, el rey caballero, Essex, W. Raleigh, Walpole, lord Byron, y en nuestros dias, el hombre de Lóndres, el conde d'Orsay, ¿no pasa por entre las personas que lo conocen, por una de las cabezas mejor organizadas de nuestro siglo?

Debióse reconocer muy pronto que Rio-Santo tenia un talento escogido. Sabia murmurar, aunque esto sea raro, pero tambien sabia hablar. Su inteligencia fácil y fuerte, lo abrazaba todo. Era un hombre grave, y al mismo tiempo brillante. Su elocuencia, con poco esfuerzo por su parte, no se agotaba nunca, y sin embargo poseia en alto grado aquel arte que es el primero de todos: el arte del silencio.

Al mismo tiempo todos quedaron deslumbrados con el fausto real que desplegó no como un banquero rico, sino como un verdadero gran señor.

De suerte que al cabo de algunas semanas, Rio-Santo era en Lóndres lo que habia sido en Paris, el hombre por escelencia, el rey, el dios.

Hácia la época de su llegada á Inglaterra, algunas nuevas personas se habian introducido en el gran mundo; eran todos de buen nacimiento, tenian nombres retumbantes, presentándose con un noble tren. Citaremos entre estos recien venidos, al mayor Borougham, sir Paulus Waterfield, el doctor Muller, y al caballero Angelo Bembo. Todos estos señores conocian mas ó menos al marqués, á quien habian visto unos en Paris, otros en alguna otra parte, pero ninguno de ellos parecia que lo trataba con intimidad.

La primera querida de Rio-Santo en Lóndres, fué, segun dicen, la condesa de Derby. Hasta entonces lady Ophelia habia tenido la mas envidiable reputacion para una jóven viuda. Era, segun la opinion general, una muger de un gusto maravilloso, de delicado talento, pero de corazon seco; en fin, una coqueta de las mas peligrosas y de las que menos se pueden atacar. Era ademas, porque la coqueteria no escluye nada cuando se sabe poner en juego, una muger de principios escogidos, pensando altamente y bien; devota tanto cuanto es necesario serlo, y manteniendo intacto el

nombre de su difunto esposo, uno de los mas nobles y hermosos de la antigua monarquia inglesa. En el mundo donde tantas maledicencias se cruzan con tantas calumnias, lady Ophelia habia permanecido invulnerable; ningun lunar, por pequeño que fuese, habia ajado el terso cristal de su renombre. Los hombre la amaban y la temian, sus rivales la envidiaban y aborrecian. Rio-Santo llegó: la ecsistencia de la condesa se envolvió de pronto en un misterio que no acostumbraba tener, y las lenguas maldicientes no tardaron en hacerla sospechosa: ella hubiera podido defenderse, es decir, levantar su velo y manifestarse como otras veces, á cada hora de sus dias, á la vista de la multitud. Pero era verdad; amaba á Rio-Santo: lo amaba con el amor que desde luego inspiraba aquel terrible Don Juan: amor fogoso, jóven, aturdido, sin prudencia.

Rio-Santo la amaba fuerte y violentamente. Su pasion ardia demasiado para que fuese de mucha duracion. Puso á los pies de lady Ophelia su corazon que era sincero, su genio dominado un momento, su ser entero, mas que su ser, pues le prometió el porvenir. Pero Rio-Santo, sino mentia nunca, se engañaba; ay y esto le sucedia á menudo. Se entregaba al amor sin reserva, como aquellos niños que prodigan sus juguetes á sus compañeros de placeres,

para quitárselos en seguida. Rio-Santo recuperaba lo mismo todo lo que habia dado al amor. No tenia mas remordimientos que los que tienen aquellos niños de quien acabamos de hablar, porque obraba siempre de buena fé. Era, como dirian ciertos poetas, una magnífica naturaleza.

Que Dios os preserve, miss y miladies, del encuentro de Rio-Santo!

CAPITULO CUARTO.

El amor viene pensando en él.

TODA la sociedad fashionable de Lóndres se ocupó durante una semana entera del matrimonio de Rio-Santo con lady Ophelia Barnwood, condesa de Derby. Era una pareja igual, y sin embargo, el matrimonio no se verificó. Rio-Santo aseguró publicamente que no habia conseguido nada, lo que algunos creyeron de buena fé, aunque otros imaginaron que habia conseguido de-

masiado. Entonces estaba Rio-Santo enteramente aclimatado á nuestra capital. La superioridad fantàstica que le prestara la fama desde un principio, habia pasado por la mayor prueba, dejándole digno de su gloria. Los salones querian arrebatarle los unos á los otros, y las dos aristocracias se disputaban con encarnizamiento su preferencia. Habia mugeres encantadoras de banqueros millonarios, que se hubieran comprometido muy contentas tan solo por la esperanza legítima de dar celos á las orgullosas castellanas de Belgrave-Square. La rivalidad de uno y otro círculo tomaba todos los caracteres de una pasion, mientras que el marqués pasaba tranquilo y sereno entre estas profundas enemistades. Frecuentaba el West-End porque las costumbres del noble barrio acariciaban dulcemente las inclinaciones aristocráticas de su natural, pero no desdeñaba á la Cité y mucho menos las reuniones del partido whig. El ecleptismo no es malo sino en la pedante y necia filosofia de nuestros colegios; es una palabra poco graciosa, pero necesaria, pero la idea que espresa está en el fondo de todo corazon que quiere y sabe vivir. Entendida como es preciso entenderla, no escluye ni aun aquella lealtad rígida y caballerosa que hace morir por el color de una bandera, ò el esmalte de un escudo, pero nosotros no pre-

tendemos hablar sin el ecleptismo sensual que acoge la felicidad en cualquiera parte donde la encuentra. Este unicamente es una realidad. Fuera de este círculo y desde el momento en que deje de aplicarse al placer, lo decimos, malhaya del ecleptismo. En las artes no es mas que tonteria y palidez: en política, falsedad ó doctrina que es una misma cosa. En filosofia debilidad y nada.

Rio-Santo no era ni miembro del parlamento, ni artista, ni doctor, era quizá alguna cosa peor que todo esto; pero á lo menos no habia dado en alguna de estas tres estravagancias. Para decirlo de una vez, no era nada de lo que se acostumbra ser en nuestra sociedad, rotulada como una botica, lo que le daba incontestablemente el derecho de hacer como la abeja: quiero decir, de escoger sin distincion.

Tenia por oficio ostensible el ser marqués, y un marqués millonario, cargado además de distinciones: oficio que á nuestro entender es el mas agradable y gustoso que se puede encontrar.

Es imposible enumerar aqui los rasgos de sutileza y de diplomacia que pusieron en juego los dos campos rivales para atraerle á su partido. Hubo algunas jóvenes ladies que se sacrificaron como verdaderas romanas, y hubo otras ladies de cierta edad que combinaron planes portentosos.

Rio-Santo apreció la adhesion de las jóvenes ladies é ignoró los planes de las señoras viudas.

Sin embargo, tenia la vida mas rigorosamente fashionable que se puede imaginar: daba despóticamente el tono en todas las cosas. Se citaban sus palabras con una compuncion verdadera, y cuando por casualidad no decia algunas no faltaban personas caritativas que se creian con el deber de suponerlas. Hablando de él, estaba seguro de interesar á las mugeres, y algunos seductores jubilados inventaban por su cuenta y riesgo algunas lindas historietas que iban á ensayar á guisa de ganzuas á la puerta de todos los retretes.

Le achacaron tan crecido número de favores del bello secso, que la cuenta pasaba de toda verosimilitud; pero es preciso creer que su discrecion, porque cada aventura que se contaba, conservaba aquel velo de incertidumbre necesaria al buen écsito de la anécdota. Y nunca se pudo citar prueba alguna conveniente en apoyo de las distintas murmuraciones de que era el héroe.

Regla general: el leon que aspira al título de verdugo, no es un leon de ley: es inevitablemente algun cuadrúpedo vulgar y quizás un asno disfrazado con la piel del rey de los animales. El marqués de Rio-San-

to era un leon verdadero; el leon mas leon que ha habido en nuestros dias. Amaba á su voluntad y á escondidas pierden sin publicar las cosas que su encanto divulgándolas. El que obre de otra manera obra como un necio, y Rio-Santo sin sentar este acsioma, lo tomaba por regla de su conducta sin saberlo, porque el bien germinaba en aquel corazon heróico. Tambien el mal tenia en él su parte; pero solamente aquella especie de mal de orgullosa esencia de donde nacen el crímen osado, y los vicios mas audaces: pero Rio-Santo no tenia nada que reprocharse por lo que respecta á bajas inclinaciones y á todo lo que fuese puramente vergonzoso, ó mezclado de infamia ó de ridículo.

Despues de la condesa de Derby, amó á otras muchas mugeres, y nos veriamos muy embarazados si intentáramos llevar la cuenta de sus calaveradas.

Un dia encontró á Mis Mary Trevor, é imaginó que esta niña pálida, con sus pequeñas facciones y su hermosura casi emblemática, era una persona muy insignificante. Su imágen le ocupó muy poco tiempo; pero Mary se sintió embarazada en presencia de aquel hombre, cuya estraordinaria fama chocaba á sus instintos de tímida debilidad. En una segunda ocasion volvieron á reunirse, y Mis Mary cantó: su voz dulce aunque de poca estension, llegó al oido de

Rio-Santo como un vago ruido; pero cuando este habló su metal de voz, vibrante y grave, afectò, el oido de Miss Trewor. ¿Y por qué? Mary no hubiera podido responder á esta pregunta.

Volvieron á encontrarse por tercera vez en un concierto que daba Lady Ophelia: Rio-Santo estaba aquella noche pálido y taciturno, y sus miradas vagaban al rededor, sin fijarse en cosa alguna. Miss Trevor, sentada junto á Miss Diana Stewart, su mejor amiga, hablaban reservadamente en una sala de juego que no habia aun ocupado el batallon de jugadores. Diana era su prima, y habia sido la compañera de infancia de Franck Perceval que se hallaba separado actualmente, por causa de un viage, de Miss Trevor, su desposada. Las dos jóvenes hablaban de él como puede presumirse fácilmente. Rio-Santo de pié apoyado en una columna de medio relieve, se hallaba casi oculto por su saliente, y en disposicion de oirlo todo aunque no oia nada. Mary vuelta de espaldas ácia aquel sitio, no podia verle, y creyéndose solas dejaron de contenerse, y la conversacion que habia empezado bajito, fué insensiblemente tomando cuerpo muy creidas de que nadie las escuchaba. El eco de sus voces llegaba á oidos de Rio-Santo como un murmullo de que no hacia caso, entregado como se hallaba á sus reflecsiones,

aprovechando con ansia aquel momento de descanso, que le dejaba la curiosa atencion de la multitud.

Rio-Santo era una de estas personas que viven en la contemplacion, no contento con los multiplicados goces que le prodigaba la realidad, echaba mano muy á menudo de aquellas potencias cuidadosamente ocultas de su organizacion poética, y mecido por los fantasmas evocados, se dejaba llevar de las ilusiones de un hermoso ensueño. Tenia sus dias apropósito para esto, y entre todas las felicidades que tocaba ligeramente con su labio sensual, esta era la mas querida y la mas celosamente aprovechada. Con delicioso afan veia aprocsimarse la hora de su éstasis voluptuoso, y entregándose sin reserva y con toda su alma á estos goces de la imaginacion, encontraba en el fondo de ellos un encanto tranquilo é infinito, que las cosas materiales no pueden proporcionar nunca.

Es fácil suponer que Rio-Santo no escogia por lo comun el bullicio de una fiesta para entregarse á sus ilusorias voluptuosidades, y sin embargo, no eran incompatibles el concierto y su contemplacion. La melodia de la orquesta le conducia á ciertas galerias del encantado palacio de la imaginacion, donde no puede penetrarse en el silencio. Sus ensueños eran recuerdos vo-

luntarios: la música los evocaba alegres y brillantes, y por ellos pasaban como dulces sombras, las memorias vagas de aquel suave amor que hizo latir el corazon por primera vez, comunicándole su ardiente soplo, cuando existia en la indiferencia que es hija de los años juveniles.

En este momento en que hablamos, Rio-Santo pensaba, y pensaba en sueños de amor. Y en aquella lontananza que el éxtasis presenta á los ojos del alma, y que se asemeja á una decoracion de teatro, veia una jóven de cabellos blondos, que le dirigia una mirada de angel, confiada, tierna, y tímida. La orquesta acompañaba una melodia compuesta sobre uno de aquellos motivos sencillos y conmovedores, que los bardos inspirados de la lozana Irlanda, encuentran en sus selváticos matorrales. Se hubiera dicho que aquel aire tenia una relacion real y directa con la jóven del ensueño, y esto no era imposible, porque tambien allí se trataba de un recuerdo. El rostro de Rio-Santo manifestaba una especie de encanto mezclado de melodia. Cuando la orquesta cubrió con sus últimos acordes las vibraciones de la voz del canto; una lágrima corrió al través de las largas pestañas negras de su párpado medio cerrado.

—Mary, murmuró. ¡Mi querida Mary!

—¡Pobre Mary! esclamó al mismo tiem-

po Mis Diana Stewart, que era la jòven con quien hablaba Mis Trevor. Despues dando una pequeña carcajada añadió.

—¿De veras, le quieres mucho?

—Al nombre de Mary, Rio-Santo abrió los ojos, y su mirada se quedó fija en el gracioso perfil de Mis Trevor. Los hombres, y principalmente aquellos cuya imaginacion sin freno ni regla, tienen costumbre de vagar por donde el capricho la dirija, sin haberse visto nunca sugeta, pueden ver un mismo objeto bajo diversas formas, aunque sean enteramente opuestas entre sí. La impresion del momento cambia por decirlo asi, el espacio á través del cual miran los objetos. Entre su púpila y lo que ven, se opera una especie de refraccion misteriosa, que puede embellecer la fealdad, y afear la hermosura. Rio-Santo habia visto ya á miss Mary, y sin embargo en aquel momento creyó que era la primera vez que la veia. Quizá la delicada y graciosa sonrisa de Mis Trevor, halló acogida en el ensueño que dominaba entònces á Rio-Santo: quizá alguna pequeña semejanza vino ayudada con el nombre de Mary, á poner colmo á la ilusion del marqués. Por esta ó por cualquiera otra razon, sintió latir su corazon con violencia, y lanzarse al encuentro de aquella criatura encantadora, que tan apropósito daba vida á sus fantasias del momento. Fijóla con una

mirada, como si fuese una presa prócsima, y engreido por los felices écsitos anteriores, ni siquiera se ocupó de los medios necesarios para el triunfo.

Mis Trevor vaciló alguna cosa antes de responder á la pregunta de Diana.

—Estoy triste desde su partida, y aguardo su regreso con impaciencia, dijo por último.

Rio-Santo saboreó muy despacio la armonia de esta voz que habia despreciado la víspera. Admiró su dulzura, y la debilidad de su metal le encantó porque fué á buscar en un rincon oscuro de su memoria, una cuerda que hacia algunos años descansaba, y que habia hecho vibrar y sonar una nota olvidada.

Hizo entónces un movimiento: Miss Trevor se volvió y se puso encendida, porque adivinó que su respuesta habia sido escuchada. En seguida sobrecogida por aquel instinto de terror que le habia inspirado la primera vista del marqués, se estremeciò de pies á cabeza, y se agarró fuertemente del brazo de Diana.

—Ven, dijo prontamente arrastrando consigo á los salones donde estaba el concierto á su admirada amiga.

—Habia alguna serpiente tras de tu sillon? preguntó mis Stevvard de broma.

—Habia un hombre, respondiò Mary bajito.

Diana se volviò con prontitud y descubrió la mirada ardiente de Rio-Santo que siguiò la retirada de su compañera. Este suceso le quitò toda su anterior alegria.

—¡Cómo te mira! dijo con espresion celosa y natural. Desde su pupila hasta tí, se ve un rayo ardiente de fuego.

Mary tembló mas todavia al escuchar estas palabras.

Rio-Santo dejó su columna y fué a sentarse en el sillon ocupado hacia un momento por Mis Trevor. Allí permaneció mucho tiempo y no volvió á la sala del concierto, hasta que la multitud de jugadores invadió su retiro.

—¡Pobre Mary! dijo al levantarse, nunca he amado asi.....

Algunos dias despues, Rio-Santo fué presentado á Lady Campbell y á Lor Trevor. Lady Campbell habia nacido precisamente para apreciar las cualidades del hermoso marqués: y viéndose lisongeada por la iniciativa con que la habia distinguido, preveyò que su importancia en el gran mundo, iba á aumentar considerablemente. Y con efecto Trevor-House llegó á ponerse repentinamente en moda. Todo el mundo quiso ser presentado en aquella sociedad, y los jóvenes señores que hemos visto llegar á Lóndres casi al mismo tiempo que Rio-Santo, fueron los primeros en solicitar

este honor, que les fué concedido con mucha amabilidad porque el mayor, Borougham, el doctor Muller, sir Paulus Waterfield y el hermoso caballero Angelo Bembo, no eran personas á quien se podia dar con las puertas en rostro.

Desde que entraron en casa de Lord Trevor, rodearon á Lady Campbell y le hicieron una corte asidua. Estos cuatro señores conservaban entre si, aquellos lazos superficiales y de pura ocasion, que con tanta facilidad se anudan en el mundo; pero no reinaba entre ellos ninguna intimidad aparente. Sin embargo, se hubiera creido que estaban de acuerdo para realzar en presencia de Lady Campbell, todo cuanto era concerniente á Rio-Santo; pero quizá seria esto casualidad.....

Rio-Santo no tenia seguramente necesidad de ayuda. Mientras mas espiritual era una muger, menos probabilidades tenia de escapar á las seducciones de su talento, y como ya creemos haberlo dicho, lady Campbell no cedia á nadie en discernimiento delicado y escogido, se viò prontamente subyugada. Pasados algunos dias se miró como un amigo de familia, y al cabo de un mes no vió sino por sus mismos ojos; y como Lady Campbell era la cabeza en la casa de su hermana, todos hasta la misma Mis Trevor, esperimentaron con mas ó me-

nos eficacia la influencia de Rio-Santo.

Sin embargo, debemos manifestar que este no obró directamente sobre Mis Trevor, porque Miss Campbell se tomó el trabajo sin que él lo supiera de solicitar el herido corazon de su linda sobrina. Esta amable señora estaba llena de las perfecciones del marques, y no podia callarse: Su amistad y su admiracion, respiraban por todos sus poros. Hacia que su sobrina viese á Rio-Santo como un obgeto de estudio, un tema de análisis. y un tipo que conocido, completaria su ciencia de mundo. Es bueno le decia, bueno aunque elevado, por lo que su bondad constituye una cosa sublime: y obra el bien, siendo tan poderoso para egecutar el mal.

Todos los meses entregaba sumas cuantiosas á cierto agente discreto, que las distribuia entre centenares de desgraciados, que no hubieran tenido pan que comer sin su benéfica caridad. Era inconstante, y ligero en el amor; ¿pero quién propalaba estas cosas? Las mentiras de sus rivales y el rencor de las mugeres. Y sobre todo ¿por qué se apresuraban á hacerle tantos rendimientos y tantas ofertas? Por qué, le prodigaban tantos favores?

Estas y otras razones de Lady Campbell, influyeron tanto en Mis Trevor que tuvo vergüenza y pesar de sus terrores pasa-

dos. Y adquirió por Rio-Santo una suerte de admiracion mezclada con cierto temor indefinible, pero que de ningun modo era repulsion ó desvio.

Sabia que Rio-Santo la amaba, y cuando una muger sabe esto, y pasa de la aversion á un estado mas pronunciado que el de la indiferencia, se puede apostar segun la creencia comun de los observadores, que llegará á amar indudablemente: todo el milagro consiste en el tiempo. Veremos mas adelante si con Mis Mary nuestros observadores hubiesen doblado la puerta.

Esparcióse en cierta ocasion en Lóndres un ruido estravagante y desnudo de toda verosimilitud que puso en conmocion á todo lo principal y escogido que habia desde un estremo á otro de la ciudad. Las mugeres se entretuvieron con sus cortejos, de este asunto; los maridos con las amigas íntimas de sus mugeres; y los Grooms murmuraron á su satisfaccion sobre el particular.

Corria la voz de que Rio-Santo iba á casarse.

A casarse como el mas simple de los mortales; poner fin á su carrera, romper su cetro, perder sus espolines, cambiar su poesia en prosa, y calarse un gorro de algodon encima de su corona.

Este rumor habia sido inventado con

poca destreza: era rídiculo, imposible y sin embargo, era verdadero.

Cuando corrieron estas voees, tuvieron su origen en que Rio-Santo habia pedido la mano de miss Mary Trevor.

Contra su costumbre, habia encontrado muchos obstáculos que no le era posible desdeñar: en un principio lady Campbell que era la misma lealtad, rehusó á pesar de su buen deseo, secundar las intenciones del marqués. El amor mútuo de Franck Perceval y de su sobrina, era obra de sus manos, pues le habia costado mucho preparar su union. Abandonar los intereses de Franck que se hallaba ausente, hubiera sido una traicion que lady Campbell no era capaz de cometer: en segundo lugar, lord James Trevor, era uno de aquellos antiguos y caballerosos señores, cuya palabra era una ley, y esta palabra habia sido empeñada á Franck: y en tercer lugar, miss Trevor amaba á su prometido Perceval.

Por consiguiente, recibió una negativa fundada en estos triples motivos. Este acontecimiento no le conmovió demasiado, pues la larga costumbre de felices écsitos conseguidos, le habian garantido contra la desesperacion: á pesar de esto, hizo aparecer en su semblante una tristeza profunda; besó la mano de lady Campbell con abatimiento, y se retiró precipitadamente como un hombre que teme manifestar su debilidad en la

desgracia, Al volver á su casa, preparó en su cabeza la mas linda cañastilla de boda, en que podia haberse recreado la imaginacion mas ecsaltada de una jóven coqueta.

Lady Campbell estaba desconsolada; y se arrepentia amargamente de haber dado su palabra á Franck, que era á no dudarlo un hombre muy distinguido; pero que no valia nada en comparacion de Rio-Santo. Pero los arrepentimientos son cosa inútiles hasta no mas, y lady Campbell no era muger que perdia su tiempo. Procuró ingeniarse, y sus diligencias fueron vanas: buscó arbitrio y tampoco encontrò ninguno. Por fortuna las mugeres de talento sutil, tienen siempre á su disposicion un arbitrio supremo que es el engañarse á si mismas.

Lady Campbell que se desesperaba con estas dificultades, pudo imaginarse muy naturalmente que Mary estaba desconsoladísima. Esto no era del todo esacto, aunque fuese posible; pero admitido el pesar de miss Trevor, podia muy bien interpretarse de muchas maneras: permitida la eleccion, lady Campbell decidiò que su sobrina amaba, y que amaba á Rio-Santo, y que la negativa dada á este era la causa de toda su afliccion.

Esto se lo dijo muchas veces sin creerlo; pero al fin tanto hizo que se lo persuadió. Cuando ya se lo hubo creido, tuvo in-

contestable derecho para hacer partícipe de su opinion á alguna otra persona, pues ¿á quién habia de comunicar sus impresiones sino á su querida sobrina, á la hija adoptiva de su corazon?

A la primera manifestacion, Mary quedó sorprendida, pero lady Campbell obraba de tan buena fé, y tenia tanta elocuencia.... Mary débil, y acostumbrada á no inquirir con cuidado el fondo de su corazon, y acostumbrada á hacer propias, sin ecsámen, todas las ideas de su tia, se dejó persuadir. Este hecho puede parecer quizás estraño, pero está succediendo á cada instante.

Aliviada un poco lady Campbell del peso que la oprimiera, recobrò toda su serenidad. Es preciso convenir en que la posicion habia cambiado del todo, pues ya no se trataba de ella, sino de su sobrina. Hubiera sido culpable dar oidos á sus propias impresiones para quebrantar la palabra empeñada; pero su sobrina!..... Por mucha lealtad que quiera guardarse, no se puede en conciencia sacrificar la felicidad de una jóven; y en vez de vacilar, se creyó obligada á hacerlo por su mismo honor. Lo que en un principio le habia parecido una debilidad, era entonces á sus ojos un deber imperioso; y llegó á persuadirse que en aquellas circunstancias no debia permanecer indiferente, sino que era una obligacion su-

ya sostener las pretensiones de Rio-Santo con todo su poder.

Lo que si llama la atencion es que lady Campbell creyó que era deber suyo predicar con este motivo á su sobrina un lindo sermon sobre la inconstancia, y despues de haber dado esta satisfaccion á la moral, prometió á miss Mary favorecer sus amores, concluyendo sin advertirlo con un cántico en alabanza de Rio-Santo. Miss Trevor, á decir verdad, vivia entonces en una especie de aturdimiento completo, producido por el aburrimiento y el fastidio. Rio-Santo le habia causado una impresion estraña, y que ella misma no podia definir, y como lady Campbell llamaba á esto amor, debia ser precisamente lo que suponia.

Y sin embargo la imágen de Frank Perceval quedaba grabada en el fondo de su corazon. La pobre Mary vacilaba, sin saber, y sin atreverse tan poco á averiguarlo. Sojuzgada por la infalibilidad de Lady Campbell que era para ella cosa incontestable, y dominada tambien por la indolente debilidad de su carácter, se dejaba ir en esta duda estraña y casi fantástica: sufria en silencio, y no buscaba remedio alguno. De vez en cuando se esforzaba, no para operar una reaccion, sino para ahogar los disgustos de su corazon, y trocar su perdida tranquilidad por el reposo de la apatia.

Ya no quedaba mas que vencer la oposicion de Lord Trevor, que fiel como el acero, no dejaria de hacerla porfiada, oponiéndose á este nuevo arreglo por cumplir su promesa. Atacarle directamente y de frente, era cosa en que no debia pensarse, pero sea dicho entre nosotros y el lector, su resistencia no era considerada como la mayor de las dificultades, porque cuando se ha conseguido engañarse á si propio, robar la conciencia de una jóven, y conservar la tranquilidad del corazon, se puede esperar con mejor écsito envolver á un caballero ya de años, acostumbrado mas bien á los campos de batalla que á los discretos tapices de las oficinas diplomáticas.

Rio-Santo fué admitido para que declarase sus sentimientos á miss Mary Trevor, quien durante toda la noche siguiente no pensó mas que en Franck Perceval.

Es necesario convenir, que este jóven señor habia escogido muy mala ocasion para viajar; pero asi sucede ordinariamente á su edad cuando algunos padres con objeto de probar á todo el mundo su estraordinaria prudencia, difieren una union deseada, con el frívolo pretesto de que aun no es tiempo apropósito.

¡Pobre prudencia! pobre pretesto! no hay mas que un momento para ser dichoso, y cuando se deja pasar diciendo *no es*

tiempo todavia, ó cualquiera otra necedad semejante, serán fatales los resultados. Frank Perceval distinguido y apreciado por toda la familia de Trevor, era el prometido de Mary; pero Mary era tan jóven! dentro de un año le decian..... Y Franck se preguntaba ¿cómo podria esperar trescientos sesenta y cinco dias sin morir setecientas treinte veces? Uno de sus amigos, porque siempre aparece alguno que nos ayude á despeñarnos, le aconsejó que tomára la posta y fuese á ver la Suiza. Frank marchó en efecto, y permaneció en ella un año, ni mas ni menos, encargando caballos de posta en Ginebra para hallarse en Lóndres precisamente el dia que se cumpliese el trescientos sesenta y cinco del plazo.

No se puede ser mas esacto, y la casualidad le tenia reservado el presente con que algunas veces obsequia á los amantes viageros, como por egemplo, encontrarse en su casa al llegar una carta de su amada, que habia visto la semejanza de sus facciones encantadoras en el primero que se le hubiera presentado. Frank esperaba alguna cosa de esta especie, porque al subir el Támesis habia tenido muy buen cuidado de observar todos los barcos y botes, á pesar de la niebla que caia, sin encontrar mas que personas desconocidas, sombreros de cuero, y chaquetones de marinos; pero en cambio,

al llegar á su casa le dió el ama de gobierno una carta escrita hacia ocho dias, en la que se le convidaba á la *soirée* de Lord James Trevor.

Frank no tuvo tiempo mas que para vestirse, porque aquella misma noche era el baile en Trevor-House.

CAPITULO QUINTO.

El baile.

TREVOR-House, edificio situado en Norfolck-Street, y uno de los pocos palacios particulares de Lóndres que la escuadra del ingeniero moderno no haya nivelado desventajosamente, levanta entre la berja principal y el jardin el magnífico cuerpo del edificio, con sus dos alas avanzadas. La fachada principal cae ácia los bosquecillos, á cuya estremidad se estiende una pradera

de césped, rodeada de una espesa valla de arbustos destinada á vestir la tapia que separa el jardin de Park-Lane. Este jardin de bastante estension aparece mayor todavia por el sabio método de su dibujo. En una palabra, es un edificio espléndido que nos hace echar menos la magnificencia de los tiempos pasados, y mirar con desprecio las *confortables* casuchas que forman el moderno Lóndres.

Esta noche de que vamos hablando, se hallaban perfectamente iluminada las altas ventanas de la fachada principal; y los pobres centinelas encargado de guardar la estátua colosal de Aquiles, erigida en honor del duque de Wellington, debian ver al través de las ramas deshojadas de los árboles, las luces de las arañas dulcificadas por las diáfanas pantallas que las cubrian. Estos centinelas esperimentarian mas frio, sin duda alguna, porque el hombre está constituido tan generosamente, que la felicidad del prógimo redobla ó aumenta la propia miseria: paseábanse de mal humor sobre el arenoso suelo del Hayde-Park, y se lamian el bigote con la lengua, pensando que seria muy justo que los Lores montasen algunas veces la guardia, mientras que los soldados ingleses bebieran ponche helado en vasos de cristal, y comieran los pugdins que se sirven en las *sociedades*.

Acababa de dar la hora señalada para el baile. Los salones se iban llenando poco á poco, y la orquesta dirigida por Angelini, este rey de cuadrilla, que el frances Julio no habia destronado aun para manejar en vez del cetro metronómico el mal pulido baston de su popular reinado, hacia algunos preludios en cordes indecisos y timidos. El baile no habia aun comenzado, pero se iba formando el cordon de sillones colocados al rededor de la sala, y sobre todo el salon principal donde se hallaba Lady Campbell, presentaba un golpe de vista encantador, asemejàndose á una preciosa canastilla á quien solo faltan algunas flores mas para llenarse.

Todo el mundo hablaba, Lady Campbell y Mis Trevor rodeadas de un grupo numeroso que se renovaba sin cesar, saludaban, recibian un cumplimiento, respondian á una pregunta, volvian á saludar, y continuaban repitiendo las mismas demostraciones. Este es el agradable entretenimiento de las señoras de casa en una noche de baile desde que dan las diez hasta las doce. Por lo que hace á nosotros, escogeriamos mejor hacer la guardia durante el mismo tiempo, al pie de la estatua de Aquiles; pero las dueñas de casa no tienen derecho á la eleccion.

—Hacedme el favor de permitirme se-

ñora..... dijo el jóven vizconde de Lantures-Luces, levantando la mano de Lady Campbell hasta aprocsimarla como á medio palmo de sus labios, haciendo ademan de besarla: hacedme el favor de permitirme..... Teneis, os hablo con toda formalidad, un deslumbrador abanico.

—Vizconde, dijo Lady Campbell, sonriéndose, esta es la séptima vez que os deslumbra el abanico de mi sobrina.

El grupo que rodeaba á las dos señoras en este momento, no pudo menos de reirse muchísimo, porque aquella palabra tenia pretensiones de pasar por un chiste. El vizconde de Lantures-Luces, rió por mas tiempo y mas fuerte que los demas.

—Adorable, tartamudeó en seguida: siete veces..... Encantador! siete veces, encantador.

Pero el grupo no rió con esto. Lo que sorprendió estraordinariamente al Duque de Lantures-Luces, que desconcertado balbució en su parla.

—Hablo con mucha formalidad.

Lady Campbell se dirigió tres ó cuatro veces á derecha é izquierda, para continuar su cuenta-corriente de saludos: dió la mano á Lady Ophelia Barnwood, condesa de Derby que entraba en aquel momento, y Mary besó á Diana Steward, cuya madre acababa de ser anunciada.

—Sir Paulus, dijo Lady Campbell á uno de los recien venidos, ¿teneis alguna novedad que contarnos?

—Se dice, respondió Sir Paulus Waterfield, que el marqués de Rio-Santo, va á renovar sus coches, sus trenes y todo el mueblage de su casa.

—¿Hablais con formalidad? preguntó el vizconde; pues sino hace tres meses que egecutó otro tanto.

—El marqués tiene sus motivos para obrar asi.

—Este querido Rio-Santo que no me ha hablado una palabra, esclamó el vizconde de Lantures-Luces, cuyo prurito era pasar por el Pílades del marqués.

—¿Y qué motivos?.... interrumpió Lady Campbell.

—Un casamiento, contestó Borougham. Esta es la órden del dia.

Mary perdió la sonrisa de circunstancias que brillaba sobre sus labios: la sangre le subió á la cabeza, y sus manos quedaron yertas y descoloridas; Lady Campbell la miraba al descuido.

—¡Cómo le ama! decia aquella señora para sí.

Mis Trevor pensaba en Franck Perceval, á quien no amaba ya como se habia acordado; pero que por dia y noche ocupaba su imaginacion al par que Rio-Santo,

pues Mary habia conseguido dar al marqués sino la mitad de su corazon, al menos la mitad de su pensamiento. Rio-Santo le habia causado una impresion difícil de esplicar, que no era seguramente amor; pero que algunas veces tenia los mismos síntomas. De manera que con la ayuda de los consejos de Lady Campbell, y conociendo Mary muy mal ó por mejor decir, no pudiendo definir el sentimiento que le inspiraba el marqués, podia dudar, y quizá creer, y aun tomar por amor, la preocupacion que la sojuzgaba. Pero como se puede pensar muy bien, esta creencia facticia, no ecsistia sino en la imaginacion de la jóven, manteniéndose su corazon neutral en estos místicos debates, conservando en sus ocultos senos, su primitiva ternura. Lady Campbell habia interpuesto su palabra como un espeso velo entre su corazon y su inteligencia, y ciego y entorpecido se habia entregado al sueño de la apatia. La imaginacion era la que guiaba la ecsistencia de Mary, que en este sentido pertenecia á su tia, es decir á Rio-Santo.

Preocupada asi la cabeza y hostil á su corazon, permanecia este silencioso, y lleno enteramente por un recuerdo. Dirigida Mary por la confusion que ecsistia en ella misma, se irritaba contra su memoria demasiado fiel, y rechazaba la imágen de Franck, como una persecucion importuna, cuando no

la acogia con caricias y transportes. Asi vagaba su alma indecisa en una especie de Dédalo en que su libre alvedrio hubiera podido solamente servirle como el hilo de Ariadna; pero Lady Campbell acudia siempre á cortar el velo que la cegaba y á egercer sobre su débil carácter, toda la tirania de su superioridad.

Asi son las mugeres de talento: antes que dejar de gobernar á otros, renunciarian voluntariamente gobernarse á si propias.

Como ya hemos dicho, Lady Campbell esperimentó un movimiento natural de alegria al notar la turbacion de Mary que revelaba toda la fuerza de su amor. Esto era al menos lo que pensaba Lady Campbell; pero se equivocaba. La turbacion de Mary no revelaba mas que una crisis de su confuso y continuado sufrimiento. Habia comprendido la estension del rumor que corria acerca del marqués; habia comprendido que llegaba la hora en que seria indispensable obrar y decidirse, y su vacilante natural habia desfallecido con aquel choque, sufriendo centuplicado aquel malestar, que esperimenta toda jóven cuando llega la hora definitiva de acoger al hombre que ha de ser su esposo.

Lady Campbell tuvo lástima de ella y no preguntó el nombre de la prometida de Rio-Santo.

—El marqués está muy mudado, dijo entónces el caballero Angelo Bembo.

—Tanto, que nadie le conoceria, añadió el mayor Boroughan.

Sir Paulus Waterfield dijo alguna cosa análoga, y el doctor Muller dejó oir uno de aquellos sonidos guturales, por cuyo medio las laringes germánicas dan á conocer su aprobacion.

=¿Y qué notais en ese querido marqués? preguntó el vizconde de Lantures-Luces.

—Está enamorado perdido, respondieron los cuatro caballeros, cuyos nombres acabamos de anotar.

—Por tres ó cuatro dias, dijo el vizconde colocando su claque bajo el brazo izquierdo.

—Por toda la vida, añadió gravemente el mayor Boroughan.

Mis Mary Trevor esperimentó una sensacion de orgullo mezclada con un repelo de agonia. El orgullo pertenecia á la hija de Eva, y no se hubiese hallado en todo Lóndres, una muger, que no le hubiese esperimentado semejante viendo á sus pies á Rio-Santo: la agonia era una vaga protesta del corazon, un sacudimiento, un grito ahogado de la conciencia.

El vizconde de Lantures-Luces, soltó una carcajada tan estrepitosa como permitian la ocasion y el sitio.

—¡Delicioso! esclamó, y cuidado que hablo con toda formalidad.

Entónces empezaba el baile. El caballero Angelo Bembo, tomó de la mano á miss Trevor, para conducirla á la cuadrilla que se formaba. Hubo entonces un movimiento general en los salones: los grupos diseminados se mezclaron, y Lady Campbell sin perder su corte masculina, se viò rodeada de un círculo de aquellas señoras que constituyen un término medio, una transicion, entre la parte activa y pasiva de un baile, entre la tapiceria y su brillante bordado: de aquellas señoras á quienes la ley del mundo no prohibe enteramente el baile: pero que no se atreven á bailar siempre. Hay entre estas señoras, algunas que pasan aun todavia por hermosas, y una de ellas ha dado al novelista francés Balsac, el tipo de la muger de treinta años; la que á la hora en que escribimos esto, cumple sus cuarenta y cinco, creciendo siempre en gracias y en seducciones de todas clases.

La conversacion continuaba frívola, murmuradora, y espiritual. Lady Campbell decia de vez en cuando algunas palabras divertidas el vizconde de Lantures-Luces, hacia esclamaciones deliciosas, y el doctor Muller daba sonidos roncos, y violentos germanismos.

Afortunadamente cuando falta nues-

tro marqués, dijo Lady Campbell con imperceptible mofa, el vizconde de Lantures-Luces es el alma de nuestras reuniones.

—¿Y por qué razon se ha de poner al vizconde en segundo lugar? Preguntó una baronesa.

—Seguramente añadió la muger de un Par, el marqués podria estar orgulloso con la comparacion.

—Ah señoras, señoras..... balbució el vizconde de Lantures-Luces; por favor no me abrumeis. Soy muy amigo de ese querido marqués para pretender.....

—No vengais con vuestras modestias, vizconde, porque sabemos que siempre teneis reservada alguna historieta espiritual.

—Alguna graciosa anécdota.

—Alguna murmuracion de buen gusto.

—Ah señoras, señoras, ¡cuánto me lisongeais! Os hablo con formalidad.

El vizconde se evaporaba en vanidosa alegria: no podia mas: estaba deliciosamente estasiado.

Este señor era un francés de mediana edad, de talla comun, y de semblante ordinario. Sus cabellos encrespados, y lleno de pomada, se anillaban sobre su estrecha frente segun esa moda de poco gusto, que se llama *á lo Luis Felipe*. Su vestido tenia cierto aire ecsagerado de pretension, aunque

no se parecia al de los jóvenes dandys del comercio. En cualquiera otra parte hubiera pasado por ser de un gusto esquisito, pero en Trevor-House solo es admisible la suprema elegancia de la sencillez bien entendida. Creeriamos agraviar á nuestros lectores, si intentáramos esplicarles que esta palabra sencillez, es mas rica y encierra mas lujo que la misma palabra fausto. Para completar el bosquejo del señor vizconde de Lantures-Luces, añadiremos unicamente que se escuchaba cuando hablaba, que tartamudeaba picaramente, que se sonreia como hombre que está seguro del efecto de su sonrisa, y llevaba un lente de dos cristales que manejaba con cierta superioridad.

Su nobleza era mediana, y su fortuna regular; su talento hubiera sido bastante para un hombre modesto; pero Lantures-Luces era muy vanidoso. Rio-Santo de quien no veia mas que las apariencias, habia acabado de trastornarle el cérebro, pues se habia empeñado en imitar este modelo inimitable. Dios habia colocado entre ambos la distancia que separa al héroe de un simple recluta, como no fuese mayor todavia; pero Lantures-Luces no habia tenido la prevision de medir este aviso. Rio-Santo era á sus ojos cuando mas, el hombre discreto, el narrador picante, y el caballero elegante y hermoso por escelencia. Lo que habia de

poder y de grandeza bajo este amable esterior, se escapaba de un todo á los lentes de M. de Lantures-Luces.

El mundo que adivina todos los rídiculos, y descubre cualquiera estravagancia por una especie de intuicion mágica, habia penetrado desde un principio la grotesca emulacion del pobre vizconde. Divertianse mucho á su costa, y mucho mas porque este no alcanzaba á ver las embozadas burlas, barnizadas comunmente con una capa de cortesania. Lejos de atufarse, se llenaba de satisfaccion, y se hinchaba como la rana de la fábula; pero no reventaba porque el corselillo de su chaleco no le dejaba demasiada ensancha.

El sesgo que habia tomado la conversacion era á sus ojos un verdadero triunfo. Rechazaba muellemente las alabanzas, y repasaba en su memoria una anécdota que traia preparada de antemano, para sostener su reputacion de narrador.

—Vamos, vizconde, volvió á decir Lady Campbell, la modestia os sienta perfectamente, pero ni aun las virtudes deben ser ecsageradas. Apuesto cualquiera cosa á que traeis algo que referirnos.

—Escuchemos, escuchemos, se oyò decir por todas partes.

El vizconde se hizo rogar todavia por espacio de tres cuartos de minuto. Hubiera

deseado no referiros esto, comenzó á decir por último; hablo con toda formalidad..... Pues esta historia pertenece á nuestro querido Rio-Santo.

—El marqués! contadnosla pronto, pronto.

Estas palabras fueron pronunciadas por un coro de voces femeninas.

—Es una historia añeja, volvió á decir el vizconde, pero hasta hoy no ha llegado á mi noticia, habiéndolo escuchado de boca de un parisiens. Es muy graciosa: seguramente se puede decir que es muy graciosa.

—Referidla pronto, vizconde.

—Figuraos, hermosas señoras mias, que durante la permanencia de Rio-Santo en Paris, la condesa de P.** y la condesa de L.** estaban enamoradas de nuestro querido marqués; no se aventurará nada en asegurar que estaban locas perdidas de amor. Un dia el guarda del bosque de Boulogne oyó dos tiros en la espesura; dirigióse al lugar, y vió que era..... acertadlo si podeis.

—Un asesinato!

—No señor.

—Un tiro al blanco?

—Mucho menos..... Un duelo, señoras..... Un duelo entre la señora condesa de P.** y la condesa de L.**

—Divertido, esclamaron todos á coro soltando la carcajada.

—¡Un duelo entre dos condesas! dijo sir Paulus.

—Waterfield: ¡solo Rio-Santo hubiera motivado esto!

—Un tuelo entre tos conteses, repitió el doctor Muller con un acento aleman; ¡Tarteifle! solo Rio-Santo is capable d' esto.

—Escuchad señores, que todavia falta lo mejor: el motivo del duelo! Figuraos mis hermosas señoras que se habia celebrado un convenio entre la condesa de P.** y la condesa de L.** por el cual la que hiciese la conquista del marqués tenia derecho á ecsigir de la otra que abandonase el puesto, y renunciase sus pretensiones.

—Ese es el mundo al revés, interrumpió Lady Campbell; no parece sino que se està tratando de dos hombres rivales: vaya, que esas mugeres son la deshonra de su secso.

—Y la deshonra de la nobleza toda; agregó una baronesa.

—No, no, señoras, porque la casualidad ha hecho que estas dos rivales no sean mas que dos condesas del tiempo del imperio.

—Sea en horabuena.

—Estas dos señoras habian hecho un convenio, continuó Lantures-Luces. Al cabo de ocho dias la batalla parece que ha-

bia quedado decidida, pues el coche de Mme. de L.** habia estado parado dos horas seguidas á la puerta de Rio-Santo. Mme. de P.** estuvo todo el dia desesperada; pero al siguiente tomó muy buenos informes, y supo de positivo que su rival habia hecho lo mismo que aquellos caballeros del tiempo de la regencia que comprometian á una muger enviando su coche vacio á su puerta. Mme de L.** habia comprometido á Rio-Santo.

—Estupendo, estupendo, esclamaron todos á coro.

—Stopento, stopento, repitió el doctor Muller.

—Ya podreis imaginar mis queridas señoras, volvió á continuar Lantures-Luces, que la condesa de P.** se pondria furiosa. La primera vez que encontrò á su enemiga en una reunion, le dijo, señora, sois una falsa.

—Esa condesa de P.** tenia mucha disposicion, dijo Lady Campbell.

—La condesa de L.** con el refinamiento del imperio, le respondió dándole un abanicazo en la mejilla. Basta, dijo Mme. de P.** no armemos escándalo. ¿Qué arma escogeis? La pistola. ¿A qué hora? Mañana al medio dia en la puerta de Mallot, sin testitigos y á muerte. Apretarónse la mano y se separaron convencidas.

—Qué dragones serian esas señoras!

—Este Rio-Santo, dijo Sir Paulus, cambia los corderos en tigres.

—En tigros y panderros, añadió el aleman.

Concluyó el baile, y el caballero Angelo Bembo volvió á conducir á miss Trevor á su sitio. Apenas habia tomado asiento al lado de su tia, cuando la voz sonora del ujier dominando repentinamente los mil ruidos de la funcion, pronunció el nombre del honorable M. Franck Perceval.

Mis Trevor perdió inmediatamente los delicados colores que el baile habia hecho asomar á sus mejillas. Púsose pálida como el mármol, y se llevó la mano al corazon que sentia desfallecer.

Lady Campbell inclinándose un poco ácia ella le dijo al oido.

—Animo, hija mia, el pobre Franck se cree todavia con derechos, y la entrevista será muy penosa. Erais tan jóven que no estraño que vuestro corazon se engañase: y quién sabe si Franck no habrá tambien cambiado?

Esta última palabra que llevaba la idea de un consuelo, hizo que se asomára una lágrima á los ojos de miss Trevor.

=No hay que manifestar debilidad! agregó Lady Campbell: cuando se vé llorar á una muger, se persuade el hombre que

aun se le conserva un resto de ternura..... Y ya no le amais. ¿Es verdad niña mia? insistió con una verdadera solicitud.

Pero Mary no respondiò.

—¿Cómo podriais amarle todavia? continuó Lady Campbell. Verdaderamente que la llegada de nuestro irresistible marqués, ha sido una desgracia para el pobre Franck.

Callò entónces esta muger espiritual; pero comenzò á pensar en su interior, que sin ayuda su sobrina hubiera desconocido el grito de su corazon, hubiera combatido vanamente y en silencio su amor ácia el marqués, y sometídose á casarse por timidez con Franck Perceval, haciéndose desgraciada para el resto de su vida, y quizá culpable tambien.

La imaginacion es una cosa sublime!

Lady Campbell no habia estado nunca tan satisfecha de si misma. En cuanto á miss Trevor nunca habia padecido tanto.

Franck Perceval fué recibido por Lord Trevor con una franca y alegre cordialidad. El viejo Lord vino en persona á presentarlo á su hija, en cuyo acto cambió la escena del todo. Mary recibió á su prometido con una frialdad tanto mas pronunciada cuanto que su corazon despertado de improviso se lanzaba á su encuentro con mucha mas violencia. El solo nombre de Franck habia sacudido su entorpecimiento, y em-

pezado á romper el velo diabólico con que habian envuelto su libre alvedrío; y su vista acabò con esta metafísica curacion. La catarata que oscurecia el ojo de Mary, el ojo de su corazon, cayó repentinamente y comenzò á ver: llenóse de admiracion y de espanto, al ver lo que pasaba en su interior. Despues por una reaccion necesaria y rápida, se volvió contra la mano despótica que la habia cegado; pero era débil y estaba dominada. El esclavo negro no levanta su cabeza sino durante la noche, ó en medio de los bosques donde no le sigue la vista temida de su amo: Lady Campbell estaba al lado de Mary, y esta inclinó la cabeza de nuevo.

Apenas habia abierto los ojos, los volvió á cerrar, semejante al esclavo cuando la aurora aparece y escucha el crugido del látigo del mayordomo: ahogó el deseo que tenia de quejarse, y volvió á permanecer pasiva.

Asi se ve que una escelente muger muy espiritual, puede valer tan poco como otra que sea muy mala, muy estúpida. Asi tambien la sumision llevada hasta el estremo del vasallage y privada de ecsámen, puede parecerse á los actos de un idiota, como una gota de agua se parece á otra gota, y puede tambien desviar del camino de la razon á los naturales mejor dotados.

¿Y qué remedio para todo esto? Solo la casualidad y la rareza del hecho, pues las jovenes no pecan regularmente por demasiada obediencia.

Bien sabe Dios que Lady Campbell no pensaba en el mal que causaba, y si alguno le hubiese mostrado con el dedo la herida que prolongaba en el corazon de una persona tan querida, no solo hubiera admirado, sino tambien despedazado de dolor; pero ¿quién hubiera podido suponer una cosa tan inverosímil? Miss Trevor era una de las mas brillantes jóvenes de la elegante sociedad, y entre aquella dorada multitud que llenaba los salones de su padre, habia seguramente muy pocos observadores que hubieran podido comprender ó penetrar la dolorosa escentricidad de su situacion.

Bajó los ojos ante la mirada de Franck, y no respondió al cumplimiento que lleno de emocion le hizo, sino por algunas palabras sin sentido ni coordinacion. Franck se llenó de temores y quiso hablar de nuevo, pero Lady Campbell le tocó ligeramente en el brazo con el abanico.

—¿Qué tal ha sido el viage? le preguntò.

En seguida cambiando de tono repentinamente, se aprocsimó á su oido y le dijo estas palabras.

—Os suplico que lo dejeis por esta no-

che: todo el mundo tiene los ojos fijos en ella y en nosotros.

Franck no comprendia cosa alguna.

—Mañana, continuó Lady Campbell con acento tan marcado que Franck no pudo menos de comprenderle: mañana os esplicaré..... y creed que siempre soy vuestra mejor amiga..... La pobre niña ha resistido mucho..... Ha sufrido mucho.....

—¡Qué, Milady! esclamó Franck: podré pensar acaso?

—Os suplico señor Perceval que esperemos hasta mañana. Al mismo tiempo Lady Campbell tomó la mano de Franck, que apretó con una sensibilidad verdadera. Franck saludó, y se alejó llevando la muerte en su pecho.

—Miss Trevor me ha concedido el honor de aceptar mi compañia para esta tanda, dijo el mayor Boroughan, á las primeras notas que diò la orquesta comenzando un preludio.

Mary permanecia inmóvil y anonadada.

—Tened la bondad de escusar á mi sobrina, señor mayor, dijo Lady Campbell que se hallaba en todo: antes que se acabe el baile, os indemnizará esta contradanza que no puede tener el gusto de bailar con vos ahora.

Una estraña sonrisa apareció rápida-

mente bajo los bigotes del mayor Boroughan.

—¡Qué tarde viene Rio-Santo! dijo al oido del doctor Muller. Este le respondiò en voz baja pero en ingles puro, que sino era el mas escogido, no tenia acento alguno aleman.

—Cuenta con esta buena Lady Campbell, y el diantre me lleve si no tiene razon, pues sin su ayuda no daba yo un ardite por la chica.

—Seguramente titubea, y no sabe..... Yo creo que ama al otro.

—¡Bah! quizá tenga corazon; pero ¿de qué sirven los ojos?

—Y ademas ¿no está ahi la tia?

Entre tanto esta decia á la sobrina. Niña mia, ya ha pasado lo mas crudo: ahora lo que falta queda á mi cuidado, y sino fuera por vos, Mary, me dispensaria con mutho gusto de esta embajada; pero como se orata de vuestra felicidad, me sacrificaré decididamente.

En seguida dió un beso en la frente á miss Trevor que estaba fria y húmeda.

—¿Estais mala, amor mio? le preguntò con solicitud.

—No lo sé, respondiò Mary, padezco mucho y creo.....

—¿Qué creeis hija mia?

—Creo que nos engañamos las dos: la vista de Franck.....

—¿Y eso es todo? interrumpió Lady Campbell que recobró al momento su serenidad; fiaos en mí, hija mia, que yo se como me he de conducir. Qué dichosa sois Mary de que yo haya podido leer en el fondo de vuestro corazon.

Franck vagaba por los salones, procurando desechar el doloroso temor que abrumaba su pensamiento. Confiaba todavia, pues la acogida de Lord Trevor habia sido tan cordial como siempre, y las palabras de Lady Campbell podian tomarse en varios sentidos. ¡Pero Mary!.... ¿Era posible que pudiese desconocer aquella frialdad que habia reemplazado repentinamente al dulce abandono de otra época La duda cobraba vigor con estas reflecsiones, y aunque procuraba combatirla , la evidencia victoriosa reducia sus esfuerzos á la nada.

Sus amigos interrumpian sus meditaciones á cada instante para apretarle la mano, y darle la bienvenida.

=¿Qué noticias traeis del Spimplón? le preguntaba uno.

—Me enseñareis vuestro album, Frank? le decia otro.

=Qué triste estais! esclamaba un tercero. Sabreis acaso ya?.....

—Franck interrumpió con viveza á este último.

=Qué! preguntó con una ardiente ansiedad.

=¡Pobre muchacho! esclamó el amigo: sin embargo, nada hay oficial todavia. Son vagos rumores.

Y qué dicen esos rumores?

—Dicen. ... quizá no digan verdad, pero dicen que miss Trevor va á casarse con Rio-Santo.

Franck se pasó la mano por la frente.

=Y quién es ese Rio-Santo? preguntó.

—El amigo le miró muy admirado.

—¿No habeis oido hablar de Rio-Santo, Franck? pues de quien diantre se habla en Suiza? Rio-Santo es un marqués; un marqués como no hay otro: es un marqués.... hasta la vista Perceval. ¡Pobre amigo mio! adios que me llama Sir Paulus porque falta un cuarto para el whist.

Franck se quedó solo, aturdido con este nuevo golpe.

=Agur querido, dijo una voz en falsete á su oido: hace un siglo que no os veo en ninguna parte, y ayer mismo decia yo.... ¿A quién se lo decia? Ah! ya, á mi querido marqués, si señor, le decia, hace un siglo que no se ve á Franck; estoy seguro que ha hecho alguna de las suyas en Suiza. Hablo con toda formalidad; asi se lo decia.... pero estais triste querido! Ah! ya caigo, acaban de decirme ahora que Rio-Santo.....

—Es cierto? esclamó Franck.

—No lo sé, amigo mio; pero ese diantre de Rio-Santo sabe manejarse tan bien!... y sobre todo tiene mas millones, que vos centenares de libras de renta. Seguramente que es un terrible adversario.

El vizconde de Lantures-Luces al concluir esto, hizo una pirueta y se encaminó á charlar á otro lado.

Franck vagaba de una parte á otra sin saber á donde iba, como un hombre que está ébrio, cuando sintió el brazo de una muger apoyarse en el suyo.

—M. Franck Perceval, le dijo la condesa de Derby, sois muy desgraciado, muy desgraciado, y os compadezco: sin duda sabeis ya.....

—Si, Milady, creo saberlo todo.

—¿Todo? no, señor Perceval, no lo sabeis todo. Escuchad, yo tambien sufro..... quisiera aliviar vuestra pena, y quizá....

—Hay un demonio de fatuidad en el corazon de cada hombre. Franck á pesar de su abatimiento comprendió mal estas palabras y miró á Lady Ophelia con admiracion.

Esta se sonrió tristemente.

—Quizá os pueda suministrar medio para abatir á Rio-Santo, continuó ella, porque no puede vencerse con las armas comunes.

—¡Siempre Rio-Santo! pensó Franck para si, que sentia brotar de su corazon un odio profundo y sin límites.

—Id á verme mañana, siguió diciendo la condesa de Derby, porque las cosas que tengo que comunicaros es preciso decirlas á voz baja, con las puertas cerradas y en una habitacion donde estemos solos: y aun asi, hay mucho peligro para el que habla y para el que escucha. Conque hasta mañana M. Franck Perceval.

=Inclinóse graciosa y risueña, como si acabase de terminar una conversacion frívola; pero Franck no tuvo tanto ánimo: su angustia se leia en cada una de sus facciones y continuaba andando, para buscar alguna columna donde apoyarse, ò algun asiento donde dejarse caer.

Miss Diana Steward su prima le vió pasar, y lo llamó.

=Sentaos aqui á mi lado, Franck, le dijo, tengo muchas cosas que contaros. Bien sabia yo que este golpe iba á seros fatál.

—Sois su amiga, balbució Franck, pues le costaba trabajo hablar, y debeis conocer á fondo su corazon: decidme.....

—Os diré cuanto sepa, pobre primo mio; pero haced un esfuerzo, y reunid todo vuestro valor.

=Diana, habladme de ella, ya espero

—Sufre tanto como vos, Franck, creedme: le está pasando una cosa que no comprendo, pero su corazon no ha cambiado. Miss Trevor os ama siempre.

Un soplo de estática felicidad vino á consolar el alma dolorida de Franck.

—¡Pero este matrimonio! dijo.

—Se habla de eso: Lady Campbell lo desea, y Mary no se opone.

—¡No se opone! repitió Franck, como un autómata.

—Rio-Santo los ha hechizado.

—¡Todavia Rio-Santo! Diana, ¿le conoceis?

—Le conozco, respondió miss Steward bajando los ojos y ruborizándose.

—Enseñádmele: decidme quien es.

—Es un bombre á quien nada resiste, contestó bajo la jóven: es un hombre hermoso, noble, fuerte, y á quien los demas no llegan con mucho. ¡Desgraciados los que sean sus rivales, Franck!

—Desgraciado él, interrumpió Percevál levantándose en un momento de terrible ecsaltacion: enseñádmele os digo: es necesario que yo vea á ese hombre cara á cara, es necesario.....

La monotona y sonora voz del ujier interrumpió á Franck, y anunció enfaticamente:

—Don José Maria Tellez de Alarcón, marqués de Rio-Santo.

El nombre de Rio-Santo retumbó pomposamente por todos los salones, é hiriendo el oido de Franck, desgarró su corazon con su discordante eco. Y en el mismo instante en que llamaba á este rival desconocido pero detestado, la suerte se lo presentaba cara á cara de improviso. Franck temblando de cólera, y galvanizado por aquella alegria feroz que brota de un natural valiente á la proximidad de un enemigo, sacudió de pronto su entorpecimiento, y hendió los grupos con paso precipitado. Por su propio instinto se colocó á la mitad de la distancia que habia desde la puerta, al sitio que ocupaba Lady Campbell y miss Trevor, pues juzgaba que Rio-Santo pasaria por alli indefectiblemente.

En efecto, apareció en aquel mismo instante.

Era un hombre alto y de heróica presencia: su semblante, de facciones finas y delicadamente dibujadas, tenia aquella espresion de calma sobrehumana que aunque en menor grado, hemos tenido lugar de admirar en algunas fisonomias italianas. Era hermoso, hermoso como los pintores pueden imaginar á un rey, ó á un Dios. El óvalo puro de su cara no estaba sombreado por los recortes de una barba romántica, cuya moda estravagante habia penetrado entónces hasta en los salones mas elevados. Llevaba solamente un ligero bigote, negro como

el azabache, y levantado en sus estremidades, como acostumbran á usarlo los habitantes de la peninsula, españoles y portugueses. Sus cabellos rizados naturalmente no presentaban un peinado particular, sino que se agrupaban á la casualidad, colocándose graciosamente hondeados, dejando descubierta una frente ancha y llena de franqueza y altivez. Sus ojos encantaban y dominaban bajo el arco perfectamente dibujado de sus negras cejas.

Una sola cosa podia disgustar á un observador severo en este magnífico rostro. Habia en la mirada de Rio-Santo y en las líneas de su boca, ciertas señales de sensualidad, que en el estado de calma debia mecerle dulcemente en los ensueños del poeta; pero que irritada, podia muy bien desconocer todo freno, y lanzarse en este hombre fuerte y apasionado hasta el esceso del frenesí.

¿Pero qué constitucion humana hay, donde algunos observadores no descubran mil motivos de sospechas y temores?

El aire de Rio-Santo era real y su magestad no tenia aquel énfasis que desagrada, porque estaba dotado de una gracia inimitable. Llevaba un vestido severo en su irreprochable elegancia, y tres órdenes soberanas se veian brillar sobre su pecho.

Al pronunciar su nombre se levantó un

murmullo contenido entre la multitud. Algunas ladyes equivocaron la figura de la contradanza, y otras olvidaron responder á las preguntas de sus compañeros. El murmullo se apagó bien pronto, pero continuó la emocion: habia en la fiesta un elemento de mas, y cada corazon femenino sintió ensancharse su instinto de coqueteria.

Franck Perceval no podia compararse al brillante marqués con respecto á sus ventajas esteriores. Era hermoso tambien; pero su hermosura no consistia tanto en la regularidad de sus facciones, como en el noble reflejo de inteligencia y generosidad, que aparecia en su leal frente. Habia en él un no se que de caballeroso que hacia altiva su misma timidez, sin que esta altivez dejase nunca de ser cortesania. En una palabra, hubiera sido el rey de toda aquella elegante y escojida juventud, si Rio-Santo no hubiera ecsistido.

Franck era mucho mas jóven que el marqués, aunque este era de los hombres en quien no deja huellas el tiempo: asi es que no podria decirse con seguridad los años que pesaban sobre la frente de Rio-Santo, aunque no se descubria en ella la frescura de juventud que distinguia las facciones de Franck.

Este se quedó mirando fijamente y por mucho tiempo á su rival obstruyendo con su

persona el estrecho paso que habia abierto la multitud. Al pronto le pareció haber visto aquella persona en alguna otra ocasion; pero esta impresion fué momentánea: lo que Franck vió y notó con apasionados celos, fué la estraordinaria hermosura de Rio-Santo. Su odio se aumentó con todos los temores que sobrecogieron á su alma; pues en estos momentos de tribulacion amorosa en que la agonia paraliza la reflecsion, la hermosura aparece como el arma esclusiva y triunfadora. Franck se conociò vencido y anonadado ante la belleza de su rival.

Continuaba mirándole y obstruyéndole el camino; Rio-Santo contuvo en un principio el paso, despues se paró buscando con la vista á Lady Campbell y su sobrina; pero ni siquiera miró á Franck.

—Alli marqués, esclamó el oficioso vizconde de Lantures-Luces designando el ángulo del salon donde estaba sentada Lady Campbell: estas señoras han sentido mucho vuestra tardanza..... mi querido Perceval, tened la bondad de dejarnos pasar al marqués y á mí.

Franck no se movió, viéndose en sus ojos, siempre fijos en el marqués, la espresion del desden mas provocativo.

Rio-Santo le echó una mirada serena, y no respondió al mudo desafio de Franck, sino con un saludo cortés.

—Tendré el honor de que me presenten despues á M. Franck Perceval, dijo con sencillez.

Y antes que Lantures-Luces hubiese empeorado la situacion por su celo intempestivo, el marqués hizo un imperceptible movimiento de cabeza, al que respondió un personage que acababa de entrar, y cuyo paso le facilitaba todo el mundo, separándose con aquella condescendencia hostensible y de mal gusto, hija de la cortesania inglesa.

Este personage á quien ya conocemos y que su elegante vestido de baile no podia hacer disimular la apariencia insignificante y de honrada mediania que le habia dado la naturaleza, caminaba con la cabeza levantada y los ojos grandes, abiertos, y fijos, sin moverlos á ningun lado para evitar un tropezon, ó para saludar á algun conocido.

Era el ciego de la taberna de las armas de la corona.

A la señal de Rio-Santo cambió de direccion, y colocándose delante de Franck, le hizo perder de vista al marqués.

—Apartaos caballero, dijo Franck con cólera.

El ciego se volvió presentándole sus ojos fijos y muertos.

—¿Hablais conmigo? preguntò con dulzura.

—Con vos, caballero, y es muy estraño.....

—Vaya, vaya, amigo mio, esclamó Lantures-Luces riendo: ¿qué mala yerba habeis pisado esta noche para suscitar una querella á Sir Edmond Makensie que es ciego?

—Disimuladme, murmuró Franck mordiéndose los labios de despecho, y buscando con la vista á Rio-Santo, mientras que el ciego le contestaba benignamente.

—Yo soy, caballero, quien os suplico me dispenseis.

Rio-Santo habia desaparecido entre la multitud.

—¿Será un cobarde? se preguntò Franck, y recorria con la vista todos los salones pareciéndole muy estraño que el marqués hubiese aprovechado con tanto ahinco la ocasion que le habia presentado la casualidad para evitar su encuentro.

—¿Será un cobarde, repitiò: yo que le necesitaba valiente!.....

—Lo hallareis como lo necesitais, dijo una voz zumbona á su oido.

Volviòse prontamente, pero no vió á su inmediacion mas que un personage alto, de figura ecsótica, que limpiaba con mucho cuidado el vidrio de un enorme lente.

—¿Qué habeis dicho? preguntò Franck con altivez.

—Yo nata tesir, respondió flemáticamente el largo personage, que no era otro que el doctor Muller.

—¿Me habeis dirigido la palabra? caballero.

—Que yo no tirigir parola, tarteifle, contestó el aleman volviéndole la espalda.

Franck creyó haberse equivocado; pero en sus oidos habian retumbado aquellas palabras, que la fiebre podia habérselas hecho oir, sin que nadie las hubiese pronunciado: y como tenia mucho en que pensar, olvidó pronto este suceso.

Rio-Santo acababa de llegar á donde estaba Lady Campbell y su sobrina, cuyo sitio se convirtió prontamente en el centro del baile. Todas las miradas se dirigieron ácia aquel punto, y la corte de Lady Campbell se vió instantaneamente duplicada. Es muy posible que esta muger espiritual hubiese visto de antemano este resultado inevitable de la presencia de Rio-Santo, y que esta prevision hubiese contribuido mucho á la inclinacion que profesaba al hermoso marqués.

Recibiòle como una madre recibe á un hijo querido y admirado.

—Mary estaba cada vez mas triste, le dijo mientras que Rio-Santo besaba la mano de la jóven.

—¿Seria acaso mi ausencia la única causa de la tristeza de miss Trevor? preguntó Rio-Santo sonriéndose y sin intencion.

Miss Mary procuró sonreirse tambien; pero no pudo: su malestar se complicaba

con la presencia del marqués, que no habia perdido aquel místico poder de terror que egerciera desde un principio sobre ella. Y este poder se habia combinado con el hechizo que Rio-Santo infundia en toda muger, y de que no habia podido escaparse miss Trevor. Hallándose en presencia y bajo la mirada de este hombre, Mary perdia el conocimiento de cuanto pasaba en su interior: y aunque en estos instantes hubiese tenido valor para sacudir el dominio moral de su tia, no sabemos qué hubiera respondido á esta terminante pregunta. ¿A quién amais?

De manera que el error de Lady Campbell era escusable: porque hallándose sometida al mismo encanto, ¿cómo se le podria imputar, cuando la misma miss Trevor le padecia algunas veces?

Aquella noche estuvo Rio-Santo mas solícito, mas tierno, y mas elocuente que de costumbre. Miss Mary á quien una voz interior avisaba que se precaviese y acordase, se dejaba seducir por los encantos con que la rodeaba este hombre á quien no amaba, y olvidaba á Franck, á quien amaba seguramente. Esto era mas que una fascinacion, y miss Diana Steward habia acertado con la definicion, diciendo que Mary estaba hechizada.

Lady Campbell oia á Rio-Santo, respondiéndole muy espiritualmente, y estasián-

dose en los intervalos con la felicidad de su sobrina. Los concurrentes contribuian con su admiracion, é intercalando de vez en cuando una palabra: el vizconde de Lantures-Luces acompañaba con gesto de entusiasmo todo lo que decia su ilustre modelo, reteniéndolo en su memoria para repetirlo en la primera oportunidad.

Franck se mantenia de pié en el alféizar de una ventana, que no estando muy prócsima era imposible oir, pero veia todo bebiendo á grandes tragos la amarga copa de los celos. Miraba sin pestañear pasando á sus ojos su alma entera: interpretando cada gesto y dando á cada movimiento una significacion que encendia mas su fiebre y doblaba su padecer. Cpando Rio-Santo se inclinaba ácia Mary envolviéndola con toda la magia de su mirada, Franck se estremecia de rabia: cuando Mary alzaba sus ojos ácia Rio-Santo, Franck creia leer en ellos un amor tímido, pero elocuente en su mismo silencio, y entónces su rabia llegaba á ser agonia.

Asi permanecia en aquel lugar, pasando de la cólera al martirio sin procurar huir, porque (cuidado que no es esto una impertinencia, sino una realidad) el hombre que ama se complace hasta en sus tormentos.

Y ademas en aquellos momentos de intensísimo padecer, nunca viene á la idea el pensa-

miento de alejarse, pues parece que el mal se minora siendo uno testigo de su duracion. Entónces se calcula por instinto y se dice, en mi presencia ¡no se atreverán!..... Pero lejos ¿no se aumentaria el padecer con los crueles detalles que la imaginacion enferma se representa para su martirio, con tantas circunstancias agravantes?

Las horas corrian de este modo cuando un incidente vino á distraer el continuo espionage de Franck. En el momento en que la conversacion del grupo presidido por Lady Campbell tocaba en el mas alto grado de animacion, Rio-Santo llevado sin duda por el calor de ella frunció las cejas un instante. La luz de un candelabro heria de lleno su rostro, y Franck que le miraba se estremeció preguntándose por segunda vez donde habia visto aquel hombre. Pero las facciones de Rio-Santo volvieron á tomar su posicion normal, y Franck dudò de nuevo. El recuerdo que se acababa de presentar á su idea tenia relacion con un acontecimiento tan terrible, y su memoria, por una semejanza imaginaria ò real, acababa de recordarle una escena espantosa que el mismo odio y, lo que es peor, los celos no podrian nunca colocar en ella la noble y serena persona de Rio-Santo. Franck pensó que se habia equivocado, y lo pensó con tanto mas fundamento cuanto que hubiera sido una locu-

ra pensar de aquella manera entónces. Habia sufrido algun tiempo antes una desgracia terrible acompañada de circunstancias estraordinarias; pero el hombre que habia representado el primer papel en este drama horroroso, y de que daremos cuenta al lector, se parecia á Rio-Santo, como un miserable puede parecerse á un príncipe. Franck alejó de si toda sospecha pues tenia bastantes y recientes motivos de odio para buscar su aversion en dudosas hipòtesis dimanadas de antiguos y remotos ultrages.

Asi es que su alma se entregó enteramente á su rencor actual. Su cólera no se equivocaba pues se habia concentrado contra el marqués, dejando á parte á Mary, cuyo carácter débil y sometido conocia.

Por último, Rio-Santo se levantó á fin de dar una vuelta por el baile y ofrecer sus respetos á las damas. Franck que aguardaba este momento, dejó su sitio y se le acercó.

—Caballero, le dijo con la afectada tranquilidad, con que el hombre del mundo encubre sus mas grandes emociones, Hace un momento que manifestasteis deseos de conocerme.

Rio-Santo no le reconoció en un principio; pero un momento despues se sonrió y le alargó la mano.

—Señor Perceval, le dijo, deseaba en

efecto conocer á un hombre de quien Lady Campbell me ha hablado con el afecto de una madre y á quien miss Trevor ama como un hermano querido.

Franck tomó la mano que le presentaba y la apretó con fuerza.

—¿Estais en el caso de amar ya todo lo que ella ame? le preguntó con amarga sonrisa. Caballero, representais aqui el principal papel, mientras yo he recogido el del ridículo personage de amante olvidado que incomoda á todo el mundo, y á quien unos desprecian y otros compadecen..... Amo á miss Mary Trevor, caballero.

Rio-Santo no retiró su mano.

—Lo sabia, le dijo con frialdad, pero con esquisita moderacion. Lady Campbell me lo habia dicho..... y esperaba..... y esperábamos que la ausencia.....

—¿Por quién hablais? le interrumpió Franck.

—Hablo por mí, y por Lady Campbell.....

—Y nada mas, caballero, nada mas! interrumpió Franck con voz imperiosa: os digo que mentis, si os atreveis á pronunciar otro nombre.

—Y tambien por miss Mary Trevor, pronunció lentamente Rio-Santo.

En el mismo instante retiró su mano y puso sobre sus labios un dedo: su mira-

da era tranquila y ni una arruga siquiera vino á anublar su frente.

—Caballero Perceval, volvió á decir con dulzura, creo que no he sido el primero en esta provocacion: hubiera deseado vuestrad amistad, pero no lo habeis querido asi; que vuestra voluntad se cumpla.

Franck se puso colorado de placer.

—Hasta mañana caballero, le dijo: mi voluntad es que uno de los dos quede en el sitio, y doy gracias á Dios porque os ha dotado con un corazon de caballero. Hasta mañana.

Rio-Santo dió su vuelta por el baile, ofreció sus respetos á las damas y volvió á sentarse al lado de Mary.

—Os he visto hablar con Franck Perceval, le dijo Lady Campbell con tono bajo y llena de inquietud.

—Si señora, es un caballero muy amable, respondió Rio-Santo.

CAPITULO SESTO.

De una á otra acera de la calle.

DOS hombres suben por una escalera de caracol, y se presentan en una habitacion perfectamente amueblada, pisando con sus zapatones llenos de barro, el hermoso tapiz que cubria el pavimento. Nuestro antiguo conocido Bob-Lanterne sigue á su conductor que atraviesa la estancia, y despues otras dos ó tres piezas amuebladas

suntuosamente, y en cuyo tránsito zambulló en sus bolsillos media docena de pequeñas preciosidades.

Por último llegó solo á una especie de gabinete cuyas ventanas daban á Cornhill. Al lado de una de estas por donde entraba el pálido sol de las mañanas de Diciembre al través de los espesos cortinages que se hallaban medio descorridos, se hallaba nuestro hermoso desconocido de Temple Cherche medio recostado en una butaca de terciopelo, fumando en una pipa oriental, de prolongado canuto de ambar. Estaba pálido, desfigurado, y su postura indicaba aquella indolencia desusada que es resultado seguro de una noche de cansancio. Grandes ojeras sombreaban el círculo inferior de sus ojos azules, y hasta la blancura casi diáfana de su mano que se hallaba en este momento sin guante, indicaba la fatiga que le consumia.

Un negrillo, facistol vivo, tenia un libro abierto delante de él, adonde Mr. Edward dirigia de cuando en cuando una mirada distraida.

En un sillon que tenia á su lado, habia una máscara negra, y una pistola de cuatro cañones.

Al ruido de los pasos de Bob-Lanterne, Mr. Edward tomó por un movimiento instintivo la máscara y se cubrió prontamen-

te el rostro; pero al instante volvió á colocarla á su lado.

Bob, con el cuerpo doblado respetuosamente, se adelantó saludando torpemente, y desviándose á cada roseton que encontraba en el tapiz, porque no se atrevía á pisarlos con sus pies. Mr. Edward despidió al negrillo con un movimiento de cabeza.

—¿Qué quieres? dijo á Bob.

Este hizo aparecer sobre sus delgados y descoloridos labios una engañosa sonrisa.

—Vengo, sino lo toma á mal vuestro honor, á darle el buen dia, y al mismo tiempo hablarle sobre el consabido asunto.

Bob, guiñó un ojo al pronunciar estas últimas palabras.

—No sé nada, respondió Mr. Edward, procura esplicarte pronto y claro.

—Voy á hacerlo Señor..... ¡Qué. os habreis quiza olvidado de Temple-Churche, y de la demandante! A fe mia, que es una linda Miss como hay pocas.

Edward la habia olvidado efectivamente, ó al menos su pensamiento estaba en otra parte; pero estas pocas palabras fueron suficientes para recordarle toda la escena de la víspera. Las sensaciones que habia esperimentado en Temple-Churche habian sido tan dulces, y tan vivas al mismo tiempo, que aun vibraban las cuerdas de su corazon con

su armónico sonido, y cubriéndose los ojos con la mano, procuró recordar en su pensamiento todas aquellas fugitivas imágenes.

—Si, dijo despues de uno ó dos minutos de silencio, es una criatura celestial. ¡Qué santo fervor manifestaba su postura! qué de inocencia su mirada! Que de modestia su voz, y cuanto amor anunciaban todas estas cosas.

—El hecho es, añadió Bob-Lanterne, y en esto no cabe duda, que es una Miss como hay pocas.

Edward bajó su mano, y miró fijamente á Bob-Lanterne.

—Te hice un encargo le dijo.

—Es muy cierto, y este motivo me ha proporcionado el gusto de venir á saludar á vuestro honor..... He seguido á la señorita, digo á las señoritas, porque eran dos, acompañadas de un mancebo, por lo que se componia el total de tres. Y ahora que hablamos de esto, me preguntó como os llamais.

—¿Quién?

—El mancebito; y me dió un lindo soberano para que le respondiera.

—¿Y qué le dijiste?

—Nada, señor, nada absolutamente. ¿Es verdad que fué bien pagado?

—Y donde vive esa jóven.

—Con respecto á eso no tendrá vuestro honor que tomarse mucho trabajo para ha-

cerle una visita. Al instante dije para mi, no parece sino que ha sido hecho apróposito.

—¿Dónde vive? interrumpió Edward con impaciencia.

La obsequiosa sonrisa de Lanterne apareció mas marcada todavia.

=Alli enfrente, respondió, en la otra acera de la calle.

Edward por un movimiento instintivo volvió prontamente la cabeza, y siguió el ademan de Bob, que señalaba en la otra acera, las ventanas de un segundo piso. Su movimiento fué tan rápido, que una encantadora jóven que medio se descubria por entre la cortina curiosamente levantada, no tuvo lugar de ocultarse. Edward le dirigió una mirada que encerraba tres ó cuatro declaraciones por lo menos. La jóven se puso como una grana, sus ojos se cerraron, y la cortina cayó.

=Es ella, dijo Edward: no he podido ver sus cabellos pero estoy seguro de que es ella.

¿Cómo has podido saber que vivia en ese piso?

=Voy á deciroslo, respondió Bob. Yo no puedo llegar á ninguna puerta á causa de mi uniforme que no causa respeto; por consiguiente, cuando las dos jóvenes Miss y el mancebito entraron allí, me quedé en la

calle tal como me veis. Entónces me ocurrió una idea: alcé la vista y distinguí que en todas las ventanas habia luz menos en las del quinto piso. No obstante, al cabo de tres minutos de haber entrado la luz apareció tambien en estas, y yo me dije, este es el tiempo que ha necesitado el mancebito para encender una yesca.

Mister Edward encontró sin duda el argumento convincente, pues le dió su aprobacion con un movimiento de cabeza.

=Muy bien, le dijo, baja á que Mr. Smith, te pague.

—Yo quisiera mejor, si no teneis inconveniente, respondió Bob-Lanterne con embarazo, recibirlo de la mano misma de vuestro honor.

—¿Por qué?

—La vida es sumamente querida y.....

—Y qué!

—Mr. Smith va á decirme que ya me ha pagado.

Mr. Edward le tiró dos soberanos, y lo despidió con un ademan.

Bob-Lanterne besó las pieza de oro, como hacen los mendigos con la limosna que reciben.

—Dios bendiga á vuestro honor! dijo: y al retirarse, añadió:

=Cuarenta miserables shelines, cuando da billetes de diez libras á los deman-

dantes; esto no es justo..... Tal vez el boquí-rubio hubiera sido mas generoso que este!..... Tengo muchos deseos de ver.....

Mr. Edward se habia quedado en su butaca mirando sin pestañear los cristales de la ventana, que en este instante se hallaban cubiertos, con los discretos pliegues de una cortina. Procuró traer á su memoria los recuerdos de Temple-Churche, y volver á levantar en su pensamiento aquel palacio de mágica poesia, en que se habia recreado la víspera tan deliciosamente. Algunas veces venian importunas ideas á interrumpir su delicioso ensueño, pero las desechaba, y saboreaba celosamente las gotas de mística poesia que aun habian quedado en el fondo de la copa. Escuchaba de nuevo, y quiza mejor que si fuese realidad, la sagrada melodia de los piadosos himnos: volvia á ver mas angélico y suave, bajo el brillante dosel de su cabellera negra, el rostro de aquella hermosa jóven, cuya aparicion habia puesto colmo á su enagenamiento, cuando apoyado contra una de las columnas de la iglesia del Temple, se entregaba con toda su alma á los recuerdos de la religion, del amor cándido, y de la inocencia.

Estaba tan absorto en aquellos goces, de una espontánea meditacion, que no advirtió que la cortina de la ventana que se hallaba enfrente, se alzaba de nuevo, y que

el hermoso semblante de Clary Mac-Farlane, asomaba por segunda vez la mitad de su graciosa curva. La jóven le dirigió una de aquellas largas y penetrantes miradas, que habian parecido tan estrañas á Stephen Mac-Nab, la noche anterior en Temple-Churche. Ardiente y triste, se hallaba fija en el hermoso rostro de Edward y parecia que le era imposible apartarse de aquel obgeto. Clary estaba mas pálida que la víspera: recientes vestigios de sus lágrimas se descubrian aun bajo su dolorido párpado, y su megilla hacia ver que habia pasado una larga noche de invierno sin dormir. Y sin embargo, á medida que miraba á Edward, toda su fisonomia se iluminaba gradualmente: su tristeza daba lugar á la melancolia, que á su vez se transformaba en austera y espiritual felicidad.

Clary estaba hermosísima en esta situacion: su alma casta, pero apasionada, brillaba al través del fuego de sus miradas. Su seno se levantaba con violencia, y su aliento seco y ardiente, daba contra los cristales, cuya transparencia apenas oscurecia; su labio se ponia pálido, y temblaba al pronunciar palabras estrañas, de que no era seguramente cómplice su voluntad.

Clary amaba á Edward, le amaba con aquel amor profundo, exaltado, y delirante, que fomentan la soledad y la pureza, casi

claustral de las costumbres, en aquellas naturalezas generosas cuya propia calor fermenta en la quietud, como un licor gaseoso separado del aire con precaucion. Separada del mundo y siguiendo con los ojos cerrados la costumbre en que se pasaba obscuramente su vida, no tenia ninguna ocasion de gastar en cosas útiles ó frívolas el demasiado vigor engendrado por la suma abundancia de su juventud. Aquel amasado vigor se adicionaba sin cesar con ella misma y queria buscar salida.

Clary y su hermana menor Ana habian pasado su infancia en Lochmaben, donde M. Mac-Farlane, su padre, era el principal magistrado. A la edad en que toda jóven tiene mayor necesidad de las caricias é instrucciones de una madre, Clary y Ana habian perdido la suya. M. Mac-Farlane las tuvo durante dos ó tres años á su lado. En seguida, de pronto, Clary era entonces bien jóven, pero sin embargo se acordaba de esto en confuso, varió la conducta de M. Mac-Farlane, y se rodeó de un misterio inusitado. Hombres desconocidos entraron entonces en su casa; y tuvo con ellos grandes y frecuentes conferencias: hizo secretos viages de los que nadie conoció nunca ni el objeto ni el motivo.

Entonces fué cuando suplicó á su hermana, mistress Mac-Nab, á quien las rela-

ciones de familia detenian en Lòndres, se encargase de sus dos hijas. Clary, cuando recordaba aquel suceso, no podia menos de pensar que su padre deseaba ecsimirse de su infantil vigilancia, y que tenia misteriosas razones para formarse de este modo un vacio á su alrededor.

Cuando hizo aquella proposicion á la madre de Stephen, hacia poco tiempo que habia quedado viuda, y permanecia anonadada bajo el golpe de una terrible catástrofe que le habia robado á su esposo. M. Mac-Nab habia sido asesinado. Acogió á sus sobrinas con dulzura pero sin afan: sin embargo, á medida que se iba mitigando su dolor, apreciaba cada vez mas el encanto natural de aquellas. Clary y Ana no se parecian, pero las dos eran igualmente amables y buenas, y mistress Mac-Nab concibió por ellas una ternura maternal.

Siempre que M. Mac-Farlane venia á Lòndres, y es preciso confesar que sus visitas no eran muy frecuentes, la escelente señora temblaba no quisiera llevarse á sus dos hijas: pero sus temores eran infundados pues M. Mac-Farlane no pensaba en llevárselas. El poco tiempo que permanecia en Lòndres se pasaba en correrias hechas de priesa y que esplicaba en confuso por esta palabra que responde á todo, *negocios*: palabra admirable y especialmente inventada para apartar

todas las tentativas de una curiosidad. A cada nuevo viage, Clary y Ana observaban con pesar el rápido cambio que se operaba en su padre. Se habia envegecido antes de tiempo; á los cincuenta años su frente pálida y arrugada no conservaba ni una sola mecha de cabellos. Las dos desventuradas jóvenes hubieran querido dar algun consuelo á aquel dolor oculto cuyos efectos se manifestaban tan palpables; pero á M. Mac-Farlane no le gustaban mucho las preguntas. Rechazados bruscamente, Clary y Ana, no insistieron mas y se limitaron á compadecer silenciosamente á su padre.

Stephen Mac-Nab hacia lo mismo que su madre: amaba mucho á sus primas; y la muerte de su padre, que habia presenciado por casualidad, habia conmovido desde luego violentamente sus jóvenes facultades: pero entonces aun era un niño, y los años repusieron su inteligencia y su madurez. Solamente el recuerdo de su padre muerto, y el del asesino, quedaron grabados en su memoria con rasgos de sangre. El asesino, á quien no habia visto mas que un momento á causa de habérsele caido la máscara que ocultaba su semblante, no se le presentaba bajo una forma bien marcada; pero una circunstancia permanecia luminosa y precisa en lo íntimo de sus recuerdos: era un hombre grande, robusto, flecsible: en el momento en

que la caida de la máscara habia dejado descubiertas sus facciones, daba el golpe fatal; y al darlo se frunciéron sus negras cejas, y manifestaron en blanco sobre su frente enrogecida la vacilante línea de una gran cicatriz. Stephen la veia despierto como cuando el sueño le encerraba sus párpados: y veia y esperimentaba entonces un ardiente deseo de venganza.

Sin embargo, Stephen no era romántico. Criado en Lóndres, en aquel gran centro del mundo material, habiendose pasado diez años de su vida en el colegio y en la universidad d' Oxford entre aquella poblacion ambiciosa, sabia, escéptica, que estudia para su elevacion, y en la cual el estudio enseña á despreciar toda creencia poetica, Stephen no habia cuidado de estraviarse en los caminos perdidos en que la imaginacion conduce algunas veces á la juventud. Era ademas Escocés; es decir, reflecsivo, prudente y fuerte. Desde el primer momento siguiendo la inclinacion de su natural, y el ejemplo de todo lo que le rodeaba, profesores y compañeros, se habia despojado de toda creencia y puesto de manifiesto su alma; pero lo que habia en él de bueno y honrado se habia revelado contra el vacio en que nadaba su conciencia. Habia vuelto á la religion cristiana, porque era hombre de sentimientos y de corazon,

No habia contribuido poco á esto sus costumbres de la infancia, los consejos de su madre, y principalmente la agradable sociedad de sus lindas primas.

Evitado una vez este escollo, Stephen, al salir d' Oxford, fué lo que debia ser, es decir, un jóven médico lleno de suficientes instrucciones, dotado de un talento estimable y positivo, de un corazon susceptible de amar mucho, pero al abrigo de aquellas pasiones terribles que desgastan ó destrozan la vida, é incapaz tambien de aquellos sentimientos tiernos que cantan nuestros elegiacos modernos, y que nos parecen, entre la pesada atmósfera de prosa en la que respiran nuestros fatigados pulmones, una imposible y encantadora quimera.

Se tienen conocimientos á docenas que se frecuentan asiduamente; se tiene un amigo, uno solo, y es mucho, á quien suele verse una sola vez al mes. Stephen estaba en este caso. Lóndres le proporcionaba compañeros que le ayudasen á perder el tiempo, y que se olvidan con un sensible placer cuando no hay alguno que malgastar. Stephen los veia casi todos los dias porque su profesion de médico le dejaba ¡ay! muchas horas desocupadas.

Pero habia contraido durante los primeros años de su permanencia en la universidad, una conexion mas formal y mas

íntima que resistiendo á la separacion que es inevitable en el mundo, entre personas de distinta gerarquia, habia llegado á ser, una sólida y perfecta amistad. Stephen, y su antiguo compañero de infancia, se amaban tanto mas, cuanto que todo en ellos era diferente y casi opuesto: uno era hijo de un honrado vecino, mientras que el otro pertenecia á la alta nobleza de Inglaterra.

El gentil hombre, altivo, enérgico, romántico y cifrando su porvenir en un amor que casi divinizaba, contrastaba enteramente con el *físico*, cuyo carácter no carecia de firmeza, pues poseia aquel ánimo comun al hombre; pero que no llevaba nada hasta la ecsageracion, ni aspiraba tampoco al título de héroe.

El amigo de Stephen Mac-Nab, era Franck Perceval.

El dia anterior habia sido grande para Stephen pues habia elegido entre sus dos primas, á quienes, hasta aquel momento, creyera haber amado igualmente. Su amor que habia permanecido oculto hasta entónces por falta de obstáculos, acababa de aparecer con violencia: y no obstante de haberla reconocido tan inopinadamente, cambiaba alguna cosa su natural. Stephen se habia vuelto meditabundo, desde la escena de Temple-Churche: habia suspirado durante toda la noche, como un amante de tea-

tro, y esperimentaba aquella languidez que siente el alma menos sensible, en el primer amor que la aprisiona.

De esta manera volvió á casa de su madre, víctima de una tristeza profunda. Habia sido convidado aquella noche á un baile del gran mundo, al baile de Lord James Trevor. Un gran baile, tiene mucho atractivo para un hombre de la edad de Stephen, sobre todo, cuando este baile le abre entrada á un mundo nuevo y desconocido, como sucedia á nuestro jóven médico. Nacido en las fronteras de Escocia, en el condado de Dunfries, donde Lord Trevor tenia magníficas posesiones, recibia con este acto, pruebas de la estimacion, que en otro tiempo habia sabido grangearse su padre. Lord Trevor á quien habia sido presentado hacia poco, le recibió, como se recibe al hijo de un amigo, contándose de muy buena voluntad en el número de los clientes del jóven doctor. Esta clientela ademas de que lisongeaba á Stephen mas de lo que podriámos asegurar, le daba entrada en el *Hotel* y le habia valido una invitacion cuyo acontecimiento le ocupó por ocho dias consecutivos. Sin embargo, cuando llegó la hora de ponerse el vestido negro, y el zapato de escarpin, Stephen permaneció mohino sin levantarse de su sillon, colocado enfrente de su chimenea casi apagada.

A las diez Mistres Mac-Nab, llamó suavemente á la puerta.

—Hijo mio, le dice ¿no sales?

—¡Hubiera dado por cada una de aquellas miradas, seis meses de mi vida! respondió Stephen con calor.

Esta respuesta nos hace ver cuales eran sus pensamientos: pensaba en Clary, y en aquel detestable desconocido de Temple-Churche, tan hermoso, tan rico, tan desdeñoso!

—No piensas ir al baile? volviò á preguntar la señora.

—¡Para qué! respondió Stephen. ¿Qué voy á hacer entre esa nobleza orgullosa, que se reirá de mi, ó no me hará caso? Detesto á los nobles madre mia:

Y añadió despues hablando consigo mismo.

—Estoy seguro que ese hombre vanidoso, que echó los billetes en la bandeja, es cuando menos un conde.

—¡Ah Stephen, dijo Mistress Mac-Nab con acento de queja, ¿olvidas que tu pobre padre, poseia la estimacion de todos los caballeros de nuestro condado? Si su estimacion y su amistad, añadiò con un ligero movimiento de orgullo. Nuestra familia no es noble, pero vale mas que los vecinos del estado llano de Lóndres, porque el Clan de Mac-Nab.....

—Y qué importa eso madre mia? interrumpió Stephen con impaciencia.

Mistress Mac-Nab le miró admirada.

—¡Cómo me hablas esta noche, hijo mio! le dijo: es preciso que tengas alguna cosa..... En cuanto al baile, harás lo que gustes: pero no es eso solo lo que me ha hecho venir á hablarte. Te traigo una carta que tendrás mucho gusto de leer, porque es segun me parece de un guapo caballero.

—De Franck! esclamó con viveza Stephen cuya frente volvió á cobrar toda su serenidad.

—He aprendido á conocer su letra hijo mio; porque veia el placer que te causaban sus cartas.

Stephen besó á su madre, y su ademan indicaba que le pedia perdon por el mal humor que habia tenido.

—¡Llega hoy! dijo despues de haber leido los primeros renglones: ¡debe haber llegado ya! Pobre Franck, tambien vas á ser desgraciado.

—¡Tambien desgraciado! repitió Mistress Mac-Nab: ¡acaso lo serias tú, Stephen!

Este procuró sonreirse, y la buena madre tranquilizada, dejó á su hijo para ir á descansar.

Apenas habia salido, se oyeron dos ligeros golpes en la puerta, y la dulce voz de una jóven, pasando por el agugero de la cerradura, pronunció timidamente estas palabras.

—Gracias, mi querido primo.

Despues se oyó subir ligeramente la escalera que conducia á los pisos de arriba.

Es preciso decir que la linda Ana habia empleado hacia ocho dias toda su elocuencia, á fin de convencer á Stephen de que no fuera al baile de Trevor-House. Tambien ella tenia sus celos naturales, pues comprendia aunque confusamente las irresistibles seducciones que rodean á una muger del gran mundo: su instinto de muger le hacia adivinar el encanto que se apodera de un jóven al pisar los umbrales de estos salones, donde se cruzan las sonrisas por entre una atmósfera embalsamada, y donde las miradas se buscan, se provocan, se preguntan, y responden. La pobre niña tenia miedo, porque amaba á Stephen de todo corazon.

Este último habia prestado atento oido, é inclinado su cabeza ácia adelante.

—Es la voz de Ana, dijo despues de un corto intervalo de silencio: son los pasos de Ana... ¡pobre niña! Pero Clary no vendrá. ¿Qué le importa que vaya, ó deje ir de al baile.

Y ocultó la cara entre sus manos.

—¡Qué hermosa es, Dios mio! cuanto orgullo me hubieran dado sus miradas! La amo, si, la amo desde que he temido que ella no me ame... ... ¿Pero quién es ese

hombre? añadió con repentina violencia, ¿dónde ha podido conocerle? ¿Seria á él por ventura, á quien dirigia aquellas miradas? Y si eran á él, á ese estrangero que nunca ha pisado la casa de mi madre, que se puede creer?.....

Stephen Mac-Nab quedó turbado con este pensamiento que acababa de cruzar su imaginacion. La sospecha era de fácil acceso en su carácter, y una vez concebida le costaba mucho desecharla.

Por lo que hace á esta noche, el viento de amor que soplaba en su alma daba un curso muy distinto á sus ideas. Suspiraba tanto como un tomo entero de Richardson, y los suspiros, es sabido, y esperimentado, que destruyen las sospechas, como los primeros zéfiros disipan las escarchas de los prados.

—Estoy loco! esclamó despues de algunos minutos de silencio. Ella es mas pura que los ángeles, á quienes iguala en belleza. ¡Cuánto padezco! Es necesario que vea á mi pobre Franck. Nos comunicaremos nuestras penas, y nos consolaremos recíprocamente.

Mas de un año hacia que Stephen no habia visto á Franck, y la última vez que estuvieron reunidos, habian empleado su momentánea visita en una frívola conversacion. Entonces no tenian cuidados, y ambos

eran dichosos. Hacia poco que Stephen habia llegado á entender por casualidad, los rumores que corrian acerca de Miss Mary Trevor: sabia tambien que en los círculos que comunmente se hallan informados de todas las novedades, se hablaba de su próximo casamiento con el famoso Marqués de Rio-Santo, como de una cosa cierta y casi concluida, y á este suceso se referia la alusion que hizo en su conversacion con Mistress Mac-Nab.

Franck y él se hallaban en aquella situacion en que la amistad es mucho mas preciosa, por los mutuos desahogos de que se tiene necesidad. Asi es que Stephen esperaba con impaciencia el dia siguiente, y la alegria que esperimentaba con la idea de ver á Franck, minoraba la intensidad de su padecer.

Nuestro jóven médico no fué al baile de Trevor-House.

Al otro dia se levantó doliente aun, pero mas tranquilo, pues no faltan recursos á aquellos caracteres positivos, que no avivan el agudo dolor de sus penas, que no se complacen lastimeramente en sus martirios, y que no desean otra cosa mas que consuelos y esperanza.

Stephen habia pasado con alguna alternativa su primera noche de mártir de amor: no tenia deseo alguno de volver á empe-

zar, queriendo poner término á sus incertidumbres y ansiedades, con una esplicacion que iba á solicitar de Clary Mac-Farlane. Esto se llama ir derechito al obgeto, y si todos los amantes tomasen este camino llanamente lógico, las novelas se acabarian antes de terminar el primer volumen.

Pero esto seria verdaderamente una pública calamidad.

Durante el almuerzo, Clary estuvo distraida, y como absorta en sus tiránicos pensamientos. Stephen no dejó de notarlo; pero se contuvo decidido como estaba á seguir los consejos de Franck, para no errar el golpe.

Ana por el contrario, estaba alegre, y dirigia á su primo que ni siquiera lo advertia las naturales emanaciones de su reconocimiento. La pobre niña estaba persuadida de que Stephen se habia privado de ir al baile por su amor, y no podia disimular su contento.

Despues del desayuno, y mientras que el té humeaba todavia sobre la mesa, Clary se ausentò. Ya podemos hacernos cargo del sitio adonde iria. Tras de la cortina que medio levantada, permitia á su vista penetrar hasta el salon de la casa de enfrente. Alli venia Clary todos los dias, muchos de ellos en vano, pues los momentos que

Edward pasaba en aquel sitio eran cortos y pocos frecuentes. Sin embargo, no por eso dejaba ella de estar perenne en su puesto.

En este instante encontró lo que buscaba.

No trataremos de juntar las impresiones profundas y multiplicadas que esperimentó el alma de la jóven mientras duró aquella muda contemplacion. En aquel lugar habia visto á Edward por la primera vez: allí venia á esperarle todos los dias: allí sufria: allí era dichosa: y allí habia aprendido á amar.

Allí permanecia encantada sin advertir que las horas corrian insensiblemente, y cuando Edward guiado por el ademan de Bob-Lanterne, le dirigió una mirada, sintió en lo íntimo de su pecho una emocion dulce y dolorosa á la vez. Tuvo frio, sus piernas flaquearon, y su sangre circuló rápidamente por las venas, agolpándose á sus mejillas que se pusieron como una escarlata. En esta situacion, su mano dejó caer la cortina.

Asi permaneció por mucho tiempo, avergonzada, conmovida hasta el estremo, dichosa en su transporte tras del débil viso de musolina que la protegia contra la principiada fascinacion. Tenia grandísimo deseo de volver á levantarle, pero sentia remordi-

mientos por haberlo hecho una vez: tambien tenia miedo y vergüenza. Ademas, una voz que hasta entonces habia sido escuchada respetuosamente por su tímida devocion, le gritaba: ¡detente!

¡Pobre jóven!

El amor estaba al otro lado, y le hablaba al otro oido. El amor poderoso, elocuente, irresistible. No sabemos lo que le decia, pero aunque hablaba muy bajito, su dulce voz cubria enteramente el grito amenazador de la conciencia.

Clary adelantó timidamente su blanca y delicada mano; en seguida la retiró; pero volvió á adelantarla de nuevo. La cortina se levantó segunda vez, muy poco, pero fué bastante, porque pudo ver á la persona cuyo pensamiento llenaba toda su vida. Las miradas de Edward, distraida y vagando por el espacio, no se dirigia ya ácia su ventana. Entónces Clary tuvo menos temor, y volviò á presentarse como anteriormente.

Al cabo de algunos minutos sucedió lo que podía haber previsto; lo que quizá deseaba que sucediera. Edward saliò de su distraccion, y su mirada se encaminó naturalmente ácia la ventana. Podemos asegurarlo positivamente: Clary tuvo la intencion de ocultarse otra vez, y tiró de la musolina con prontitud; pero esta no obe-

deció el impulso de su movimiento. Un obstáculo imprevisto, un alfiler olvidado, impidió que cayera, y la jóven permaneció al descubierto, frente al hermoso vecino que la contemplaba apasionadamente.

—¡Clary! gritó la voz de Mistress Mac-Nab desde adentro.

Clary no la oia.

La mirada de Edward equivalia á las mas embriagadoras palabras, y en su silencio decia, os amo, con mas ternura qne hubiera podido repetírselo su lengua.

¡Clary! esclamó Stephen á su vez.

Clary no oia: su cabeza estaba embargada: su corazon se dirigia ácia Edward, que con su ademan suplicante parecia pedirle su compasion.

Dos lágrimas se asomaron á los párpados de la jóven, y rodaron ardientes por sus megillas.

—Me ama, Dios mio, murmuró enagenada.

Edward que veia la victoria obtenida aprocsimó sus dedos reunidos, y poniéndolos sobre sus labios, le tiró un beso al través de la calle.

Clary quedó ofendida con esta accion, y la cortina volvió á interponerse, concluyendo repentinamente aquella escena.

En el mismo instante, dos puertas que servian para entrar en la habitacion en que

se hallaba la jóven, se abrieron repentinamente.

—¡Clary, Clary! gritaron á la vez Mistress Mac-Nab, y Stephen que entraron simultáneamente por cada una de las dos puertas.

Clary tembló, como nuestra madre Eva cuando se vió sorprendida por el Salvador.

—Qué haceis aqui hija mia? preguntó Mistress Mac-Nab, con dulzura. Hace cinco minutos que os estoy llamando.

—Seguramente que debe haber aqui una cosa muy interesante Miss, dijo con severidad Stephen, cuando no habeis oido mi voz, ni la de mi madre.

La jóven balbució y no pudo responder. Y Stephen que estaba hecho presa de sus sospechas y zelos, se dirigió ácia la ventana como para levantar el viso. Clary quiso detenerle con un ademan suplicante, pero sin hacer caso de esta muda peticion, llevó á cabo su intento, y descorrió enteramente la cortina.

Clary, Stephen, y Mistress Mac-Nab, dirigieron por un mismo impulso sus miradas ácia lo esterior.

Pero no habia nadie en las ventanas del primer piso de la casa de enfrente, cuyos huecos tenian corridos sus dobles cortinages de muselina y de seda.

Clary respiró entónces con libertad, y

Stephen prorumpió en una esclamacion de despecho. Por lo que hace á Mistress Mac-Nab, no era este acontecimiento suficiente para turbar su acostumbrada calma.

CAPITULO SEPTIMO.

Mors ferro nostra mors.

MR. Franck Perceval no llevaba título alguno, y este sistema era mas que desden por la nobleza, un profundo y orgulloso respeto por el nombre de sus antepasados. En aquella época en que el estado de gentil-hombre daba poder y privilegios, hubiera sido grandeza de alma no hacer mérito de su cuna y re-

nunciar los derechos que esta daba; pero en nuestro siglo en que la nobleza no sirve mas que para comprometer, solamente los cobardes ó los necios pueden afectar desden por una ilustre alcurnia, y quitar su escudo como se quita y desecha un vestido que no es de moda. Sin embargo, Franck no era de esta clase de personas, ni de la de aquellas que creen realizar su mérito intrinseco haciendo grabar en sus targetas las hojas de perejil de una corona ducal, ó los seis rangos de perlas finas de una diadema de baron. Tampoco provenia de mezquino orgullo ni de fatuidad, la altivez con que llevaba su ilustre nombre, pues Franck era un caballero en el verdadero significado de la palabra.

Su hermano mayor el conde de Fife habia heredado casi todos los bienes de su padre, conforme á la ley inglesa, y á pesar de esta desigual participacion, no era el conde suficiente rico para asignar una pension á su desheredado hermano. Sin embargo de esto, conservaba muy buenas relaciones en la corte, adonde se presentaba como un gran señor.

Franck se habia visto obligado á tener una vida modesta con respecto al tren de príncipes que en otro tiempo habian tenido sus antepasados. Vivia de las rentas de su pequeño patrimonio, y de lo que le habia

señalado su madre, que á la sazon se hallaba en Escocia con la mas pequeña de sus hijas de edad de doce años. La condesa viuda de Fife amaba á Franck casi con delirio: era su hijo predilecto no solo por él, sino por su carácter, por su edad, y por su figura que le recordaban á la mayor de sus hijas que habia muerto desgraciadamente algunos años antes. Esta hermana llamada Harriett Perceval y Franck eran mellizos.

Franck vivia en Lòndres en Dudley-House propiedad de su madre situada en Castel-Street cerca de Cavendish-Square. No tenia coches, ni caballos, y su servidumbre estaba reducida á un criado, y á su ama de llaves.

Ya habia corrido mucha parte de la mañana, cuando Stephen Mac-Nab pisó el umbral de Dudley-House, saliendo á recibirle el antiguo criado de Frank.

=Buenos dias, mi buen Jack, dijo el jóven médico, ¿no se ha levantado tu amo todavia?

Jack era un criado discreto, honrado, fiel, y decidido por su señor. Hubiera sido otro Caleb si Franck Perceval hubiese estado en la desventurada posicion del Sire de Ravenswoot; pero estaba muy lejos de aquella magnánima miseria de que Sir Walter-Scott nos hace una pintura tan conmovedora, pues su pobreza relativa hubiera si-

do para muchas personas, no solo bienestar, sino opulencia.

Jack conservaba una apariencia decorosa y respetable: su librea escrupulosamente aseada, no daba indicios de mucha antigüedad, y su rostro apacible y contento, no manifestaba miseria ni privaciones.

Amaba á su amo con pasion, y no le hallaba otro defecto, sino el que no le llamase todo el mundo Sir Francis Perceval, siendo muy honorable hijo de Conde, y su madre miss Dudley, descendiente de los Stuarts, en cuyo escudo se veian los cuarteles de Escocia y de Courtenay. Jack hubiera dado tres años enteros de salario para obligar á su amo á tomar un título cualquiera que fuese, con tal que no tuviera que decir solamente: su Honor.

Su Honor, cuando en la otra acera de la calle vivia un cierto Sir Marmaduke Twopenny que habia sido antiguo mercader de breas y ahora era Knight (1). De suerte que su ayuda de cámara tenia derecho para espetar á Jack veinte y dos veces por hora, su Honor Sir Marmaduke.

Jack habia estado tentado de romperle la cabeza, pero temia comprometerse con esta nobleza tendera. Reducia toda su venganza en repetir el nombre de Twopen-

(1). Dignidad vitalicia de caballero.

ny de modo que manifestase el escesivo desden con que le pronunciaba, y en jurar por los nueve cuarteles del gran escudo de Perceval.

Conocia á Stephen desde la niñez, y sabia la grande amistad que Franck le profesaba, por cuyo motivo le perdonaba gustoso el que no fuese noble.

=Vuestro Honor va á ocasionar mucho placer á su Honor, dijo continuando sus quehaceres con cierta cordialidad respetuosa. Su Honor hablaba muy amenudo de vuestro Honor en nuestros viajes..... Su Honor ha salido muy de mañana; pero si vuestro Honor quiere esperarle, abriré el gabinete de su Honor.

Por las pocas palabras que proceden, se verá que Jack tenia mucha razon en desear un título á su amo, que le hubiera evitado multiplicadas repeticiones, pues la tercera persona pide por necesidad ciertas distinciones sociales, no admitiendo ninguna clase de igualdad.

Stephen entró en el gabinete de Franck, cuya descripcion no presenta interés alguno para el lector. Su adorno le componian muchos libros, algunos objetos artísticos, dos ó tres retratos de familia, y un gran escudo dividido en cuarteles, superado por las armas particulares de Dudley.

Stephen se sentó junto á la chimenea.

—Nada se ha cambiado aquí, dijo sonriéndose: estos son los autores que tanto gusto teníamos en leer; aquel el retrato de la desgraciada señorita Harriett.

Jack se descubrió tristemente la cabeza.

—Stephen continuó. Aquella la pequeña estatua de la duquesa de Derby..... ¿Con que Franck continua siendo siempre caballero errante?

—Yo quisiera que al menos fuese caballero, respondió Jack.

—Allí está el gran escudo de Perceval.

—Querrá vuestro Honor que se lo describa? interrumpió con viveza el antiguo criado.

Y sin esperar la respuesta de Stephen, comenzó con voz rápida y monotona aquella esplicacion técnica, oida tan repetidas veces, que las palabras se habian grabado una á una en su memoria.

Está como veis dividido en tres líneas y cortado por otras dos, formando nueve cuarteles. El primero de Farfax, lleno de bureles de oro y negro con un leon de plata tendido sobre el todo. El segundo de Argyle, de plata y fondo azul equipado y enramada de lo mismo. El tercero de Errol de plata con tres escudos de gules. El cuarto de Dudley-Stuart, contracuartelado; y el

primero y cuarto, de plata con faja jaquelada de plata y azul de tres tiradas, que es de Stuart: el segundo y tercero de oro con tres roeles de gules que es de Courtenay, y sobre el todo jaquelado de plata y azul de doce piezas en la banda de armiños que es de Dudley. El quinto de Douglas, de plata con un corazon sangriento de gules, y el gefe de azul cargado con tres estrellas de plata. El sesto.....

Stephen bostezó y dió un profundo suspiro.

—Estaré fastidiando á vuestro Honor? preguntó timidamente Jack: no quedan mas que cuatro cuarteles, y está concluido el escudo.

—Me los describirás en otra ocasion, buen Jack dijo Stephen.

—Siempre me hallareis á las órdenes de vuestro Honor.

Al responder Jack esto, añadió para sí, bien se conoce que su Honor no es noble.

—Se llevó tu amo sus armas? volvió á decir Stphen que queria proseguir la conversacion á fin de no disgustar al buen viejo.

—Seguramente, su Honor se ha llevado las pistolas de viage.

—Yo no veo su espada.

—Se equivoca vuestro Honor, si me es permitido espresarme asi.

—Tampoco veo su caja de combate, añadió Stephen.

Jack palideció, y se puso á temblar.

—Es verdad, balbució el pobre viejo, vuestro Honor tiene mucha razon: Dios tenga compasion de nosotros.

—Qué quieres decir con eso? eslamó Stephen levantándose.

Su Honor ha salido muy de madrugada, respondió Jack con apagada voz, tan temprano que aun no me habia levantado todavia..... y no he podido verle..... y se ha llevado su espada..... y su caja de combate.

¡Un duelo! interrumpió Stephen.

—Y su Honor no ha vuelto todavia, dijo el anciano criado, dejándose caer de debilidad en una silla.

Stephen comenzó á pasear la habitacion con acelerados pasos.

—Un duelo! repetia con admiracion: ha llegado ayer y hoy por la mañana un duelo. Esto es muy estraño; pero quizá no sea mas que una cuestion sin importancia, ni consecuencia.

Jack movió lentamente su cabeza encanecida.

—Todo lo que toca al honor de Perceval, tiene mucha importancia, dijo; y mi amo no es de los que echan mano de las armas para no hacer uso de ellas. Van á

dar las doce y salió muy de mañana... y ocultó la cara entre sus manos.

Dios mio! Dios mio! continuó diciendo, no permitireis que el pobre Jack sea testigo de esta catástrofe.

—Pero hombre, le interrumpió Stephen que procuraba tranquilizarse á si mismo; quizá nos alarmamos sin fundamento alguno. Franck no puede haber tenido disputa formal desde ayer.

—Su Honor no ha visto á nadie, y no ha salido sino para ir al baile de lord Trevor.

—Lord Trevor! esclamó Stephen herido de un rayo de luz.

Despues añadió con abatimiento.

—¡El marqués de Rio-Santo!

Jack le miraba sin comprender cosa alguna.

—El marqués! repitió con desdén, el marqués de Rio-Santo! Todos esos estrangeros son cuando menos marqueses; se creerian deshonrados en ser unicamente barones; pero su Honor no conoce á ese marqués.

—Rio-Santo! volvió á decir Stephen. Se habrán encontrado los dos..... ¿Dónde podré informarme, Dios mio!

—¿Adonde acudiré? añadió Jack: por piedad señor..... Tened compasion de un pobre viejo. No he comprendido vuestras

palabras, pero creo haber adivinado todo. Si sabeis donde está mi amo, decidmelo. Iré volando, y aunque supiera sucumbir de fatiga procuraré llevarle socorro. ¡Amo mio! continuó juntando sus manos y cayendo lágrimas de sus ojos. Francis de mi alma, á quien he llevado pequeñito en mis brazos, á quien he mecido en la cuna, á quien quiero tanto!.....

Stephen cuya inquietud personal se aumentaba con la desesperacion del viejo Jack, se aprocsimó á la ventana, y levantó maquinalmente la cortina.

Un coche asomaba en este instante por la esquina de Regent-Street.

=Ay! continuó Jack, no parece sino que pesa una fatalidad sobre esta noble familia. Casi todos los Perceval de padres á hijos han muerto en duelo, y la divisa que rodea su escudo parece una amenaza eterna y sangrienta.

Stephen volvió la cabeza para leer el mote.

—*Mors ferro nostra mors* pronunció el jóven doctor. (La muerte á hierro es nuestra muerte.)

Hai momentos en que el alma enferma acoje sin combates los mas supersticiosos presentimientos. Stephen apartó su vista con horror de aquellas palabras, porque le pareció haber visto sangre sobre la brillantez del

esmaltado del gran escudo; porque le pareció ver una lágrima en la austera pupila de los nobles lords, cuyos retratos decoraban el gabinete.

—*Mors ferro nostra mors*, repitió lentamente el viejo Jack, la última vez que oí pronunciar estas palabras latinas salieron de la boca del padre de su Honor el difunto conde de Fife. Su Señoria las pronunciaba acompañando al sepulcro al mayor de sus hijos muerto en combate singular.

Stephen no oia: el carruage se habia detenido delante del peristilo de Dudley-House. Dos hombres desconocidos bajaron, y ayudados del cochero levantaron un objeto inerte, tendido en uno de los asientos del fiacre.

Stephen diò un grito agudo.

—Franck! mi pobre Franck! esclamò lanzándose fuera de la estancia.

El viejo Jack se precipitò á la ventana y dirigió su vista hacia abajo.

—Su Honor, murmuró cayendo pesadamente de espaldas.

—*Mors ferro nostra mors.*

Al concluir estas palabras perdió enteramente el sentido.

CAPITULO OCTAVO.

La hija del ahorcado.

La carta ó billete que habia dado Tyrrel el ciego á Suzannah la criada de la taberna, la noche anterior á orillas del Támesis, decia, «calle de Wimpole número 9.«

Al medio dia esacta Suzannah á la cita, pasó el cancél, cuyas puertas estaban

abiertas, subió los escalones de granito de la fachada principal, y tocó al aldabon de la puerta del número 9 de la calle de Winpole.

La apariencia de la casa era magnífica.

Suzannah no tuvo que repetir la llamada, pues la puerta se abrió en el mismo momento que sonó el aldabon de cobre. Un criado con magnífica librea la recibió sin decirla una palabra, y la condujo á la primera sala del piso bajo, donde una criada, que mas bien parecia una señora, estaba sentada y como esperando.

Asi que entró Suzannah, se levantó precipitadamente la criada, y le hizo una cortesia á la francesa, tan prolongada, tan completa, que no la hiciera mejor una dama de teatro.

—Voy á anunciar á la señora duquesa que la señora princesa ha venido..... en seguida dijo en francés: la señora princesa tendrá la bondad de pasar al salon, á no ser que la señora princesa prefiera subir á su cuarto..... La señora princesa está en su casa.

—Ya lo sé, contestó Suzannah, y entró en un hermoso salon amueblado con lujo, y admirable elegancia y coqueteria. Se dejó caer en una poltrona, y su camarera salió haciéndola mil cortesias y sin ol verla la espalda.

La hermosa criada de la taberna había recibido el título de princesa y aquellas muestras de respeto sin manifestar el menor asombro. Había cambiado su vestido de la víspera por otro mas elegante, pero estraño, casi teatral. Un trage de terciopelo negro ceñia sus hermosos contornos, y en lugar del sombrerillo, llevaba en su cabeza un magnífico y ancho velo mate, echado como al descuido, y cuyos trasparentes pliegues dejaban ver por entre sus cabellos los brillantes reflejos de una hermosa diadema.

De dia, como á la luz de las lámparas, era sumamente hermosa; pero se le podia descubrir ahora alguna pena oculta bajo la tranquila calma de sus facciones; advertíase que la angustia, una angustia cruel duradera, y combatida con valor, había podido cubrir con una nube de apatia, el nativo fuego de sus grandes ojos negros. En fin, de dia se encontraba menos vigor, menos audacia varonil en la fisonomia y actitud de aquella maravillosa criatura. El desden de la víspera había tomado el aspecto del padecimiento, lo que aumentaba sus encantos, pues la demasiada fuerza admira y causa desvio. El hombre que la hubiese visto asi, hubiera esperimentado una especie de felicidad egoista, conociendo la debilidad interesante de la muger en tan grandes perfecciones.

Apoyaba su codo en el labrado brazo de la poltrona, y su cabeza descansaba en su mano. No echaba una mirada siquiera á las magnificencias de aquel salon, donde entraba casi de repente al salir de la taberna. Su vista se dirigia con distraccion al cielo raso que no veia. Se la hubiera tomado por una de esas hermosas pastoras de la Circasia, á quienes anonada la esclavitud del harem, y que se convierten en belleza material que basta para la brutal sensualidad de un pachá.

Pero considerándola mas despacio, se pudiera ver que esa indiferencia no era en ella mas que superficial. Bajo aquel cuerpo inmòvil, frio y muerto, habia un alma silenciosa, quizás adormecida; pero al fin habia un alma.

Una de las puertas del salon giró suavemente sobre sus goznes, á par que la cortina que la velaba se recogia en una varita dorada. En el dintel de ella se vió á una muger anciana, que casi desaparecia bajo una gran profusion de encajes y cintas. En su semblante, cuyas delgadas y bien formadas facciones luchaban aun «contra la irreparable injuria de los años,« se veian brillar bajo dos párpados agitados por un temblor nervioso, dos ojos vivos, penetrantes, curiosos, y en un continuo movimiento.

Mucha astucia habia en ellos, y mucha

astucia en el conjunto de las facciones que la acompañaba: tenia tambien una gracia y cierta alegria que no carecian de distincion.

La propietaria de todo aquel conjunto, era una muger de pequeña estatura, delgada, delicada y envuelta en una gran bata de raso. Se detuvo en el dintel de la puerta y fijó su mirada en la jóven: esta mirada duró mucho tiempo, y fué la de una muger esperta y conocedora. Asi que concluyò el exámen dejó escapar una sonrisa y un gesto de satisfaccion.

—Muy bien murmuró, muy bien! Para buscar las mugeres bonitas no hay quien iguale á los ciegos. En seguida tosió y dejó que la puerta se cerrase.

Suzannah volvió la cara con lentitud.

—Mi querida hija, dijo la vieja, yo soy la duquesa viuda de Gévres, y vos..,..... la viuda de mi desgraciado sobrino..... muerto en la flor de su edad, y á quien lloraré toda mi vida..... el príncipe Felipe de Longueville. Abrazadme querida sobrina.....

La vieja francesa se inclinò, y dió un beso á Suzannah en la frente, que no se movió.

—Princesa, continuó, espero que recordareis el nombre de vuestro esposo, á quien llorais hace seis meses..... Felipe de Longueville..... Quedamos acordes?

Suzannah levantó sus hermosos ojos llenos de indiferencia ácia su nueva tia.

—Felipe de Longueville!..... repitió; lo mismo dá ese nombre que otro cualquiera.....

—Como, Suzannah..... os llamais Suzannah..... Como, hija mia! ese respeto mostrais por el nombre de los descendientes de Dunvis?..... Nosotros somos bastardos de sangre real, querida mia, y cien poetas han celebrado mas ó menos bien á nuestro ilustre antecesor.

La vieja francesa declamó todo esto con un énfasis joco-serio.

—Princesa, añadió acercando una poltrona en la que casi ocultó al sentarse su diminuta persona..... sois mi sobrina, yo vuestra tia, y es preciso que nos amemos mucho..... La ley de la naturaleza es ecsijente en este caso.... A la verdad sois la jóven mas hermosa que yo he visto en sesenta años que tengo..... A propósito..... aqui teneis vuestro escudo de armas, sobrina..... Este sello será en adelante el vuestro.....

Y colocó en el dedo de Suzannah un ancho anillo de brillantes en cuyo engaste estaba grabado el escudo de Francia con las brisadas de Orleans y contra-brisadas de Bastardía.

—Hablemos ahora de otra cosa, aña-

La vieja francesa se inclinó, y dió un beso en la frente á Suzannah, que no se movió.

diò; pero comenzad por leer esa carta que viene dirigida á vos.

Suzy tomó la carta, la abrió, y leyó lo que sigue.

«Al separaros del hombre que ayer noche os salvó la vida, os dirijisteis á Good-Mawfields, barrio de los judios. Allí vagasteis por mucho tiempo al rededor de las ruinas de una casa demolida.»

—La casa de mi padre, interrumpió Suzannah.

«En seguida volvisteis por la calle de Lendenhall: tomasteis un fiacre al fin de Cornhill, cerca de la banca, é hicisteis que os condujesen al hotel de Warrens, donde pasasteis la noche. Hoy por la mañana salisteis á pié; habeis comprado ese vestido que debeis cambiar por otro mas elegante, y despues estuvisteis esperando en la esquina de la calle de Clifford á cierta persona que no vino».....

=Qué no vino' repitió Suzannah con amargura!

«Teneis muchos deseos de verla, (decia la carta como si respondiese á la interrupcion de Suzannah) sin embargo, os fuisteis de la calle Clifford, volvisteis luego á ella, y os alejasteis de nuevo para volver otra vez.»

«Nada está oculto para los ojos que en adelante velarán vuestras acciones.»

«*Aguardad!* Cuando recibais la órden... estad! lista, y cuando hayais obedecido, silencio!»

No tenia firma. Suzannah arrojó la carta y miró á la vieja de pies á cabeza.

—Me han seguido,.... dijo..... y para qué? Esas personas que se llaman poderosas ¿qué me importan? Me amenazan.. qué locura! amenazar á una muger que se han encontrando buscando la muerte!.....

Los penetrantes ojos de la señora duquesa viuda de Gévres se bajaron ante la mirada de Suzannah, lo mismo que los cuernos de un caracol se contraen y ocultan al contacto de un cuerpo estraño. Se sintió dominada en aquel instante, y permaneció silenciosa hasta mucho tiempo despues que la voz firme y grave de Suzannah dejó de vibrar en sus oidos. Dios me perdone, hija mia, dijo al fin con tono sumiso, y del todo exento de aquella mofa que se notára en sus primeras palabras: vais muy lejos.... Tal vez os seguirian..... me inclino á creerlo asi..... pero ha sido por puro interés..... Esas personas se llaman poderosas..... y lo son, hija mia, mas de lo que podeis imaginaros..... Por lo que toca á las amenazas..... no..... nada de eso..... os aseguro que os engañais..... No ecsisten tales amenazas..... Servireis al cumplimiento de un proyecto..... de muchos proyec-

tos..... qué se yo?..... Pero en cambio tendreis lujo, placeres, dicha.....

—Dicha! murmuró la hermosa doncella; él no me ama!.....

—Quién puede dejar de amaros, hija mia?

—No me conoce!....

—Tanto mejor! Sabeis que se han aumentado en vos las seducciones de ayer acá? Ayer solamente erais hermosa..... hoy sois rica y princesa..... Escuchadme, Suzannah, y creedme..... Hoy teneis á vuestra disposicion medios cuyas fuerzas son casi sobrenaturales,..... y del mismo modo que servireis á esta misteriosa asociacion, de que hablamos hace un rato, asi os servirá ella..... Desde hoy sois uno de los miles de atomos que la componen..... vos aumentais su irresistible poder, y este poder será vuestro..... Cuanto deseeis se cumplirá, y lo que os parecia como un sueño estravagante y raro, lo vereis hecho una realidad.....

Suzannah medio se habia levantado, y su hermoso semblante perdia por momentos su taciturna inmovilidad. A cada instante brillaban sus ojos bajo el arco de sus negras pestañas..... Su nariz se dilataba, su seno palpitaba; una especie de corriente magnética parecia inyectar la vida en cada una de sus arterias.

Nunca habia estado mas hermosa..... estaba sublime. Deslumbrada la francesa por aquel brillo repentino, permaneciò silenciosa contemplándola.

—Lo que yo deseáre se cumplirá?.... repitiò Suzannah haciendo un esfuerzo, ¿lo que me parecia un sueño raro y estravagante lo veré hecho una realidad?.....

Levantó los ojos al cielo, y dos lágrimas bajaron lentamente por sus mejillas.

—Ah! lo que yo deseo, añadiò uniendo sus manos con una pasion inesplicable, lo que es mi sueño..... ah! es su amor. .... Serán bastante poderosos para darme su amor?

La francesa se sonriò, y cogiendo las manos de Suzannah, la dijo dando á su contenida voz cierto aire misterioso.

—Todo lo pueden! Habeis llorado mucho ¿no es verdad?

—Oh! mucho, mucho! contestó Suzannah.

—Olvidareis lo que son las lágrimas..... Decidme, el hombre á quien amais, sin duda es poderoso y rico?

—Me parece que es pobre, porque venia muchas veces á pedir prestado á mi padre..... cuando habia dinero en la casa que hoy está demolida en Good-Mansfields.

—Cómo se llama?

—Brian de Lancaster; contestó la hermosa jóven con un movimiento de orgullo.

—Brian de Lancaster! repitió la francesa con un gesto de desden al oir ese nombre..... el pobre hermano del rico conde de White-Manor! Dios mio! niña..... y por M. de Lancaster, por ese pobre muchacho habeis llorado tanto?

Suzannah retiró con prontitud sus manos, y su severa mirada interrumpió á la duquesa viuda de Gêvres.

—Yo le amo! dijo levantando su cabeza con ese aire magestuoso que ya le conocemos..... y me envanezco de amarle.....

—Teneis razon..... hermosa niña, replicó timidamente la vieja..... soy francesa y me gusta reir, por lo que no os debeis nunca incomodar conmigo. Al fin el muy honorable señor Brian de Lancaster quizás heredará algun dia á White-Manor..... Y era á él á quien buscabais en la esquina de Clifford?

Suzannah movió la cabeza afirmativamente.

—Pobre niña añadió la duquesa..... pero si hubiese pasado por delante de vos no os hubiese reparado..... si os hubiese reparado no os hubiera observado, y si os

hubiese observado, estabais perdida!.... No abrais de ese modo vuestros admirados ojos, hija mia..... perdida, os lo repito. ¡Dios mio! creeis que Brian de Lancaster, por original que sea (os ruego que me escuseis) vaya á enamorarse asi de las muchachas que encuentra en las esquinas de las calles?

—Teneis razon! murmuró Suzannah, cubriéndose su semblante de una gran palidez como el que conoce que ha escapado de algun peligro.

—No es asi como debeis encontrarlo, princesa, sino en un magnífico palacio de West-End..... en Almack..... en el parque, detrás de los cristales de vuestro blasonado carruage.

—Es verdad! es verdad! repitió Suzannah..... el lujo, la riqueza..... El me habia hecho olvidar todo esto..... Ayer se me prometió lujo.....

Y se levantó como si sus ojos se hubiesen abierto de repente, y dirigió una mirada por todo el salon. Lo que vió en este ecsámen la hizo reir de alegria, y su alegria era hermosa y noble como su dolor.

—Perfectamente! dijo..... me han cumplido la palabra..... Todo esto es casi tan grandioso como la casa de Good-Mansfields, (que ya hoy está demolida) antes que ahor-

casen á mi padre. Oh! yo viviré aquí como en otros tiempos..... reuniré hermosas flores y os las daré, señora..... cantaré..... y despues le veré..... Cuando le veré?

Suzannah habia pronunciado las primeras palabras con tono pensativo y lleno de dulce éstasis; pero la última pregunta la hizo con voz fuerte.

La vieja pareciò reflecsionar un momento cruzando sus arrugadas manos sobre las rodillas, y medio cerrando los ojos.

—Esta noche lo vereis, dijo por último.

—Esta noche! esclamò Suzannah que dió un salto de alegria como una cervatilla, y pareció entregada á una especie de delirio: esta noche!

En seguida, volviendo á tomar su actitud de estremada y altiva gracia, dió la mano á la vieja francesa, y la dijo con una espresion de amor de íntima gratitud.

—Os doy mil gracias! os amaré.....

La vieja movió la cabeza lentamente y respondiò:

—Pobre niña!.... lo amais mucho..... lo amais demasiado, y un amor asi es peligroso, porque escluye la prudencia..... Tendreis secretos para él?

—No, contestó Suzannah, todo se lo diré.....

—Os perderiais, hija mia.....

=Qué me importa!.....

—Y causariais su muerte.....

Suzannah se puso seria, y su tersa frente se cubrió de un sudor frio.

—No amenazo, hija mia, añadió la francesa, y vuestra cólera es inútil: solamente os digo lo que es en realidad..... Escuchadme: yo conozco, como todo el mundo, el carácter audaz y original del muy honorable señor Brian de Lancaster. Si le decis una palabra, comprenderá el resto, lo adivinará, querrá combatir..... Pues bien, combatir contra ellos es morir. El es solo; la asociacion es tan numerosa, que ya ni aun pueden contarse sus miembros. El es segundon, simple caballero, y pobre; y entre nosotros hay lores, y personas cuya opulencia pasa por proverbio..... Al primer encuentro se quebrará como un vidrio....

—Ah! yo observaré el mayor silencio, interrumpió Suzannah.

—Lo creo..... callareis hija mia, añadió la vieja viuda fijando en su improvisada sobrina una mirada profunda y escudriñadora: os callereis, porque no debeis ignorar que hay ojos y oidos abiertos á vuestro lado. Sabreis disfrutar la dicha presente sin comprometer una lucha insensata..... Sois la princesa de Longueville...., qué secretos se os pueden ecsigir? Le dareis vuestro amor, ¿ o es suficiente para un

pobre caballero el amor de la viuda de un príncipe ¿no le basta una jóven de veinte años : mas hermosa que un ángel , y mas rica que una reina?

—No! ah! no! no basta, contestó Suzannah. Si verdaderamente yo fuese reina, aun no seria suficiente, porque Brian es superior á todo..... pero guardaré un silencio profundo..... ¿No me habeis dicho que lo veria esta noche?

—Y os lo cumpliré, hija mia. La vieja francesa se levantó, y tiró de la campanilla: la camarera entró, y por órden de la señora trajo recado de escribir.

—Son las tres, murmuró la duquesa viuda mientras escribia algunos renglones: aun nos quedan todavia tres horas..... mas de lo que se necesita. Entregad á John este billete, Marieta, y decidle que lo lleve inmediatamente al doctor. Este otro á Dick, y es necesario que el mayor le reciba dentro de media hora. Haced tambien que Ned tenga listo para la seis y media el coche de la señora princesa. Marchad.....

La camarera salió.

—Querida sobrina mia, esta noche hay una representacion alemana en el teatro de New Market : la elegancia no asistirá hoy á King's Theatre..... Comenzad á vestiros, hermosa mia, que iremos á la comedia alemana.

—Y Brian?

—El muy honorable Brian de Lancaster allí estará.

—Cómo lo sabeis?

—Allí estará, hija mia.

CAPITULO NOVENO.

El herido.

CUANDO Jack recobró sus facultades yacia en el mismo lugar donde habia caido, sin que nadie se hubiese acercado á levantarle.

Recorrió el aposento con distraida y estùpida mirada..... estaba enteramente desierto.

El recuerdo de lo que habia pasado se presentaba confusamente á su memoria, sin poder fijarse. Tenia un vago conocimiento de una desgracia reciente; pero no podia ni queria aclarar esta propicia turbacion, porque conocia que la luz despertaria muchas penas adormecidas.....

Mientras que procuraba de este modo evitar una esplicacion de sus ideas consigo mismo, sus ojos se volvieron ácia el escudo de los cuarteles, á cuyo alrededor se leia la divisa latina de los Perceval, y esta vista fué un rayo que vino á herir su corazon.

—Su honor! esclamó con un grito doloroso..... un duelo.... sangre!..... he visto el cadáver de Franck Perceval!

—Chit! dijo una voz desconocida entreabriendo la puerta..... callad por vida vuestra.

Y se volvió á cerrar. Jack se puso de rodillas arrastrándose hasta ella.

—Nada se oye, murmuró aplicando el oido à las rendijas de la puerta; nada! ¿qué es lo que pasa? Dios mio, vive todavia? o ya.....

—No tuvo ánimo para acabar su idea.

Se distinguió un imperceptible ruido en el prócsimo aposento. Era como el roce de dos pedazos de acero cuando se frotan suavemente uno contra otro. Jack se puso de pié y miró por el ojo de la cerradura.

Vió en medio del cuarto el lecho de su amo que habian sacado de la alcoba por tener allí mas claridad. En la cama estaba Perceval tendido, sin el menor movimiento, los ojos cerrados, el semblante lívido y sus miembros sin accion alguna como los de un cadáver. Por el suelo habia esparcidos algunos paños llenos de sangre..... Junto á la ventana estaba sentado Stephen Mac-Nab, pálido, con la cabeza inclinada, y ocultando su rostro con sus d s manos.

A los lados de la cama estaban de pié dos desconocidos. Uno de ellos vestido de negro con facciones impasibles y taciturnas, pulsaba á Franck: el otro se habia levantado las mangas de su casaca. Sus manos ensangrentadas tenian un instrumento de acero, cuyo estremo estaba oculto bajo la camisa llena de sangre del pobre Franck. Este segundo personage estaba tan impasible como el otro. Era el que habia entreabierto la puerta para hacer callar á Jack.

Este no respiraba; su vida entera estaba concentrada en su facultad de ver.

El hombre vestido de negro, que sin duda era un médico, continuaba pulsando á Franck: el otro desconocido, ayudante del primero segun las apariencias, introdu ia la sonda, pulsaba y movia la cabeza con aire de incertidumbre. Pronunció algunas pala-

bras que Jack no pudo oir. El que estaba vestido de negro contestó encogiéndose de hombros y sonriéndose de una manera muy estraña.

—Qué habrá dicho? preguntó el pobre Jack, qué significa esa sonrisa? sera algun presagio de salvacion?

El ayudante sacó en este momento la sonda, ensangrentada, y midió con indiferencia la profundidad de la herida.

Jack no se pudo contener mas; levantò con tiento el pestillo y entreabrió la puerta: los dos desconocidos no lo notaron, y Jack pudo oir, pero no podia ver....

El ayudante fué el que habló primero.

—Media línea mas y hubiera sido atacada la arteria bronquial.

—Media linea! repitió el hombre vestido de negro con el mismo tono: estais bien seguro Rowleg que no ha llegado á la arteria?

—Muy seguro, señor: falta media línea.

Siguió á estas palabras un instante de silencio. Jack que no oia nada, quiso ver de nuevo, y aplicó por segunda vez sus ojos á la cerradura. El ayudante habia entregado á su principal la sonda ensangrentada. Metió su mano derecha en los bolsillos de su casaca, teniendo en la otra mano una porcion de hilas.

—Hilas! dijo para si el pobre Jack so-

focando un suspiro..... esperan salvadlo'...

No habia comprendido nada de aquella conversacion técnica de los dos médicos; pero su sentido recto le advertia que cuando se aplica un remedio es porque hay esperanzas..... solo se cuida á los vivos..... Por consiguiente no separaba de allí sus ojos.....

El ayudante antes de sacar la mano que tenia metida en el bolsillo de su casaca echò una mirada cautelosa á Stephen Mac-Nab, que permanecia inmóvil y como insensible. Con un movimiento de cabeza se lo señaló al médico, y este hizo como una pantalla con su mano para ecsaminarlo con atencion.

Estos dos movimientos admiraron al viejo Jack. Por qué manifestaban tanta desconfianza? por qué tomaban tantas precauciones?

El doctor separó la mano de sus ojos, y abrió la boca para hablar. Jack aplicó el oido á la puerta.

=Ese jóven no vé nada, dijo el doctor en voz baja, haced lo que os he mandado.

Hubo un nuevo silencio.

Admirado cada vez mas Jack, tratò de mirar por el ojo de la cerradura, vió al ayudante sacar de su seno un pomito de cristal y quitar el tapon con prontitud. Lo acercó á las hilas, pero antes de empapar estas volvió á mirar á Stephen; aque-

lla mirada hizo saltar el corazon de Jack hasta quererse salir del pecho.

Stephen no se movió..... el doctor hizo un ademan imperioso de mando, y Rowley echó una gota de lo que contenia la redomita en las hilas. En aquel momento Stephen hizo un movimiento.

Rowley tembló, y su semblante se puso pálido..... En lugar de aplicar las hilas á la herida, las dejó caer al suelo, cubriéndolas con su pié.

Las terribles sospechas que hacia algunos momentos bullian en el cérebro de Jack estallaron de pronto convirtiéndose en certidumbre. Buscó con la vista un arma, y viendo colgado en la pared un dirk (1) escocez, lo tomò, abrió la puerta, y entró en el cuardonde yacia su amo.

(1). Dirk especie de daga.

CAPITULO DECIMO.

Proezas y disfraces de Bob-Lantern.

Cuando Bob-Lantern salió de casa de M. Edward puso en juego sus piernas y sus brazos, y corrió por las fangosas aceras de Cheapside dirigiéndose hácia el barrio de Saint Gilles. Este guapo y honrado chico empujaba con violencia á los

niños, y daba á las mugeres en el pecho con sus huesudos codos; pero si acertaba á encontrarse con un caballero, le faltaba tiempo para cederle el paso apartándose prontamente. Y este caballeresco proceder es el que tiene comunmente cierta clase de personas en Lóndres.

Bob-Lantern iba rozando con las paredes de las casas, y se deslizaba por entre la niebla con una agilidad que no prometia seguramente sus formas desgraciadas, y la comun apatia de sus movimientos. Bien pronto atravesó la distancia que separa á Cornhill del fangoso laberinto que lleva el nombre de Saint-Giles, y entró en una estrechísima y tortuosa callejuela, donde el aire se espesaba y la neblina estaba tan fuerte y opaca que apenas se distinguian, como suele decirse, las manos, aunque no era mas que mediodia.

Empujó una puerta de madera cuyas hojas carcomidas y como pulverizadas por la polilla, estaban sugetas por grapas de hierro enmohecido.

La casa donde entraba, como casi todas las de ese inmundo barrio no tenia mas que un piso; pero Bob-Lantern no vivia en el bajo ni el primero, pues la escalera que tomò conducia al sótano.

A medida que bajaba iba encontrando una atmósfera caliente y pesada, llenándo-

sele el pecho de los mas fétidos miasmas: cualquiera otra persona se hubiera incomodado, y quizá sofocado; pero Bob-Lantern recibía estas exhalaciones como un caballo que husmea y aspira el buen olor de la cuadra. Dió un gruñido de satisfaccion, se echó mano al bolsillo para asegurarse que su peculio no habia corrido riesgo en la travesia, y levantò el pestillo de una puerta abierta en la bóveda que daba entrada á una especie de celdilla, donde el termómetro centígrado marcaria treinta grados, merced á una estufa de bronce llena de combustibles pasados ya por el fuego.

—Dios me libre! Temperance, te estás quemando como quien eres, como una maldita condenada.

Nadie respondió, solo la estufa rogiza como un ascua daba unos resoplidos como los de un fuelle de fragua.

—Temperance! volvió á decir Lantern, Temperance! hija de Satanás, acabaras de responderme?

Un resoplido humano se mezclò á los resoplidos de la estufa, y una voz gruñona pronunció estas palabras con el tartamudeo pesado del sueño.

—Otro vaso, mistress Goose: muy bueno es el gin, y mi amigo Bob el que paga.

Lantern se avalanzò de un salto hácia la parte del sótano donde habia oido

la voz, desapareciendo por un instante en la profunda oscuridad que reinaba en toda la estension donde no alcanzaba el rogizo resplandor que salia por la boca de la estufa: en seguida volvió arrastrando tras de sí un objeto inerte, una especie de paquete maciso, y de un volúmen considerable.

Así que llegó cerca de la estufa soltó su presa, que no obstante permaneció inmóvil.

—Está borracha como un tonel de *porter* gritó lleno de cólera. ¡Temperance! maldita hechicera. ¡Temperance!

Temperance, que era el nombre del bulto no se movió.

—Maldicion! replicó Bob, es imposible que ella permanezca aquí..... yo sabré como dispertarla.

Y agarrando las tenazas ardiendo, las aplicó á las narices de Temperance, que se estremeciò violentamente, y se puso en pié bamboleándose.

Era una muger alta y vigorosa, como de cuarenta años de edad, cuya piel ardiente y ojos rogizos atestiguaban su pasion favorita.

=Tengo sed, dijo con una voz ronca, dirigiendo á Bob su mirada entontecida.

=Tienes sed, maldita, contestó este blandiendo sus tenazas. Tienes sed! con que mientras yo estoy trabajando toda la ma-

ñana para ganar algunos miserables pennys, tú tienes sed, bebes, y te emborrachas? Que Dios me tenga de su mano Temperance, pero dia llegará que te rompa la cabeza contra la pared.

A pesar de la energia brutal de sus amenazas, habia una especie de ternura en la voz de Bob, mientras le dirigia estas palabras.

—Ay! ay! hijo mio, mi Bob! esclamó la mugerona: un vaso de mas ó un vaso de menos..... ¿no ves que el gañote me arde?

—Tienes el estómago lleno de gin, como está la estufa llena de combustible. Muger!..... ¿me consideras tan rico para gastar de esa manera?

Temperance habia dado vuelta maquinalmente á la estufa, aprocsimándose á una mesa, donde estaba un vaso y un tarro de ginebra vacios.

—Ni una gota! murmuró con despecho. Bob mio! no tienes en el bolsillo una media corona siquiera para que se distraiga tu mugercita?

—Media corona! condenada! media corona! que es la ganancia de un hombre en ocho horas de trabajo.....

—Tengo sed! interrumpió Temperance, que se habia acurrucado trás la estufa, y comenzaba á dormirse.

=Es necesario que se vaya de aquí, murmuró Bob: si supiese!.... Muger, continuó en alto, el demonio me lleve sí puedo reusarte cosa alguna. Toma seis pennys, y marcha á beber.

=Seis pennys, hijito mio, mi querido Bob, dame otros seis.

Lantern frunció sus rojas cejas, y levantó las tenazas con aire amenazador. Temperance á quien la idea de sorber dos ó tres vasos de gin volvia la agilidad á sus piernas, se puso en movimiento y subió las escaleras cantando.

Lantern la siguió despacito hasta la puerta de la calle que cerró asi que hubo salido, volviéndose á su guarida cuya puerta atrancó tambien cuidadosamente.

—Es posible, murmuró mientras encendia una lámpara en el fuego de la estufa, que una alhaja como es esta muger tenga semejante gusto por gastar? cinco pies y seis pulgadas de estatura! ¡y qué colores! ¡Que el demonio me lleve si se encuentra otra igual en todo el barrio de Saint-Gilles y de Holoorn: ni en el de Cheapside á fé mia: ni en el de Cornhill: ni tampoco en Whitechapel. Que un rayo me parta sino hay muchos lords que desearian tenerla por su lady. A propósito de lord, mi correria de ayer tarde podrá servirme para dos objetos. El conde es un afi-

cionado sobresaliente, y la chicuela de la demanda de Temple-church es la criatura mas graciosa..... aunque no para mi que prefiero las mugeres de estatura: pero los caballeros quieren que sus queridas no tengan mas que cinco pies. ¡Cinco pies!

Lantern se encojió de hombros, y se encaminó hácia uno de los ángulos de su cueva.

—No hay duda, prosiguió, que el conde de Whiet-Mannor picará el anzuelo, y yo me embolsaré un medio ciento de guineas por uno y otro corretage: y quizá me quede corto en la cantidad que podrá valerme esta linda paloma metodista. En fin no vendrá mal, porque la vida es muy cara, y Temperance es capaz de beberse el mismo Times. Sin embargo es preciso confesar que tambien tiene muy buenas cualidades.

A este tiempo tocó á una de las piedras de la pared, que cedió á la presion de su dedo.

—¡Y cinco pies y seis pulgadas! añadió, y tal vez alguna cosita mas.

La piedra empujada por su base bamboleó, y vino al suelo, presentando á la vista un ahujero ancho y profundo, á donde se dirijió inmediatamente la mirada de Lantern. En aquel momento dejó de hablar: una alegria ávida y apasionada hacia chis-

pear sus pequeñuelos ojos detras de sus corbas y espesas pestañas.

Puso en el suelo la lámpara encendida, y se acercó á la puerta para escuchar.

Despues en dos saltos volvió á colocarse junto á su ahujero, donde metió convulsivamente sus dos manos abiertas. Todo su cuerpo dió un sacudimiento estraordinario, y en lo interior del ahujero se oyó un ruido como el que hace el oro cuando se mueve.

El rostro de Lantern alumbrado desde abajo por la lámpara colocada en el suelo, reflejaba los enérgicos rayos de unos goces que han llegado á su mayor apojeo. Meneaba el oro, primeramente despacio y suavito como el que acaricia á una muger querida: despues sus dos manos se crisparon, pronunció palabras estrañas, y sus dedos parecia que amasaban su tesoro.

No podremos decir precisamente cuantas libras contendria aquella caja de una clase tan original; pero el ahujero era tan grande que algunas veces los brazos de Lantern se enterraban hasta los codos en los montones de oro qne alli habia.

Otras sacaba grandes puñados que levantaba en alto con locura, para volverlos á echar con estrépito en el ahujero.

Cuando se hubo recreado hasta hartarse con la vista y contacto de su tesoro, sa-

có los soberanos que le habia dado Mr. Edward, y los echó en el monton con los otros.

=Vosotros sois mis amores y mis delicias! dijo suspirando. ¡Qué calentitos estabais en mi bolsa; pero no tengais cuidado que no tardaré mucho en volver á veros y traeros compañia, si Dios quiere.

Miró y volvió á tocar su tesoro, pues al pobre Bob le costaba mucho trabajo separarse de su peculio. En fin despues de haber vacilado mucho tiempo, colocó la piedra, y la aseguró con tanta destreza, que la vista mas perspicaz no hubiera podido distinguirla de las otras que formaban la pared.

—Temperance tiene muy buen olfato cuando no esta borracha, dijo, pero la ventaja que hay es de que siempre lo está, y que yo soy mas fino que ella. Por otra parte, añadió desatrancando la puerta ¿no trabajo yo para ella, para este pedazo de mi corazon?

Algunos minutos despues pisaba Bob-Lantern el último paso de su escalera, y volvia á ver el dia, es decir la espesa niebla que llenaba la callejuela. A corta distancia de su casa en una taberna ahumada que alli habia distinguiò á su compañera Temperance que dormia con la cabeza echada sobre la mesa que tenia delante.

—Qué lástima! murmurò con senti-

miento: ¡una muger de cinco pies y seis pulgadas!

Y tomando de nuevo la precipitada carrera que habia traido, salió rozando por las paredes de las casas con la velocidad de un locomotriz.

Serian entonces las dos de la tarde.

Asi que salió del barrio de Saint Gilles, Bob-Lantern entrò en Oxfort-Street y dejando las aceras salpicó los fiacres corriendo por medio del fango. Su correria terminó á la mediacion de Portman-Square donde se detuvo frente á una gran casa de opulento aspecto, y cuya fachada tenia delante, segun costumbre una gran verja.

Entre la verja y la casa á los dos lados de la graderia de la entrada, un enjambre de *grooms* y de criados ociosos hablaban y reian.

Bob-Lantern puso el pié en el primer escalon.

—Qué quiere ese perillan? gritó un jockey chiquitin que apenas pesaria dos arrobas.

—No me conoceis ya, mi buen señor Tulipp?

—Algun mendigo!!!

—No señor, respondió Bob con un ademan de orgullo.

Y despues añadió para sí.

Yo no mendigo mas que por las noches, señor chiquitin que no vale un ochavo de cominos: en seguida levantando la voz prosiguió: yo soi Bob-Lantern servidor vuestro.

—Es verdad, esclamaron dos ó tres grooms, Bob-Lantern el marido de mistress Temperance.

—El mismo, señores, y servidor vuestro.

—¿Y qué quieres?

—Ofreceros mis respetos, y ver si acaso es posible ver al señor administrador de milord.

—El administrador está ocupado.

—Asi está siempre, pero no importa. M. Paterson y yo somos antiguos conocidos, y cuidado que no digo esto por vanidad, estoi seguro que tendrá gusto particular en verme.

—Oh! oh! señor Bob: es preciso que nos dispenseis vuestra alta proteccion. Tulipp! sube á anunciar al señor Bob.

—Abrid calle al señor Bob.

—Al señor Bob-Lantern.

—Marido de la famosa mistress Temperance.

—Vuestro rendido servidor, caballeros, vuestro rendido servidor, murmuró Bob que pasò con la cabeza descubierta y sin perder su humilde sonrisa, por medio de aquella chusma que le descargó una lluvia de pullas y equívocos.

Bob-Lantern era un hombre muy prudente.

El jockey Tulipp quiso, aunque por esta vez unicamente, descender á las funciones de groom, y precedió á Bob al subir la escalera que conducia á los pisos altos.

—Algun tiempo tendrás que aguardar, poderoso Bob dijo como por mofa, pues hay mucha gente en la antecámara de Mr. Paterson.

—Qué quereis; señor Tulipp, contestó Bob, esta vida cuesta mucho, y yo tengo necesidad de trabajar para ganar un pedazo de pan; pero si es necesario esperar, esperaré.

Habia en efecto una multitud de personas en la antecámara del administrador.

Eran cinco ó seis arrendatarios de milord que venian á renovar sus arriendos; proveedores, clientes en el sentido latino de la palabra, y media docena de chalanes que se tomaban el título de dueños de yeguadas.

Tulipp entreabrió la puerta de Mr. Paterson y pronunció el nombre de Lanterne. Los que estaban alli aguardando algunas horas quiza dirigieron una ávida mirada hácia la abertura de la puerta, á fin de ver quien era el importuno cuya prolongada visita hacia tanto tiempo les impedia pasar el dintel del administrador. Miraron como mejor

pudieron, pero no vieron sino á Mr. Paterson solo, que medio recostado en una poltrona de reclinado espaldar, apoyaba sus gordos pies en los morillos de la chimenea, y se limpiaba los dientes con el mayor cuidado. Los proveedores, arrendatarios y chalanes, creyeron que no alcanzaban á verlo todo.

¡Lantern! repitió Mr. Paterson sin mirar á Tulipp..... ¡Qué diantres! ¿Lantern dices..... Quién es Lantern?

—Yo, con perdon de vuestro honor respondiò Bob queriendo entrar.

—Despues de nosotros, camarada; despues de nosotros; pronunciaron al mismo tiempo los arrendatarios, los proveedores y los chalanes.

—Me parece que conozco esa voz, murmuró Paterson..... Ah! ya caigo! Lantern es un pícaro de mucho mérito..... Haz que entre.

Se levantó un murmullo entre los arrendatarios, los proveedores y chalanes que hicieron ademan de cerrarle el paso.

—Mis buenos señores..... empezaba Bob con su humildad ordinaria cuando hablaba con los más fuertes. Pero no tuvo necesidad de gastar su elocuencia. Tulipp, que tenia aun en las manos una gran bruza mojada, se precipitò valientemente, y distribuyó una lluvia de agua negra á derecha

é izquierda: arrendatarios, los proveedores y chalanes retrocedieron algunos pasos regañando. Bob se aprovechó de este camino asi abierto, y pasó saludando á todos.

—Cierra la puerta, le dijo Mr. Paterson sin volverse hácia él. Bob la cerrò.

—Llégate aqui: dijo el administrador, y Bob se adelantó.

Mr. Paterson era un hombre de mediana estatura, algo obeso, y cuyos cabellos raros y perfectamente descoloridos, caian sobre su rostro pálido. En medio de este rostro lucia una nariz carnuda, color de fuego, y de un tamaño prodigioso. Habia palidecido dos ó tres veces en los cincuenta años que Mr. Paterson contaba de edad, mas por una reaccion inesplicable, sus mejillas, pálidas por lo comun, se tornaban coloradas en estas ocasiones. Seguramente esta nariz tenia la propiedad de estar encontrada siempre en color con el rostro.

La fisonomia de Mr. Paterson espresaba, en una palabra, una calma apática, casi brutal. Sus ojos no decian nada: su boca grande y arrugada hablaba con muecas é interrumpiéndose, como si las palabras hubiesen despellejado su larinje al salir. El tipo inglés se manifestaba en él sobre todo, por el esceso del elemento linfático.

Bob al entrar hizo como los que aguardaban en la antecámara; miró á su de-

redor; pero no vió á nadie. Mr. Paterson no tenia mas causa para no recibir que su gusto y su mondadientes.

Al cabo de cerca de un minuto alzó los ojos hácia Bob, y se encogiò de hombros.

—Tú vendes algo; dijo queriendo buscar una ocurrencia chistosa que no pudo encontrar: algo asi como..... ¡cáspita! algo que.... ya me entiendes, bribonazo.

Bob se echó á reir como un tonto.

—Vaya que es chistoso lo que acaba vuestro honor de decir..... murmurò..... el caso es que yo vendo algo asi.....

—Llegas mal..... tu mercancia está en baja..... Milord no la quiere ya.

—Es lástima, dijo Bob con frialdad:.... lástima para su señoria, porque yo..... Mr. Paterson, ya sabeis que no tengo que guardar mucho tiempo esta mercancia, como la llamais, en el almacen.

—Y es muy bonita? preguntó el administrador.

—Es un ángel.... y apostaria tambien á que no hai muchos ángeles semejantes.

Mr. Paterson se encogió de hombros segunda vez.

—Los chalanes celebran sus caballos; dijo sentenciosamente.

—Vuestro honor puede verla.

—¿Para qué? Milord está ya hastiado, mi pobre Jack Lantern.

=Bob-Lantern , si gustais..... ¡Ah! milord está ¿qué? no he comprendido.....

—Hastiado.... no comprendes? Es una palabra que nos ha sido importada de Francia, como los vinos adulterados y los cuchillitos de dos *penis*, y significa..... vamos no es fácil esplicarlo , honrado Jack.

—Bob si gustais.

Honrado Bob..... es difícil.. ... Dime no has comido algunas veces mas tajadas de rot-beef de las que podia contener tu estómago?.....

=¡Qué pocas habran sido, señor..... cuesta tanto el vivir!....

—Pero al cabo te ha sucedido una vez, ó cien veces..... no importa..... Pues bien, ese dia estabas hastiado de rot-beef.

=Es decir, que yo no queria mas?

—Eso es! Milord no quiere mas ángeles.

—Porque ha consumido muchos?... Pues segun eso, mi muger Temperance debia estar hastiada de gin hace mucho tiempo. En cuanto á Milord, es lástima por su Señoria.... Siento mucho haber interrumpido á vuestro honor.

Lantern saludò hasta el suelo y se dirigió hácia la puerta. En el momento que pisaba el umbral, le contuvo la voz de Mr. Paterson.

—Qué edad tiene? preguntó este aparentando indiferencia.

—Asi como diez y siete años..... ó quizás como diez y ocho..... Ah! señor.... es tan fresca como una cereza, tan esbelta como una rama de sauce..... graciosa, linda, blonda, modesta.....

—Ta, ta, ta, ta, y dónde vive? preguntó el administrador.

—Eso hace parte de lo que se me compra, respondió Lantern con una sonrisa innoble: la calle y el número es la mitad del negocio..... y por otro lado, milord está..... no me acuerdo de la palabra; pero comprendo que su señoria está como yo cuando he comido demasiadas tajadas de rot-beef: sin apetito.....

—Escucha, honrado John..... replicò Paterson.

—Bob, si gustais.

—Jack, John ó Bob de todos modos me es igual, pero no me interrumpas. Podria hacerse la última prueba, si es tan encantadora como dices.

—Mil veces mas.

—Quizás milord no pudiera verla sin amarla.....

—Que el demonio me lleve si sucediese otra cosa.

—Debemos probar.

—Ese es mi parecer.

—Te digo que desde que milord ha cambiado de vida, voi perdiendo el crédito

para con él..... ¿Quieres creer, honrado Jonh, que su señoria me ha pedido el otro dia algunas esplicaciones sobre sus asuntos?

Bob aparentó una gran sorpresa.

—Es posible? preguntó sin reirse.

=Es muy cierto..... y ya es tiempo de traerle á razon..... Yo quiero ver á esa muchacha.

=Muy bien.

=Y la veré mañana,

—Cuando vuestro honor quiera.

=Qué hai que hacer?

Bob se acercó al fuego, y apoyó el codo en el mármol de la chimenea.

=Os diré su nombre, os daré las señas de su casa, y me contais al momento treinta soberanos de oro; respondió.

=Estas loco, mi buen Jonh? esclamó el administrador: treinta soberanos por unas señas.

—Y por un nombre..... El nombre y las señas de la mas linda miss de todo Lóndres..... qué mas necesitais ¿no tiene vuestro honor dinero para concluir lo que falta?

=Pero..... treinta soberanos!

=Eso es nada! Cuando la veais direis; ese pobrete de Bob-Lantern es un necio.... esto vale cien guineas.....

—Cualquiera otro hubiera podido encontrar á esa jóven miss.

—Lòndres es grande ; pero si vuestro honor quiere buscar, no seré yo quien se lo quite de la cabeza.

Mr. Paterson reflecsionó un momento : luego se levantó sin decir palabra, y se encaminó hácia su bufete. Bob le siguiò con una mirada ávida. El administrador abrió uno de los cajones, y contó con lentitud treinta soberanos de oro.

—Muy caro es, murmuró; pero este pícaro no me ha engañado nunca. Es el mejor sabueso que tiene Lóndres para esas cosas. Y al cabo..... milord es quien paga..... Acércate, dijo en alta voz..... si me engañas!.....

—Vamos, interrumpiò Bob, vuestro honor se burla. No queria yo perder por tan poca cosa un marchante como vos.....

=Recoge eso.

Bob no se lo dejó repetir: apoderóse del oro, y como por encanto lo hizo desaparecer en una de sus profundas faltriqueras.

—Ana Mac-Farlane, dijo luego en voz baja, mientras Paterson escribia lo que iba diciendo: en Corhill número 52 , en frente de Finch-Lane..... Dos hermanas , una tia vieja ó madre..... y un boquirubio que debe ser hermano ó primo.....

—No me gusta el boquirubio: dijo el administrador.

—En efecto estorba..... pero en caso de necesidad tambien yo me hago cargo de esta clase de negocios.....

—Lantern hizo un gesto atroz, cuya significacion no podia ser mas clara..... Mr. Paterson lo miró, y se echó á reir.

—Tú debes reunir millones Jack, dijo despues de un momento.

—Yo! La vida cuesta mucho..... no tengo un penique..... (salvo los treinta soberanos que acabo de recibir.) Adios, señor; os doy las gracias..... Dentro de quince dias volveré á ver si me necesitais, á no ser que el boquirubio os estorbe demasiado.

—Vuelve mañana: dijo Paterson.

Bob hizo un movimiento afirmativo, y salió. Los proveedores, los chalanes, y arrendatarios le vieron pasar con envidia. El salió saludándolos humildemente.

Asi que hubo salido se oyó la campanilla del administrador, y un criado vino á avisar á los que aguardaban en la antecámara de su honor que no podia recibir hasta el siguiente dia.

Bob comenzó de nuevo intrepidamente su marcha, pero como eran ya las cuatro, y la noche empezaba, tuvo cuidado de sugetar con la mano el bolsillo que contenia los treinta soberanos.

—Bonito negocio! he de dar seis peniques á Temperance.

Un señor bien vestido le impidió el paso en el momento en que torcia hácia Finck-Lane. Bob quiso tomar á la derecha ó á la izquierda; pero el caballero le detuvo con un ademan, y le dijo con acento bastante francés.

—Amigo mio, la iglesia de San Pablo?

=Es una iglesia muy hermosa, respondió Lantern con frialdad.

=Podriais indicarme el camino?

—He, he, dijo Bob, no es fácil..... pero lo haria por dos chelines.....

=Dos chelines por una palabra! esclamó el francés incomodado.

=Vamos, lo haré por un chelin, ya que no sois ruso señor frances. Bob presentó la mano..... El estrangero puso un chelin en ella, murmurando algunas palabras poco lisongeras sobre la hospitalidad inglesa.

—Mui bueno: dijo Bob..... milord, no varieis de direccion: caminad cien pasos mas, y dareis con la puerta principal de S. Pablo.

—Con que iba derecho?

=Derecho.

Bob se echó á un lado, y se mezcló entre la multitud, dejando al francés, lleno de admiracion y despecho.

—Y ahora, dijo para si Bob, iré á casa del boquirubio á venderle el nombre de mister Edward? No..... Es menester dejar que las cosas sigan su rumbo. Esto le haria desconfiar, y pudiera impedir el buen resultado del negocio..... Ah! Ah! que buena compra ha hecho Mr. Paterson..... Mr. Edward birlará la dama antes que tenga tiempo de decir esta boca es mia..... Allá ellos.

En consecuencia Bob no siguió su camino hácia Finch-Lane. Como aun no era hora de acostarse, quiso aprovechar el resto del dia, porque era un trabajador incansable.

—Esta noche iré á ver á mis amigos de la Resurreccion..... Su tarea es en estremo desagradable..... y no muy bien pagada..... pero es preciso ganar para un pedazo de pan..... Dios me perdone, pero el tiempo está convidando esta noche para pedir limosna. La niebla viene caliente, y las viejas salen de sus agujeros..... ¡Cuidado con los agentes de policia!

Al concluir estas palabras, Bob hizo una cabriola que dislocó enteramente el tronco de su cuerpo, y le dió el aspecto mas miserable que pudiera desear un mendigo. Uno de sus hombros se levantó mientras el otro desapareció enteramente: su brazo izquierdo torcido y vuelto hizo maravillosamente

el papel de paralitico, su pierna izquierda acortada apropósito cojeó y diò á Bob un movimiento de balanceo, que era una compasion.

Echó una mirada cautelosa en torno suyo para asegurarse que la acera estaba libre de todo agente de policia. A la segunda mirada descubrió entre la multitud á una vieja con gran sombrero negro; no podia menos que ser la viuda de algun patron de barco, ó algun bossman muerto en servicio del estado. Bob se arrastró hácia ella balanceándose como un esloop combatido por la tempestad

—Respetable mistress, hace cinco dias y medio que no como..... dijo detras de ella.

La dama precipitó el paso.

—Oh! buena mistress, replicò Bob, tened compasion de un desgraciado marino á quien impide trabajar una herida que recibió en la memorable batalla de Trafalgar, á la vista del glorioso Nelson, y se halla precisado á mendigar como veis.

—No traigo nada aqui.... buen hombre, dijo la señora.

—Ah!!!..... continuò Bob..... tendré aun que alargar sin fruto esta mano que ha tocado la mano del gran Nelson.

La dama miró la mano de Bob, el nombre de Nelson hace siempre un poderoso efecto en los oidos ingleses.

Tened compasion, buena mistress, de lo contrario me vereis morir aqui de hambre.

—La vieja registrò en su vasto ridículo, y sacó una corona, que sin duda debia servirle aquella noche para su partida de whist.

—Bob besò la corona, y prometió á la señora las bendiciones del cielo.

—Miladi, esclamò siguiendo los pasos de una segunda víctima que á su parecer tenia cierto aspecto tory, no dejeis perecer de inanicion á un valiente soldado de nuestro semi-dios, su gracia el poderoso duque de Wellington..... Tengo cincuenta y tres heridas noble ladi, y Napoleon.... Napoleon en persona, lo juro por mi salvacion eterna, ha sido el que me ha roto la pierna.... Miladi le diò un chelin para librarse de él.....

Bob continuó este juego durante una hora con bueno y mal écsito, y asi recogiò cierto número de coronas; pero sufriò tambien algunas sobarbadas, y media docena de bastonazos que le dió un miembro del Parlamento que iba á pie, y á quien tomó por un hacendado del condado de Gales.

En el momento en que iba á dejar su tarea reparó en una vieja mistress, cuyo aspecto le tentó fuertemente. Bob no era hombre que resistia á tentaciones de esta clase. Se acercò á la vieja, y comenzó una poética relacion del combate de Trafalgar. En medio de

ella sintió una pesada mano que se posó sobre sus hombros. Bob no tuvo necesidad de volver la cara, pues conocia muy bien la mano de los agentes de policia.

Por un movimiento rápido como el relámpago, volvió á tomar su figura comun, y bajándose de repente, hizo que el agente soltará la presa: antes que este hubiera tomado una actitud de defensa, le pegó Bob con ambos puños en el pecho que sonó como un tambor.

El agente cayó en el lodo, con gran placer de los coknéys, y Bob se retiró tranquilamente.

La noche se acercaba, y aunque poseia otras pequeñas industrias que ponia en práctica en sus ratos de ocio, lo que es por esta noche se hallaba muy ocupado con los tiernos pensamientos, que le inspiraban su habitacion y su Temperance, cuyos cinco pies y seis pulgadas jamas le habian parecido tan llenos de encantos. En otra ocasion veré á las gentes de la Resurreccion, dijo para si, ha sido malo el dia, y estoy cansado. Bishop me ocuparia la noche por una guinea; una guinea es algo..... pero Temperance me espera..... ¡pobre querida mia! Que el diantre me lleve si no daba diez chelines porque no se embriagase sino seis veces á la semana!

Bob tomó pues el camino de Saint-

Gilles por Holtorn y caminaba ahora con la frente erguida y las manos en los bolsillos, como hace todo hombre de bien cuya conciencia está tranquila, y que ha recibido el premio de un trabajo honroso.

CAPITULO UNDECIMO.

El pomito.

MR. Stephen'!..... esclamó el anciano criado poniéndose junto á la cama del herido, no veis lo que estan haciendo aqui?

=Silencio! contestó Rowley, haciendo muchos, gestos y señalando al enfermo.

—Tú eres el que ha de callar! miserable asesino!..... todo lo he visto..... detrás de esa puerta.

Rowley dió por instinto un paso hácia la puerta.

=Está loco ese hombre? preguntó el doctor á Stephen. Hacedle salir caballero, ò de lo contrario no respondo de la vida del muy honorable Franck Perceval.

Stephen se había levantado, y miraba alternativamente á Jack y á Rowley que habia recobrado ya su sangre fria.

—Callad Jack, dijo al fin..... y vos doctor, en nombre del cielo concluid esta cura que me temo se haya retardado demasiado.

Jack se interpuso entre su amo y el doctor.

—Vuestro Honor; dijo con tono respetuoso pero firme, dirigiéndose á Stephen, respeto vuestras órdenes porque sois el amigo de Frank Perceval, pero este hombre no tocará á mi señor..... lo juro por nuestro gran escudo!.....

—Sin duda que este criado está loco, añadió el médico con frialdad..... Va á matar al muy honorable señor tan ciertamente, como si le clavára en el corazon el puñal que tiene en la mano.

Jack tembló de pies á cabeza. Un sudor frio corria por su encanecida cabeza... pero no se movió.

—He visto, dijo con voz baja y profunda..... no dudeis lo que voy á decir, Mr. Mac-Nab, pues lo juro por la memoria de mi padre..... y yo nunca he mentido..... Han querido cometer un asesinato..... aqui..... en este momento..... á vuestra vista..... Un asesinato con un hombre que está agonizando.. ... oh! yo lo he visto..... os lo repito..... yo he visto que estos dos hombres han querido matar á Franck Perceval.

Stephen fijó en el doctor Moore una mirada penetrante y escudriñadora.....

—Este criado es el hombre mas honrado que conozco, caballero, dijo. Tambien sé que el doctor Moore es uno de los miembros mas ilustres del colegio real, y me humillo ante su profunda ciencia, y ante sus luces..... pero este caballero es mi mejor amigo..... dispensad mis estravagantes dudas, y permitid que os sirva de ayudante en la cura que vais á continuar..... Soy licenciado d' Oxford..... caballero.

Y Stephen se levantó las mangas de su casaca.

=Vuestro Honor..... añadió Jack.... tened mucho cuidado..... y se acercó á hablar al oido del jòven.

En el interin Rowley se inclinó muy despacio, y recogió las hilas que estaban bajo su pié: en seguida miró al doctor, el cual

movió imperceptiblemente los párpados. Rowley lo comprendió, y se retiró.

=Es imposible! contestó Stephen al secreto del anciano criado.

=Imposible..... pues bien..... he de encontrar la redomita aun cuando tenga que registrar á ese pícaro hasta la piel.

Y se volvió hácia Rowley. Stephen lo imitó y entonces advirtieron su fuga.....

—Y ahora, esclamó Jack, me cree vuestro honor?

Stephen fijó en el doctor Moore una severa y penetrante mirada: este habia cruzado los brazos, y permanecia inmóvil observando aquella escena con vista tranquila y desdeñosa.

Era un hombre como de cuarenta años, de estatura alta y bien formada. Su cabeza, medio calva, manifestaba altivez é inteligencia: sus ojos penetrantes y profundos sabian en caso necesario, mirar con dignidad y firmeza, pero tambien muchas veces, bajo sus grandes párpados, miraban con desconfianza, y eran perfidamente indagadores..... . El óvalo de su rostro sumido por las sienes, y un poco hinchado por las quijadas, tenia algo de aquella apariencia periforme, que, segun los grandes fisonomistas Lavater y Gall, manifiesta la astucia y la falsedad. Su nariz recta y cuya base se alzaba perpendicularmente

sobre su labio superior, no estaba separada de su boca sino por un intervalo estrecho y descolorido. La boca la tenia sumida, y hacia resaltar la desagradable prominencia de una barba mal configurada. En fin, la parte inferior de su semblante, deslucia la superior, y su conjunto no era de aquellos que ganan el corazon ò inspiran confianza.

El doctor Moore era uno de los mas influyentes y recomendables miembros del real colegio. Su reputacion era grande, y le ponia á cubierto de cualquiera sospecha. En el primer momento que se siguió á la entrada de Franck, Stephen, aunque herido en el corazon, sin duda hubiera combatido su decaimiento moral si la presencia del doctor Moore no le hubiera garantizado de que se emplearia á tiempo y con maestria los recursos que proporciona el arte; libre de este recelo se habia entregado al dolor, y hecho lo que los jugadores que cierran los ojos para no volverlos á abrir hasta despues de haberse decidido la suerte. Ya hemos visto el estrepitoso modo con que fue arrancado á su dolorosa meditacion.

Lo que acabamos de contar en muchas líneas, habia pasado en muy pocos minutos: cuando Rowley, huyendo, salió por la puerta de Dudley House, no hacia ni la octava parte de una hora que habia entrado.

Eran solo por consiguiente diez mi-

nutos los que se habian perdido en la cura de Frank Perceval.

=Señor doctor, dijo Stephen cuya sangre fria natural luchaba victoriosamente con su indignacion, este digno servidor no está loco..... Bien ha visto, caballero.... la huida de ese miserable que dice bastante.

—Pretendeis acusarme, caballero?

—No perdamos el tiempo con palabras inútiles. Pretendo que comenceis al momento la cura de Frank Perceval..... al momento, lo ois?.....

—Al momento! repitió Mr. Moore. Esto se parece á una órden, caballero.

—Lo es, pronunció Stephen con firmeza.

Las cejas del doctor se fruncieron: retrocedió un paso; sus manos se introdugeron por instinto en las anchas faltriqueras de su frac negro; y toda su persona tomó un aspecto amenazador.

En seguida se serenó de pronto su frente á par que una amarga sonrisa vagaba por sus labios..

—Señor licenciado d' Oxford, dijo con forzada alegria, preparad los vendajes y las hilas..... Estoy pronto á curar á ese caballero.

Aquella fué una cura singular. Mr. Moore, observado sin cesar por la esperta

mirada de su jóven compañero, desplegó todos los recursos de la práctica quirúrgica, que tanto habian contribuido á hacer su renombre superior á las reputaciones rivales.

Operaba con rapidez, y seguridad, y hacia una especie de ostentacion en no omitir ninguno de los pormenores mandados por la clínica en semejantes ocasiones.

Stephen, ejecutando todas sus órdenes con una minuciosa puntualidad, seguia cada uno de sus movimientos con vista solícita: mientras que el doctor procuraba vengarse conservando su sonrisa burlona y amarga.

Detrás de él estaba Jack. El anciano criado no habia desechado aun sus inquietudes: conservaba constantemente su dirk en la mano, y su mirada interrogaba sin cesar la fisonomia de Stephen.

Esperaba, pronto á herir sin misericordia, el menor signo del médico. Ninguna compasion habia que aguardar de él. Se podria afirmar sin temor de aventurarse demasiado, que se hubiera alegrado que el doctor cayese en una falta para tener ocasion de vengar el vil asesinato intentado sobre el moribundo Perceval. Su frente benévola, tan cándida regularmente, se habia arrugado hasta el nacimiento de los últimos cabellos que tenia aun en la parte posterior de su craneo. Sus ojos azules, tan buenos,

tan sumisos, tenian ahora una espresion de desapiadada determinacion, y brillaban asperamente bajo sus fruncidas cejas. Su labio no manifestaba ya aquella cortés sonrisa; su talle, encorbado por la costumbre y la edad, se habia erguido con valentia. En una palabra, estaba fuerte, resuelto, y rejuvenecido!

El doctor le volvia la espalda, pero veia perfectamente su imágen retratada en un espejo. Tal vez aquella amenaza viviente contribuia á dar una precision matemática á sus movimientos.

Sin embargo, á medida que se adelantaba la operacion, el corazon del anciano Jack se debilitaba sensiblemente. Conservaba aun su apariencia terrible, pero, en lo interior de su alma, volvia á ser el mismo. Cuando Frank Perceval abrió por primera vez sus ojos, las cejas de Jack volvieron á su estado natural; el brillo de sus ojos se veló bajo una lágrima y no reapareció mas.

Su mano apretaba ahora sin cólera el mango de su puñal, y no veia ya en Mr. Moore el asesino, sino al salvador.

Amaba tanto á su honor, M. Frank Perceval!

Asi que se concluyó la cura, un fugitivo encarnado volvió á aparecer sobre los blanquecinos labios del herido. Jack comen-

zò á reirse á par que lloraba el y dirk se escapó de su mano.

—Dios os bendiga! murmuró detrás del doctor Moore : y que Dios me perdone si me he engañado acusándoos.

El doctor no se dignó volverse ni responderle.

=Este caballero está ya en salvò, dijo á Stephen. En manos inespertas hubiera podido ser mortal su herida , pero al presente están ya tomadas todas las precauciones posibles en lo humano..... Respondo de él.

Stephen se inclinó, y buscó en su cartera un billete de cinco libras que presentó al doctor.

Mr. Moore rehusó el salario sin afectacion.

=No tengo mas que hacer aquí, dijo tomando su baston y sus guantes: y supongo caballero que no estais en ánimo de detenerme por mas tiempo.

—De ningun modo, señor doctor, respondió Stephen, podeis obrar como gusteis; estais en libertad!

—Corriente! contestó Mr. Moore , dirijiéndose hácia la puerta.

Detúvose un momento en el mismo quicio, y metiendo otra vez sus dos manos en las grandes faltriqueras de su casaca negra, se volvió.

—*Ahora* me dejais en *libertad*, añadió acentuando fuertemente esta palabra, y quiero que sepais amiguito mio que siempre lo he estado. En nuestra profesion, como esperimentareis algun dia, está uno espuesto á peligrosas acechanzas, es muy prudente no dejarse nunca sorprender.

El doctor sacó las manos de sus bolsillos, presentando en ellas un par de formidables pistolas.

—Estos son, continuó, argumentos que no se aprenden en Oxford, pero que Lóndres enseña muy pronto, amiguito mio. No conozco otros que sean mas perentorios y eficaces..... y ya veis que tenia con que abrirme paso, sin tener mucha aprension por el roñoso cuchillo de vuestro viejo *highlander*. (1) Pero no he querido salir de aqui sin oponer á una sospecha insensata, una prueba material de mi lealtad. He salvado á ese caballero, porque era mi voluntad unicamente.

Al decir esto volvió á colocar las pistolas en su bolsillo.

—A Dios amiguito, continuó diciendo, os habeis grangeado en mí desde ahora un enemigo mortal: en mi vida he olvidado un agravio: jamás he perdonado cosa alguna, y me he vengado siempre.

(1). Montañes de Escocia.

Abriò al doctor Moore la puerta y la cerró tras si.

Stephen habia escuchado con frialdad la primera parte de la conversacion del médico, respondiendo con un tranquilo y silencioso saludo á la amenaza que sus últimas palabras contenian.

Jack no habia prestado atencion á este accidente. Arrodillado junto al lecho de su señor, besaba llorando las yertas manos del herido.

Stephen se acercó tambien á la cama de Franck Perceval.

—No sé que creer, murmuró por lo bajo, puede suponerse aqui razonablemente un asesinato?..... con qué objeto?:..... y sobre todo siendo el asesino el doctor Moore..... Jack! estais seguro de haber visto?.....

—Tan seguro como os estoy viendo, señor, respondió Jack levantándose: el bribon tenia en una mano la botellita, y en la otra las hilas. A una seña del doctor que apesar de todo es quizá un buen hombre, el pícaro boticario empapò las hilas. Entonces os movisteis: el boticario escondió el pomo, Dios sabe donde, y echó al suelo las hilas tapándolas con el pié: ¡Aguardad! que aqui deben estar todavia.

Jak buscò al rededor de la cama, y Stephen le siguió.

—No hay nada, dijo el anciano servidor: han desaparecido las hilas, pero aun ecsiste la mancha.

—La mancha? interrumpió Stephen, donde?

Jack le manifestò una señal húmeda y del tamaño de un shellin, producida por la presion del pié de Rowley sobre las hilas mojadas.

Stephen se puso inmediatamente de rodillas para ecsaminarla, y al inclinarse distinguiò bajo la cama un pomito microscópico que cogió al instante.

—Ese! ese es el pomo! esclamó el anciano Jack.

Stephen lo destapó, y aprocsimándolo á la nariz, conoció que contenia ácido prúsico.

CAPITULO DUODECIMO.

La hora de levantarse.

LADY Ophelia Barnwood condesa de Derby se dispertó al dia siguiente del baile de Trevor-House bastante despues de medio dia. Sus delicadas facciones indicaban claramente la fatiga de la víspera: sus ojos cansados no querian abrirse, y los recuerdos

de la funcion se presentaban confusamente á su entorpecida inteligencia.

Habia frio apesar de la enorme llama de la chimenea, que enrogecia con su ardiente resplandor la escasa claridad que reinaba en el aposento.

Lady Ophelia en vez de levantarse se acurrucó tiritando bajo las dobles cubiertas de su cama, y procurò volver á conciliar el sueño.

Pero ecsiste una hora en que este sirve de fatiga en vez de descanso, y en que el roce de las sábanas crispa los nervios; una hora en que es necesario estar de pié, obrar, y vivir.

Esta hora habia sonado hacia mucho tiempo, y en vez del sueño apetecido, acudieron pensamientos importunos que no deseaba, seguramente, recuerdos, pesares, y remordimientos.

Vió pasar antes sus ojos como en un panorama la fresca primavera de su vida. Viò que entonces su hermosura vírgen como su alma eclipsaba á todas las hermosuras rivales: se estremeció de placer con el pensamiento de dulces triunfos de infantil coqueteria, que siembran de flores el suelo que pisa una jóven y linda miss á su entrada en el mundo: se sonrió con el recuerdo de aquellos primeros amores tan tiernos, tan íntimos, tan tímidos..... y tan pronto desvanecidos.

En seguida se vió sentándose por la primera vez en los sedosos cogines del carruage conyugal: era Lady, era condesa. La famosa divisa, *Honni soit qui mal y pense!* se leia al rededor de su escudo: entonces tenia iguales pero no superiores.

Despues se vió en los primeros meses de viudez, en aquel estado que agrega una perla mas á la corona de la jóven: qué envidiada, qué adulada, qué detestada era entonces, pero tambien qué dichosa.

Despues se vió débil, temerosa, vencida y sin embargo mas dichosa que antes. Amaba, y amaba por la primera vez, á los veinte y cincos años de edad en que el amor une la energia á la ternura, edad en que se suspira aun, pero con suspiros de fuego, suspiros que abrasan, edad ardiente y fuerte en que el alma y el cuerpo rivalizan en la plenitud de su vigor..... Se vió apasionada, celosa, subyugada, y un vago resentimiento de los pasados goces, hizo latir su corazon y levantar su seno. Cuan pronto han pasado esas horas de discreta voluptuosidad! cuan llena estaba aquella soledad participada! cuan armonioso y dulce era aquel silencio roto unicamente por una voz amiga!

Ay! ahora las horas pasaban tristes y pesadas, su soledad estaba vacia, su silencio era mortal.

Soledad y silencio gravitaban sobre el alma como un peso de plomo: la felicidad habia huido. Todo estaba ahora sombrio, y desapacible, y fastidioso, y lleno de aversion. El fastidio, esa horrorosa pesadilla, se cernia en la atmósfera.....

Lady Ophelia repelió de pronto su cubierta, saltó fuera de la cama, y metió sus pequeños pies en sus chinelas de raso.

Sin duda no habia hecho nunca otro tanto sin la ayuda de su doncella. Sobrecogida de pronto por el frio, se echó apresuradamente su vestido de por la mañana (*morning gawn*), y se refugió en un gran sillon, que le abria sus reenchidos brazos, á el lado de la chimenea.

Otro recuerdo mas.

En otro tiempo, en aquel instante, daban un golpecito con precaucion en la puerta esterior de Barnwood-House. La doncella, al entrar, anunciaba que «Milord esperaba en el salon» Milord era el hombre amado, el hombre que se echaba ahora de menos con tanta amargura y afliccion: el marqués de Rio-Santo.

Ay! ay! todo habia ya concluido.

Ophelia alargó la mano para alcanzar la campanilla: en el momento en que sus dedos tocaban al cordon, un aldabonazo sonó en la puerta esterior; Ophelia se levantó de pronto. Sus ojos brillaron; y un

rayo de alegre esperanza iluminó su frente.

=Si fuera él! decia.

Pero aquella esperanza duró muy poco. Ophelia recordó al instante todos los sucesos de la víspera, y sus facciones se obscurecieron de nuevo.

—Es el jóven M. Frank Perceval, decia; viene á la cita que le he dado para hacerle saber... No quiero descubrir este terrible secreto, Dios mio! No, no quiero!

Una doncella entreabrió con suavidad la puerta.

—Milady se ha levantado? dijo con admiracion. Un caballero solicita el permiso de presentar sus repetos á la señora condesa..... Esta es su targeta.

=No es M. Perceval, murmuró Ophelia fijando su vista en la targeta en que estaba grabado el nombre de Stephen Mac-Nab: no puedo recibir: Jane..... esperad!... Descorred las cortinas: han escrito en esta targeta unas líneas con lapiz.

Jane descorrió las cortinas, y una claridad mas fuerte iluminó la habitacion.

De parte del MH. [1] M. Frank Per-

(1). Muy-Honorable *(Most Honourable.)* Califican de este modo á los hijos mayores de los condes vivos y, por cortesia, á los hermanos menores del conde. Los hijos segundos del conde no tienen derecho sino al título de *honorable.*

ceval, leyò Ophelia. Que quiere decir esto?..... Jane, haced que introduzcan á ese caballero al salon y volved á vestirme..... volved pronto!.....

—Que quiere decir esto! repitió lady Ophelia cuando su doncella salió; de parte de M. Frank Perceval! Seguramente el pobre jóven habrá cometido algun acto de desesperacion.

Jane volvió á entrar, y lady Ophelia le mandó le cerrase el vestido y le alisara los cabellos; pero apenas tuvo tiempo para ejecutar esta órden:

=Ya está bien, dijo; dejadme, Jane.

Y salió con paso rápido de su alcoba.

Stephen esperaba en el salon. El jóven médico no estaba acostumbrado á tener muy amenudo una conferencia intima con la viuda de un caballero de la Jarretiere, pero acababa de separarse del lecho donde yacia su mejor amigo, y la emocion no dejaba ningun lugar á aquel corto sufrimiento del amor propio, que vulgarmente llaman turbacion y saludó á la condesa con la mayor soltura y facilidad.

=Señora, dijo, tened la bondad de escusar mi visita. No tengo el honor de haberos sido presentado, pero lleno un deber, y vengo á cumplir la mision de que me ha encargado M. Frank Perceval.

La condesa se inclinò y le señaló una silla.

—Mr. Frank Perceval no ha podido venir en persona? preguntó.

=No ha podido venir, milady, contestó Stephen con tristeza, y, ha necesitado una imposibilidad efectiva, para que dejase de verificarlo.

=Qué le ha sucedido, caballero?

—Frank ha sido herido en un duelo, señora.

—En un duelo! repitió la condesa.

—Herido de gravedad.

—Y por quién?

—No me ha dicho el nombre de su adversario.

—Y vos no teneis ninguna sospecha?.....

—Si, señora; las sospechas que tengo equivalen á una certeza..... pero vengo á veros en lugar de Frank y debo obrar como él: olvidar aquel duelo para ocuparme de una cosa mas importante.....

—Mas importante, caballero! murmuró la condesa que manifestó algun malestar.

—Aun no hace dos horas, continuó Stephen Mac-Nab, que llevaron á Frank á Dudley House, desvanecido, moribundo..... Un terrible suceso que no puedo esplicaroslo retardó los primeros socorros, y muy poco ha faltado para que mi desgraciado amigo no muriese á mi vista, víctima de un asesinato.....

=Me haceis estremecer, caballero! dijo la condesa: un asesinato intentado con un herido!.....

=Un envenenamiento, señora.

—Y..... creeis..... podeis creer que el contrario de M. Perceval..... esto seria horroroso, caballero..... haya tenido alguna parte en ese infame complot?.....

Stephen tardó en contestar; aquella pregunta aun no se la habia hecho á si mismo, y una vaga sospecha se presentó á su imaginacion: pero nada daba pábulo á ella y contestó:

—No puedo creerlo, señora.

Lady Ophelia respiró.

=De cualquier modo que sea, continuó Stephen, el peligro se ha pasado..... Cuando Frank recobró el habla, hace ya media hora, señora, la primera palabra que pronunció fué el nombre de una persona querida.....

=Miss Trévor?.....

Stephen se inclinó, y prosiguió:

—El segundo ha sido el vuestro, señora.

El embarazo de la condesa se aumentó.

=Mi nombre? dijo. Si,..... creo saber porque. .... Ayer en el baile de Trévor-House, supliqué á M. Frank Perceval..... Estoy sumamente disgustada de que su herida le impida.....

=Me ha enviado en su lugar, señora, dijo Stephen.

=¿A vos, caballero?.... M. Perceval no puede creer..... Lo que tengo que decirle es enteramente confidencial.....

—Soy su íntimo amigo.

—No lo dudo, caballero, pero no puedo.....

—Frank sufre mucho, señora, y espera! interrumpió Stephen.

—Me despedazais el corazon, caballero!..... Escuchad.....

La condesa se detuvo de pronto y prestó atencion con avidez. El aldabon de la puerta esterior acababa de sonar muy suavemente.

—El es! murmuró, él es!

Su malestar llegó á ser una agitacion febril.

—Caballero, continuó, esta entrevista debe concluir ahora mismo. Rehuso tomaros por medianero entre M. Perceval y yo. No me juzgueis á la ligera, caballero; pues tengo motivos muy poderosos para obrar asi, y os suplico no os ofendais, pues estos motivos en nada os conciernen.

Stephen se habia levantado.

—Esperaba llevar un consuelo al pobre Frank..... comenzó á decir.

—Decidle, esclamó la duquesa, decidle que todo lo sabrá, decidle.....

—Milord! interrumpió la doncella que entreabrió la puerta del salon.

—No le digais nada, caballero, yo reflecsionaré..... Haced que entre milord en el gabinete, Jane..... Suplicad á Mr. Perceval que me escuse, caballero..... decidle la parte que tomo en su desgraciado accidente, y..... os suplico me perdoneis el que interrumpa tan bruscamente esta conversacion.

Stephen saludó con frialdad, y salió.

La condesa volvió á caer sin fuerzas en su sillon.

—No, murmuró: oh! no!..... no puedo revelar este secreto..... seria perderle.... inspiradme, Dios mio!

Al bajar la escalera Stephen tropezó con un hombre cuyo sombrero encasquetado ocultaba parte de su cara. Este hombre lo mirò al soslayo, y se estremeció ligeramente.

Un instante despues Jane introducia á este mismo en el salon, anunciando:

—Milady, milord el marqués!

Rio-Santo llevó respetuosamente á sus labios la mano de la condesa, y permaneció de pié delante de ella. Habia en sus hermosas facciones cierta cosa que se asemejaba á la adhesion, á la ternura, á la misma pasion; pero aquella cierta cosa era una máscara cuyas junturas hubiera conocido un

esperto observador por muy unidas que estuviesen.

La condesa sabia observar bien, pero perdia su ciencia al lado de Rio-Santo.

Le miró un instante en silencio; y su vista triste y velada al principio, se aclaró gradualmente, hasta manifestar una especie de tranquilidad.

El marqués se sonriò con dulzura, y fué á apoyarse en el respaldo de su sillon.

—Ayer estabais encantadora, Ophelia, murmuró al oido de la condesa.

Esta se volvió, y su frente casi tocó la boca de Rio-Santo: bajó la cabeza avergonzada.

—Estais enojada conmigo, continuó, y teneis razon, señora, pues es un crimen causaros pesar, aun cuando sea involuntariamente... Sin embargo, sabeis mi secreto, todo mi secreto!..... ¿No es amar mucho el confiarse asi sin reserva?

—Habeis estado quince dias sin verme, dijo muy bajito la condesa, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas.

—Pero hoy vengo, Ophelia, vengo sin calcular el peligro, porque sufria demasiado con la ausencia..... Creedme, echo menos tanto como vos, tal vez mas que vos, aquellos dias en que éramos dichosos sin que nos observasen..... Mas que vos he maldecido aquella fatalidad que me impele hácia ade-

lante..... Nadie se libra de su destino, señora: es preciso que alcance mi objeto, ó que muera!

Rio-Santo se habia levantado: su noble semblante habia tomado una espresion de fiereza indomable, inflecsible, y sin limites.

Lady Ophelia le contempló algunos momentos, y cruzò las manos sobre su pecho.

—Ah! os amo! murmuró; Dios no se apiada!..... Os amo mas que nunca!.... y os amaré siempre!

—Gracias, señora, gracias, dijo Rio-Santo que hincó una rodilla. Si supieseis cuanta fuerza da á mi corazon, y cuantos pensamientos á mi cabeza una palabra vuestra!..... Sois mi genio y mi esperanza..... Yo tambien os amo, yo tambien os amaré siempre!

Se sentó en un cojin á los pies de la condesa, que pasó su mano por los lustrosos bucles de sus hermosos cabellos negros.

=Lo decis de veras, ¿no es verdad? murmurò, no me engañais?..... Dios mio! este amor que me daís; este amor oculto y vergonzoso, que es la parte que no quiere mi rival! lo aprecio, José Maria, lo aprecio mas que la vida..... mas que al honor!.... oh! yo soy quien tiene la culpa por no ser mas que una pobre muger, por no tener para daros el poder que os corresponde...,

Lady Ophelia saboreaba aquel instante de felicidad, y se apegaba á ella como si hubiese temido ver huir la ilusion.

yo tengo la culpa de esperar y creer que vos, Rio-Santo, os bajariais hasta mi.

=Loca! niña loca! interrumpió el marqués cubriendo de besos la pálida y blanca mano d' Ophelia.

Ella dejó de hablar; sus ojos húmedos se secaron y se pusieron ardiendo; su penosa y entrecortada respiracion levantaba por instantes los encantadores contornos de su garganta.....

Ahora habia amor, un amor verdadero en los ardientes ojos de Rio-Santo. El hombre de las impresiones repentinas cedia á las impresiones del momento. Habia venido á fingir, y, semejante á aquellos actores que poseyéndose del papel que representan, sienten las emociones de su apasionada ficcion, habia llegado á amar.

Lady Ophelia saboreaba aquel instante de felicidad, y se apegaba á ella como si hubiese temido ver huir la ilusion.

=Oh! no..... no! dijo al fin sin saber que su pensamiento se le traslucia..... no le haré traicion!..... Qué me importan esas personas y sus sufrimientos?..... Me ama ahora..... y yo no diré nada..... nada!

Sus ojos medio cerrados no veian ya, y su pensamiento nadaba vagamente en un sueño.

Rio-Santo habia oido todas estas palabras. Sus cejas se habian fruncido dejando

aparecer en medio de su rogiza frente la gran línea blanca de una cicatriz perpendicular: sus labios temblaban sin producir ningun sonido, y un estremecimiento colérico agitaba cada uno de sus miembros.

Tomó la mano de la condesa, y sin duda la apretò fuertemente, pues la pobre muger abrió los ojos dando un pequeño gritó de dolor.

Palideció al ver la posicion amenazante y las trastornadas facciones del marqués.

—Qué teneis, Don José? le preguntó.

—Señora, dijo con voz severa y contenida, es necesario me respondais, lo ois?... que me respondais claramente y al momento!..... Qué hablabais de hacer traicion, y quien es ese hombre que he encontrado ahora mismo al venir aqui?

CAPITULO DECIMO TERCERO.

Una entrevista.

LADY Ophelia, distraida repentinamente de su sueño, miraba al marqués con terror.

—Estoy esperando, señora, dijo con frialdad.

—Y qué quereis de mi, milord?

—Os digo que habeis hablado de hacer traicion; habeis tenido este pensamien-

to, señora, tal vez este designio, y acabo de ver salir á un hombre de vuestra casa. Este hombre es el amigo de Frank Perceval.

—Es muy cierto..... venia de su parte.

—De su parte! repitió Rio-Santo con amargura: os ví ayer hablar con Perceval, señora, y os he sorprendido miradas de inteligencia..... No sabeis que nada se me escapa y que, cuando mis ojos dormitan ó no ven, hay cien miradas para velar en su lugar?

—Se que sois poderoso, milord, contestó la condesa levantando su linda cabeza con tranquila altivez: poderoso para hacer daño como el ángel caido..... Pero no os temo.

—No me temeis! repitió Rio-Santo, cuya voz estallò sordamente, y se llenó de amenazas.

—Os amo! ay! os amo! dijo la condesa despues de un momento de silencio, y con un repentino acento de lacerada desesperacion.

Una sonrisa de triunfo plegó durante un momento los labios de Rio-Santo, que continuò con voz en la que ya no habia cólera.

—Ophelia es preciso me perdoneis estos movimientos de repentino enojo en los que se manifiestan mi secreto sufrimiento....

Soy muy desgraciado, ya lo sabeis..... Dos pasiones se dividen mi alma, y se entregan en ella á un combate que me mata.... mi amor por vos.....

La condesa levantó al cielo sus hermosos ojos azules.

—Mi amor por vos, continuó resueltamente Rio-Santo, y mi ambicion sin límites..... ese hombre, ese Frank Perceval, se ha interpuesto en mi camino, y me he separado de él. Os aseguro, milady, que tenia compasion de ese niño, que, al fin, no era ayer mas que un obstáculo inocente..... pero ese niño me ha insultado como un hombre, y he debido castigarlo.....

—Habeis sido vos? interrumpió la condesa.

—Lo sabiais ya? Ah, milady! lo que llamais amor tiene á veces todas las apariencias del odio!..... Si, yo soy..... pero aun castigándolo, me he compadecido de él... en vez de matarlo sin misericordia, como tenia derecho de hacerlo y mi interés lo ecsigia, me he contentado con ponerlo fuera de combate.

—Cuan hermoso y generoso es vuestro proceder, milord! dijo la condesa con calor: ay! ecsisten en vos sentimientos nobles, y esto es lo que me pierde!

—Y de qué me ha servido mi clemencia? continuó Rio-Santo. Ayer le disteis

una cita....., Creia encontrar aqui medios de perjudicarme..... No digais que no, señora..... Y su primer pensamiento al recobrar la vida que me debe, es enviar á vos un confidente. Pero quién os impulsa á perderme, Ophelia?..... Quereis vengaros.... Soy mas desgraciado que vos.

No, milord, no, contestó la condesa, no quiero vengarme..... Nada me impulsa á perderos..... La casualidad..... ó mas bien vuestra desapiadada cólera..... No puedo pensar en aquella horrorosa escena sin estremecerme..... y algunas veces, es verdad, aquel misterio de sangre pesa en mi conciencia.....

—No habeis sido nunca celosa, milady? preguntó Rio-Santo, que procuró dar á su voz una espresion insinuante y tierna.

—Lo soy, milord.

—Pues bien! no comprendeis que un transporte de celos?.....

=No digais mas! interrumpió la condesa..... Silencio, milord.

Rio-Santo inclinó la frente á aquella reprension. Habia puesto en juego la mentira, y la mentira le causaba vergüenza y disgusto, cuando tal vez el crímen no le horrorizara.

Ecsistia entre él y la condesa algunos secretos de amor, pero habia otro secreto

mas. Revelado este hubiera detenido á Rio-Santo en sus mas queridos proyectos, y puesto su vida en peligro. Acababa de adquirir la certeza que lady Ophelia, fuese por venganza, por celos, ó por cualquier otro motivo, habia tenido intencion de hablar.

Desde la víspera sus sospechas habian sido escitadas á este respecto; y este era el motivo de su visita.

Ahora que conocia el peligro, quedaba el medio de conjurarlo: su causa era mala; y su posicion dificil. Habia abandonado repentinamente á la condesa, aunque conservaba con ella, ante el mundo, aquellos corteses miramientos que un caballero no puede olvidar. Sus pretensiones acerca de miss Trevor eran patentes y públicas, por consiguiente la condesa habia perdido la reputacion, el reposo, y la dicha.

Pero la condesa lo amaba, y este amor lo compensaba todo.

El marqués conociendo su ventaja, y tanto mas seguro de si cuanto que habia descargado su fogosa cólera, puso en juego todos sus recursos, y ganó la partida, ó, al menos, debió creer que la habia ganado.

Recorriendo sucesivamente toda una serie de transiciones hábiles, pasó de la amargura á la tristeza, de la tristeza á la melancolia, de la melancolia á la ternura, de la ternura á la mas animada vehemencia de

la pasion. Y como estaba dotado de aquella inestimable facultad de sentir á medida que hablaba, de crearse por decirlo asi una verdad en él, ficticia y real al mismo tiempo, cada una de aquellas gradaciones impresas de buena fé, cada una de aquellas palabras respirando franqueza, adquirian una elocuencia irresistible.

El hombre es fuerte siempre que cree serlo, y Rio-Santo lo creia.

Durante esta entrevista, pasó de hecho y de todo corazon por todos los grados que separan la cólera del amor.

La condesa escuchaba encantada; la condesa se sumergia con delicia en aquel mar de felicidad que creia ya agotado; la condesa revivia, volvia á encontrar su juventud, su esperanza, y su alegre amor.

Oh! como hubiese acogido entonces á cualquiera que le hubiera preguntado el secreto de Rio-Santo!

Pero la elocuencia tiene sus peligros; está sugeta á pasar mas allá del objeto. No hay nadie mejor que los retoricos para no engañarse, y sin embargo llegará un dia en que el hombre de genio capaz de galvanizar el grave sopor de la cámara de los lores, ò de hacer callar las atronadoras conversaciones que ensordecen los ecos de la cámara baja, cometerá algun dia una *imprudencia*, comprometerá su causa, y servirá

á sus contrarios. A la inversa lord*** hablará por espacio de dos horas en la cámara alta, sin hacer mas daño á sus amigos que á sus enemigos, y el honorable M.*** levantará la voz durante tres sesiones consecutivas contra los católicos de Irlanda sin comprometer en lo mas mínimo á sus nobles protectores, que lo estiman, lo aman, y lo aprecian cual corresponde al mas fastidioso hablador de los tres reinos.

Rio-Santo era elocuente, y pasó mas allá del objeto.

Queriendo persuadir y apoyarse en su amor, se dejó decir algunas veces que su ambicion y su ternura hácia lady Ophelia tenian tanto dominio una como otra en su corazon: su ternura como su ambicion que apropósito hacia aparecer tan grande! Su ambicion, á quien denominaba con este único nombre, pero que, en realidad, servia á otro sentimiento mas fuerte, mas fogoso, mas implacable, que daba á sus esperanzas, á sus proyectos, á sus esfuerzos, una estension realmente gigantesca.

—En estos momentos, continuó, dudo y sufro mucho..... Sé que detener mis proyectos seria morir, pero me pregunto si no valdria mas morir con vos, Ophelia, que vivir sin vos.

—No la amais? preguntó la condesa.

—A Mary?..... pobre jóven!..... quién

no la amaria? dijo Rio-Santo afectando compasion..... Quisiera amarla como ella lo merece; pero entre ella y yo está vuestra imágen.....

—Si yo pudiera creer que me amabais Don José!..... murmuró la condesa con estraña espresion.

—Creedlo, creedlo, Ophelia! esclamó el marqués arrastrado por una pasion repentina y verdadera: si mi objeto, mi objeto que me arrastra y me mata, desapareciese un dia de mi vista.....

—Volveriais á ser lo que habeis sido para mi don José?

—Acaso he cambiado, señora? Qué se necesita deciros para convenceros?..... Volveria á vuestros pies..... quién sabe?..... Curado tal vez de aquel mal de ambicion que me consume.

=Tal vez, repitió la condesa que empezó á meditar; y sereis enteramente mio?

=Enteramente vuestro, señora.....

La conversacion continuó tierna y dulce; las horas pasaron..... Quién en lugar de Rio-Santo no hubiera creido completa la victoria?

No obstante, desde aquel momento la condesa empezó á estar distraida; un secreto pensamiento de esperanza, ó temor, parecia absorver su atencion entera.

—Voy esta noche á Convent-Garden,

dijo al fin; Milord, quereis acompañarme?

—=Os llevaré, Ophelia; pero tengo un sitio en el palco de lady Campbell.

=Por nimio que sea vuestro ofrecimiento lo acepto..... Tened á bien esperadme un instante.

Llamó, y Jane entró, y recibió órden de preparar la toilette de milady.

Rio-Santo se quedó solo en el salon.

Se echó sobre un sofá y cayó insensiblemente en una de aquellas queridas meditaciones que le eran tan frecuentes. Pero entonces su meditacion no vagaba á la casualidad, y fué fijada por un magnífico retrato de cuerpo entero de lady Ophelia, que adornaba el salon.

Aquel retrato, de una semejanza completa, representaba á la condesa á la edad de veinte años. Habia cambiado poco desde entonces, y todo lo mas que se podia decir era que estaba menos hermosa. Unicamente se veia ahora un estrecho círculo azulado que se designaba bajo sus ojos y que, en el retrato, superaba sin transicion las frescas mejillas de una jóven.

Lady Ophelia, ó su retrato, tenia hermosos cabellos, undosos, finos, con reflejos raros y como nacarados, cuyas trenzas adornaban una frente de regular tamaño, pero llena de armonia en sus contornos. Sus ojos de un color difícil de comprender y

sobre todo de pintar, eran dulces, nobles, y conservaban una tinta de melancolia bajo la agata delicadamente jaspeada de sus pupilas. El resto de sus facciones tenia un supremo grado de belleza inglesa, belleza digna y pura, cuyo solo defecto es la falta de espresion y gracia. Pero este defecto no ecsistia en lady Ophelia, y ademas, su mirada hubiera dado espresion y encanto á la mas insignificante fisonomia. Su estatura era mediana y parecia grande á causa de la noble gracia que reinaba en su ademan. Tenia pies de Francesa, y sus manos correspondian á la suprema perfeccion del modelo aristrocrático.

Todo este conjunto donde dominaba energicamente el elemento aristocrático «la raza» era un fiel reflejo del carácter de lady Ophelia. En su natural tomado en su estado normal, la distincion se unia á una especie de cortés y oficiosa firmeza que parece es en Inglaterra herencia esclusiva del secso femenino. Seguramente habia entre ella y miss Mary Trevor alguna lejana semejanza en sus modales y educacion, el tipo de sus semblantes eran igualmente de aquella belleza británica , suave, templada, que se aprocsimaba un poco á lo ideal, pero, ademas de la diferencia en la edad, habia de la una á la otra una gran distancia. Mary era la misma debilidad mien-

tras que Ophelia era la fuerza sojuzgada: miss Trevor, la dulce y pobre niña, cedia antes de haber combatido: lady Derby, vencida, conservaba su nativa altivez, y aun sabia erguirse cuando llegaba la ocasion.

Sin embargo, ni una ni otra tenian esos caractéres que se pueden delinear precisamente ó describir de una sola vez. Podian transformarse ó cambiarse al soplo de esos vientos caprichosos que traen la calma ó la tempestad á la perfumada atmósfera de los salones. Débil, Mary podia manifestarse fuerte algun dia, por casualidad, y lady Ophelia habia demostrado ya que podia ser débil.

Si nos hemos visto precisados á establecer esta especie de comparacion, es porque Rio-Santo la hacia mentalmente al contemplar el retrato de lady Ophelia. Aun se hallaba bajo el encanto de la reciente entrevista, pero no tanto que no pudiese pensar en miss Mary Trevor.

El lector se engañaria si tomase á la letra las palabras pronunciadas por el marqués en el calor de la entrevista. El mismo Rio-Santo se habia engañado cuando dijo á lady Ophelia que solamente la ambicion lo ponia á los pies de miss Trevor. Amaba á Mary, y la amaba quizá mas de lo que habia amado á lady Ophelia.

Por lo que toca á lo que él llamaba

su ambicion, era, ya lo hemos dicho, un sentimiento vigoroso, paciente, indomable, pero tal vez merecia otro nombre. Rio-Santo tenia un grande objeto: sus miradas eran mas elevadas; su brazo tenia fuerza para alcanzar hasta donde llevaba sus miradas, y su corazon era aun mas robusto que su brazo. Lo que tenia en el fondo de su alma nadie lo sabia. Caminaba con paso firme y seguro por caminos tenebrosos. Los medios que empleaba eran estraños por no decir otra cosa. En cuanto á que si el bien era de tal naturaleza que hacia escusable estos medios, el lector será juez en definitiva.

Despues de lo que precede, casi no hay necesidad de añadir que el marqués habia ido demasiado lejos cuando dijo á la condesa: *sabeis todos mis secretos*. La pobre muger habia sorprendido por casualidad uno de los anillos de una gran cadena de misterios, esto era todo. Este secreto aislado era por si solo de una consecuencia terrible; pero no abria ningun camino para descubrir los demas.

La condesa ignoraba sus proyectos tan completamente como los demas. Lo ocultaba todo con esta palabra: «Ambicion» que no escusa nada pero que todo lo esplica. Ophelia creia comprender, lloraba y sufria.

Mientras que Rio-Santo vagaba entre dos imágenes encantadoras, que ocupaban juntas ó alternativamente su memoria, lady Ophelia hacia con precipitacion su toilette, y daba priesa á su doncella que se admiraba mucho de ver atropellar asi una obra de aquella importancia.

—Muchas gracias Jane! dijo al fin lady Ophelia con aquel tono que significa testualmente: Ya se acabó.

—No quiere Milady que la peine?

—No, Jane,

—Milady no se pondrá algunas flores en sus hermosos cabellos?.....

—No, Jane..... Dejadme!..... Esperad..... dadme recado de escribir.

—Milady olvida que Milord!.....

Ophelia la interrrumpió con un ademan de nerviosa impaciencia, y Jane se apresurò á obedecer.

—Idos, dijo Ophelia.

Jane saliò echando sobre su ama una socarrona mirada de admiracion.

—Es preciso..... es preciso.... murmurò la condesa mojando la pluma en el tintero, ¿no me ha dicho que si llegaba á frustrársele?.....

Se detuvo y dejó la pluma.

—Dios mio! continuò despues de un momento de silencio, no sé.... no sé.....

Apoyó la cabeza en sus manos y se puso á reflecsionar un instante, en seguida volvió á tomar la pluma, y trazó con rapidez algunas líneas.

—Le ecsigiré su palabra, su palabra de caballero!..... Frank tiene un noble corazon..... Haré que me prometa.....es necesario! yo no puedo vivir ya asi, y esta esperanza me vuelve loca.....

Cerró la carta y le puso el sobre: *Al M. H. Frank Perceval.* etc.

La dejó sobre su tocador, y volvió al salon.

—Llevareis al correo, ahora mismo, una carta que encontrareis sobre mi tocador, Jane, dijo antes de salir.

Un momento despues el hermoso carruage de Rio-Santo rodaba con velocidad en direccion de Covent-Garden.

En el momento en que Rio-Santo bajaba ante el peristilo del teatro, y ofrecia su mano á la condesa, un hombre le tocó en el brazo, puso un papel en su mano, y desapareció al instante entre la multitud.

Rio-Santo, al subir los escalones, desdobló el papel, y leyó á escondidas:

«Lado izquierdo, núm. 3. Princesa de Longueville.»

—Hermosa ocasion! murmurò echando al soslayo una mirada á la condesa: la princesa hará como se debe su entrada en el mundo.

CAPITULO DECIMO CUARTO.

The Pipe and Pot. (1).

EL teatro real de Convent-Garden está situado en Bow-Street y linda por el norte con Harte-Street. Es un edificio vasto y medianamente gracioso; su principal mérito es el no haber sido construido bajo la inspeccion del inevitable y terrible

(1). La pipa y la botella.

M. Nash, que es una grande y feliz casualidad.

Este M. Nash, que es en efecto un albañil infatigable, ha reedificado la mitad de Lóndres. Se le encuentra en todas partes, en todas partes se reconoce su inflecsible regla en aquellas casas rogizas, rectas, erguidas como ciertos caballeros á quienes incomodaria las entretelas de sus corbatas. M. Nash es el rey del yeso, el dios del nivel.

Quizá haya muerto. Si es asi, que se arrojen ladrillos sobre su tumba, á guisa de flores, y que rueguen encarecidamente á Dios que no envie otro á reemplazarle en este mundo.

Aunque está situado en los confines del barrio elegante, á igual distancia de Strand, de Holborn, y d' Oxford-Street, el teatro de Convent-Garden como casi todos los teatros de Lóndres está poco frecuentado.

Les gens comme el faut (*the gentle people*) las personas de tono van al templo mas que á los espectáculos, y seguramente Saint-Paul vale muchísimo mas que Drury-Lane.

Cuando la elegancia no tiene mejor ocupacion, se llenan los palcos de Italian-Opera-house. Es la sala privilegiada, el solo recinto admisible. Una escursion á Drury-Lane es una escepcion, una caravana, un desorden. Presentarse una vez en Prince's-Theatre pasa los límites de la excentricidad mas descocada. Por lo que toca á Convent-

Garden se representa allí las obras de Shakspeare: y hablando con imparcialidad quien quereis que vaya á oir y ver las rapsodias del viejo Will?

Vaya! en Lóndres donde tenemos ahora tantas cosas buenas! Shakspeare no sirve ya sino para entretener à la *canalla*.

Nosotros somos, y esto es de tal modo incontestable, que el mas benigno cokney reñiria muy bien con cualquiera que pretendiese contradecirlo, nosotros somos el pueblo mas civilizado del universo. Por esta razon, mirar que lógica! nos parece miserable todo lo que se hace en nuestra patria y no sabemos admirar mas que los talentos exóticos.

Lo que, no nos impide vanagloriarnos en toda ocasion de nuestra superioridad universal.

Orgullo de palabras, orgullo grosero, jactancioso, desapacible! Humildad de acciones, humildad involuntaria, ay! humildad feroz. Contraste ridículo!

Hacemos el papel de aquel lord que tenia, segun aseguraba, el cocinero mas hábil del mundo entero, y que comia todos los dias en la taberna.

Nuestros cantantes son italianos, alemanes, ó franceses; nuestros bailarines son franceses; nuestros artistas graban cuadros franceses; aplaudimos las tragedias francesas

ejecutadas por una actriz del teatro francés. Algun dia, si Dios no lo remedia, traduciremos á Shakspeare al frances á fin de poderlo comprender.

Y detestamos á los franceses! Cuando interviene algun francés en nuestras comedias ó dramas indígenos, lo representamos siempre desgraciado, pillo, fanfarron, cobarde, tonto, locuaz.....

A esto, y lo decimos sin ofender á nuestros compatriotas, no se puede dar mas que una razon. Todo deudor detesta mas ó menos á su acreedor: Lóndres toma prestado de Paris.

Indé iræ.

Esta noche, el teatro real de Covent-Garden ponia en escena una representacion Alemana. Sus actores ordinarios descansaban para ceder su lugar á una compañía de artistas germónicos que debian cantar *el Freyschutz* de Carl. Weber.

Era una obra estrangera ejecutada por estrangeros. La nobleza y el gentry (1) podian ir á admirarla sin comprometerse demasiado.

(1). *La nobleza* propiamente llamada asi, se compone *en Inglaterra* unicamente de los lores y su familia. *Le gentry* (los caballeros) sigue luego y comprende desde el baronet hasta el mas simple squaire. Despues de el gentry el *público.*

Desde las cinco y media habia una multitud de personas á los alrededores del teatro. Las públic-houses de las inmediaciones, iluminadas, dejaban ver su interior lleno de parroquianos, y la policia comenzaba á manifestar sus sombreros medio cubiertos de cuero, y sus cetros de plomo.

Cuando se vé en Lóndres la policia, es porque los ladrones no están muy lejos, por lo que podia creerse que estos eran perseguidos: sin embargo, no es la policia la que persigue á los rateros.

Al norte del teatro en Harte-Street, hay una calle corta y ancha que conduce á Long-Acre. Todo el ancho de las aceras de aquella calle, en Long-Acre y en Harte-Street, numerosos grupos parados, se resguardaban lo mejor que podian de los reflejos de luz que esparcian á los alrededores los multiplicados rayos del gas.

De uno á otro grupo iban y venian mugeres jóvenes adornadas con magnificencia; las cuales, despues de dos ó tres vueltas por las aceras, iban á descansar en algun públic-house, sentándose sin cumplimiento sobre las rodillas de algun parroquiano.

En la calle, aquellas desgraciadas criaturas parecian merecer la calificacion que acabamos de darle: todas tenian el aire de *mugeres jóvenes*; pero cuando en las taber-

nas, podian observarse de cerca, se veia que muchas de ellas no habian aun salido de los límites de la infancia. Alli habia cortesanas de trece y catorce años, mezcladas con las veteranas mugercillas de la infamia.

Se encontraban entre ellas jòvenes encantadoras con semblante de ángel, facciones delicadas, y ojos pùdicos: algunas se avergonzaban de veras: pero habia pequeños demonios de catorce años que hubieran podido enseñar á las prostitutas jubiladas del continente; habia alli quien hubiese aventajado en astucias y truanerias á las mismas lorettes parisienses, sirenas que nos ha hecho conocer en nuestra patria el diestro y vivificador pincel del pintor francés Gavarní.

Al bajar Bow-Street, y volviendo Russell-Lane, á la derecha del teatro, se encuentra otra poblacion, pareciéndose á la primera como los mercaderes por menor pueden parecerse á los negociantes bien acreditados. Los grupos de Brydges-Street estaban compuestos de personas con vestidos estrambóticos de trabajo; las cortesanas que afluian en este sitio en mayor número, si es posible, que en Long-Acre, y Harte-Street, estaban vestidas con brillantes oropeles aunque sin valor. Eran tambien, la mayor parte, jóvenes, pero jóvenes estropeadas y encenagadas por la precocidad del vicio, y que evidentemente habian puesto

demasiado pronto en uso el poder de obrar mal que Dios deja á los hombres. Allí, los cafées ó jabardillos eran mas obscuros, el gas mas raro, y el alineamiento de las casas menos perfecto.

Cualquiera que tuviese un interés en ocultarse, podia hacerlo, lo que es muy preciso en las inmediaciones de un teatro para cierta clase de industria.

En fin, delante del mismo teatro, en una callejuela que conduce tortuosamente á Drury-Lane, y que sus vecinos conocen con el nombre de Before-Lane (calleja del frente) aun cuando no es este su rótulo oficial, un tercer sistema de vagabundos establecian allí su cuartel general. Estos estaban llenos de harapos, y la calle completamente obscura, tenia una maravillosa conformidad con su sucia y miserable apariencia.

Algunas pobres jòvenes cuyo vestido no se adoptaba demasiado con esta cenagosa cloaca y la miserable reunion que se guarecia allí, se escarriaban algunas veces hasta Before-Lane, atravesando con la cabeza baja las aceras de Bow-Street. Tambien allí se encontraban algunos jabardillos, pues estos no faltan en ninguna parte de los alrededores de los teatros de Lóndres; pero, qué cavernas buen Dios!

Una de estas public-houses, colocada

á igual distancia de Bow-Street y de Drury-Lane, conservaba cierta apariencia, y parecia echar de menos dias mas felices. En la parte esterior un resto de muestra pendia aun de un pescante de hierro mohoso: en el interior, el mostrador contenia una docena de vasos de los cuales lo menos seis estaban rajados, y si la habitacion donde los parroquianos se reunian no tenia ya colgaduras, poseia en cambio una porcion completa de telas de araña. Por lo que respecta á el *tap* no era sino un monton de escombros que provenian de los derrumbios de un cielo raso; nadie entraba nunca en el *tap*.

Esta taberna, la mas hermosa de la calle, se llamaba: *The Pipe and pot*.

En aquel momento, es decir cerca de media hora antes qne se abriese el teatro, no habia en ella mas que dos ó tres parroquianos con fisonomias tristes, bebiendo y fumando.

De vez en cuando, alguna de aquellas pobres muchachas de que hemos hablado, entraba, manifestando á la dudosa luz de un reverbero lleno de humo, su semblante infantil, gastado, ajado, envejecido, y volvia á salir para cumplir en las aceras inmediatas su mision de infamia.

Despues, á medida que avanzaba la hora de la representacion, otros parroquia-

nos llegaban y tomaban un vaso de cerveza en el mostrador.

—Entrad, Mich, cuñado mio, dijo desde fuera una vocecilla agria y cascada, entrad primero. Soy hombre, qué diantre! y entiendo de política.

Casi al mismo tiempo dos parejas atravesaron por delante del mostrador y entraron en la sala.

Era muy curioso ver á estas dos parejas. La primera se componia de una muchacha que apenas podia tener trece años, que daba el brazo á un fornido mancebo de cuarenta. Aquella muchacha reasumia en si todo lo que ya hemos dicho concerniente á las prostitutas de corta edad, que son la mas asquerosa vergüenza de Lòndres. Era delicada, delgada, de una palidez estremada que no disimulaba la capa de colorete con que habia procurado encubrirla. Su estatura, detenida antes de tiempo en su desarrollo por escesos de toda clase, tenia en pequeño los caractéres de un talle de muger formada. Su semblante, cansado, dejaba entrever una belleza marchitada en su flor, pero tan completamente ajada y desnaturalizada, que ya no quedaban mas que señales apenas conocidas. Sus ojos, rodeados por un párpado enardecido, tenian aquellas miradas atrevidas, que no conocieron nunca el pu-

dor; su boca se abria convulsivamente para dejar pasar los roncos sonidos de una voz cascada y jadeante.

Se llamaba Loo-la-Poitrinaire.

Su caballero, que se llamaba Mich, no tenia nada de particular en su talante, ni en su fisonomia. No era mas que un vagabundo de Lóndres, de atléticas fuerzas desenvueltas por la carne y la cerveza, con los cabellos rojos, y la cara encendida. Si su persona no tenia nada de notable no dejaba de haberlo en el pronunciado contraste que existia entre él y su compañera. Loo, por mas que se empinase, parecia siempre colgada de su brazo, al cual su pequeña mano se agarraba lo mejor que podia.

La otra pareja era el esacto reverso de esta. Se componia de una muger corpulenta, con aire duro, insolente, desapacible, y de un jòven muy pequeño.

La muger corpulenta, estaba vestida como las mandaderas de la mar, es decir, que tenia un sombrero femenino, un redingote masculino, y botas por debajo de sus enaguas. Todas las diferentes partes de aquel estraño uniforme estaban en un estado de destruccion correspondiente, y el sombrero principalmente, tenia numerosas señales de agujeros, que eran tal vez de algunas puñadas. Se llamaba Madge, habia pasado de los cuarenta, y fumaba en una pipa corta, con gran cubo.

Su caballero no era otro qne Snail, el hermano de Loo-la-Poitrinare.

Aunqne esta cuadrilla no fuese de las mas brillantes, su entrada causó una revolucion en el ama de «La Pipe et le Pot.» La tabernera, Peg Witch, vieja horrible como se crian en los lodazales de Lóndres, y no en otra parte, llamò en su ayuda á Assy y se precipitò ácia el cuarto que los recien venidos acababan de elegir.

—Buenos dias hechicera Peg, dijo Snail con tono de caballero: buenos dias Assy-la-Rousse; saludad á mi muger Madge, y á mi hermana Loo, pardiez! saludad á mi cuñado Mich..... Y traednos gin! y cerbeza! y de todo lo que hay en vuestro sucio chiribitil, maldicion!..... Yo pago todo!

—Bien, mi pequeño señor, Snail, contestò Peg saludando á todos.

=Yo no soy pequeño! esclamó Snail con cólera dando un golpe en la mesa coja con su débil puño; soy mas grande que mi hermana Loo que es la muger de Mich.... y Mich tiene cinco pies y seis pulgadas.... trae gin, desposada del verdugo!

Peg-Witch saludó de nuevo, se sonrió y se fué á buscar la bebida.

Generalmente, las reinas de las tabernas no se bajan hasta este estremo, y permanecen inmóviles trás el mostrador; pero

la etiqueta era una cosa desconocida *en la Pipe et le Pot* y Peg Witch no era una muger del rango de mistress Burnett la de las *Armes de la Couroune* para darse importancia con sus parroquianos.

=Tienes sed, Loo? preguntó Suail (1).

—Tengo sed, respondió Loo; dame tabaco Mich.

—Ya ves, Mich, añadió Snail, quiero darte una colocacion porque eres el amante de mi hermana, para quien ocupo el lugar de padre, porque el nuestro es un pobre honradote.

—No hables de padre, Snail! dijo Loo, cuya frente se cubrió de una nube; es un buen hombre..... Dame tabaco Mich.

Está bien, Loo, bien!..... padre será lo que es..... Pero por lo que respecta á Mich, tengo un destino reservado..... Mi linda Madge, aqui está el gin: un vaso á la salud de vuestro hombre!

Madge se quitó la pipa de su boca:

—Mi hombre?..... repitió con aire admirado.

=Que hermosa voz tiene esta picaruela

(1). Comenzando aquí una série de escenas populares, creemos deber advertir que el tuteo es cosa inusitada en Lóndres aun en la clase del pueblo. Si nos hemos determinado, al traducir, el emplear esta fórmula, es para conformarnos con el genio de la lengua española.

Madge! esclamò Snail acariciando la barba barbuda de la mandadera de la mar, se diria que era el barbon de *Horse-guards*... Yo soy tu hombre, graciosa mia..... Que diantre! no es esto verdad?

—Seguramente! contestó Madge que volvió á llevarse su pipa á la boca.

—Y que empleo quieres darme, pequeño Snail? preguntó Mich.

=Te rompo las costillas si me llamas pequeño Snail, ¡cuñado..... Ya está dicho... Quiero darte un empleo..... Sabes ladrar, Mich?

=Qué si sé ladrar?

—Si..... yo sé maullar..... escucha.

Snail puso de pronto su cabeza bajo la mesa, y se oyó un maullido agudo, prolongado, lleno de atroces cadencias croomáticas.

La corpulenta Madge se levantó; tan completa fué la ilusion: Mich miró bajo la mesa con la mejor fé del mundo, lo que dió lugar á Loo para que se bebiera el vaso de su amante de un solo trago.

No fué esto solo, Peg Witch, y Assyla-Rousse, se abalanzaron al mostrador, armadas con escobas, para echar al pretendido gato que daba unos gritos tan lamentables.

El triunfo de Snail era completo.

Trae gin! hechicera Peg! dijo, guarda

tus cañas de escobas para el sábado..... mi hermana Loo se ahoga de sed, y mi linda Madge tiene el gaznate seco como.... vamos! como no importa que..... trae gin!

—Dame tabaco, Mich! dijo Loo cuya cabeza se habia puesto pesada por la embriaguez.

=Ya ves si yo sé mahullar, cuñado! esclamò Snail. Sabes tú ladrar?

=Este no es un oficio, contestó el muchachon encogiéndose de hombros.

=No es un oficio! eh! cuánto ganas Mich descargando las barcas en el puerto?

—Dos shellings, pardiez! esto es sabido.

—Dos shellings.... bien'..... Y cuánto ganas en tu oficio de ratero?

—Habla bajo, pequeño pícaro.

—Yo no soy pequeño, diantre, gran bellaco..... Cuánto ganas?

—Es segun..... poca cosa.

—Dame de beber, Mich, dijo Loo.... dame tabaco.

—Poca cosa! repitió Snail que metió la mano en su bolsillo y sacando algunas guineas, pues mira lo que yo gano, cuñado mio sin contar otras cosas.

—Maullando? dijo Mich, cuyos grandes ojos manifestaron una completa estupefaccion.

—Maullando, cuñado mio, maullando como un gatazo en el mes de enero.....

Mira, mi hermosa Madge, te regalo una guinea..... toma.

—Madge tomó dos sin dar las gracias.

—Y á mí? preguntó Loo.

—A tí, te doy de beber..... no es verdad Mich?

—Quisiera saber ladrar, Snail.

—Es necesario aprender..... mira Mich, en lugar de pegarle á la pobre Loo cuando no te trae por la noche una corona, le darás un bowl de grog caliente, para su pecho que la está matando, pobre muchacha!

Habia un matiz de verdadera sensibilidad en aquellas palabras que pronunció el pequeño Snail; pero bien pronto continuó con aire fanfarron:

—Cuando ya sepas ladrar, cuñado mio, mi proteccion te conseguirá el empleo de Saunie el escocés; conocias á Saunie, que fué amante de Loo? pues ese lo quitaran de enmedio el dia menos pensado.

—Buen provecho! repitió Loo con voz ronca..... ¡qué se ha acabado el gin!

—Trae gin, hechicera Peg! mi hermana Loo tiene sed, y es necesario que humedezca su débil pecho..... Has oido, Mich?

—Ya lo he oido..... reemplazaré á Saunie.

Volvieron á traer gin, y los cuatro fu-

maron, bebieron, y volvieron á fumar durante un cuarto de hora. En seguida se oyó un ruido grande en la calle.

—Ya van á abrir, dijo Snail levantándose..... vienes, Mich?

=Vamos, Loo! esclamó Mich, ponte en pié perezosa; ponte en pié y trabajemos.

Loo abrió sus ojos muertos, despues los volviò á cerrar, y puso su cabeza sobre la mesa.

—Siento un fuego aqui interior.... murmurò señalando á su pecho estrecho y jadeante.

—Pobre Loo! dijo Snail con enternecimiento. Te pago por ella esta noche dos shellings, Mich..... Déjala aqui!..... Hechicera Peg, dad gin á la hermosa Madge y á Loo siempre que lo pidan..... Y que el diablo os confunda, bruja Peg!

Snail salió precipitadamente con Mich, y atravesó á carrera Before-Lane. Los dos *cuñados* se encontraron muy pronto ante la fachada de Covent-Garden, cuyas puertas se abrian en aquel momento.

CAPITULO DECIMO QUINTO.

Inventarios de faltriqueras.

CUANDO Snail y Mich, *su cuñado*, llegaron delante del teatro, la escena habia cambiado completamente de aspecto. Todos los que estaban en las tabernas, todos los diversos grupos esparcidos no hacia mucho en Long-Acre, Harte-Street, Russell, y Before-Lane se habian reunido á la vez delante de la fachada. Habia un tropel

ficticio, muchedumbre que apenas compondria en su mitad verdaderos espectadores.

La otra mitad la completaban rateros y agentes de policia, los primeros *trabajando*, y los otros mirando con aquella calma imperturbable que distingue tambien á la policia de Lóndres.

Era una confusion, un desórden estraño y tal, que no se creeria pudiese ecsistir en una ciudad civilizada. Los rateros *trabajaban* con admirable maestria, pero sobretodo con un aplomo milagroso. Los pañuelos cambiaban de bolsillo como por encanto: las bolsas caian de las cortadas faltriqueras, á las manos tendidas á propósito; los relojes se iban con las cadenas de seguridad, los dijes, y hasta las llaves.

En el momento en que se acaban de abrir las puertas, es cuando entra la multitud, el *público*, que en algunas partes se llama gente de la nada. No se veia en el peristilo mas que honrados tenderos con sus mitades, y mas de cuatro de estas personas se acordarian por mucho tiempo de la representacion alemana, pues sus cajas de tabaco, pasaron á las faltriqueras de atrevidos rateros. Snail, por su parte, recogió dos, y le sirvieron para mantener la amistad que reinaba entre él y la hermosa Madge.

Pero, seguramente, tambien habia allí otras muchas personas conocidas nuestras.

Mirad! en lo mas apretado de la multitud se introdujo un hombre: parecia como una serpiente escurriéndose por medio de un seto. Sus manos maniobraban con una rapidez prodigiosa. ¿Donde desaparecian, Dios eterno! todos los objetos que se apropiaba? Nada desperdiciaba; pañuelos de seda, de coco, reloges, pedazos de vestidos que cortaba sin que su dueño sintiese lo mas mínimo, todo era bueno para él. Encontraba sitio en todas partes; sus manos se llenaban á cada momento, y siempre estaban vacias.

Sigámoslo! tras él vá un empleado de policia muy enfadado que lo pilla *in fragante delito*. Nuestro hombre se vuelve y le dirige una sonrisa muy amable:

—Mucho me alegro encontraros, señor Hand-cuffs, le dijo con cortesia, creo que mistress Hand-cuffs estará tan buena como yo deseo..... Hacia mas de ocho dias que os buscaba para daros una memoria.

El empleado de policia se rió á su vez, alargò la mano, y recibió un soberano que lo hizo desaparecer con una destreza tal, que olia á cien leguas á su antiguo oficio de ratero.

=Buenas noches! continuò nuestro hombre; presentad mis sinceros respetos á mistress.....

Prosiguió con tranquilidad su interrumpida ocupacion, y continuaba robando... De nuevo decimos, quien es ese hombre, y en que golfo sumerge el producto de sus rapiñas?

Ah! quién puede ser, lector, sino nuestro amigo Bob-Lanterne, que tiene cinco bolsillos en su paletot, cuatro en sus pantalones, tres en su chaleco, y no sabemos cuantos en su camisa: quien sino el honrado Bob, ganando como puede su pobre vida, y trabajando para Temperance, la querida de su corazon! que muchos lores quisieran tener, y que mide cinco pies y seis pulgadas lo menos.

La vida es sumamente cara, y Bob no tiene representaciones alemanas todos los dias.

Por todas partes se ven tambien algunos de los subordinados del capitan Paddy, pero la mayor parte vestidos de dia de fiesta, y acompañados de sus queridas, que beben en las tabernas inmediatas el producto de su trabajo.

Pero por ninguna parte descubrireis las anchas espaldas y la elevada estatura de Temperance, modelo completo de fidelidad conyugal, comparable con Pénélope, con Creüse, superior á Lucrecia; no se mezcla de ningun modo con la multitud, y bebe solitariamente una cantidad increible de

gin, en la abrasadora atmósfera de su sótano de Saint-Giles. La virtuosa esposa bebe, y este es su solo é inocente pasatiempo. No obtendriais sus favores ni por un trono.....

Pero con un tarro *d' old-tom* introduciriais la turbacion en el hogar de Bob-Lantern.

Pasemos de los rateros al *público*.

En lo mas apretado de la multitud, mirad una cabeza flaca y larga que descuella sobre las demas lo menos cuatro pulgadas cumplidas; aparece llena de gravedad, sostenida por un corbatin de crin, que encaja entre dos hombros que los cubre un frac azul.

Esa cabeza pertenece á nuestro digno amigo el capitan Paddy O'Chrane.

El capitan está esta noche de huelga. Acaba de beber un bowl de *cold-without*, (ponche caliente) preparado comme il faut, por manos de la muchacha que reemplazó á Suzannah en las «*Armes de la couronne*» Lleva su mejor frac azul con botones negros, y sus pantalones color de gamuza ; está de conquista.

Está de conquista con la misma mistress Drothy Burnett. No la podemos ver porque su rogiza y gruesa cara está un pié mas bajo que la superficie de la multitud, pero está alli ; lo aseguramos bajo nuestra palabra, del brazo del buen capi-

tan, que le cuesta mucho trabajo contener las muestras de su legítima indignacion.

Sin embargo entraban, pero entraban muy despacio, y los ladrones tenian tiempo de hacer su recoleccion á su placer.

—Paciencia, mi querida mistress Burnett, paciencia, Dorothy! decia el buen capitan; dentro de un cuarto de hora podremos pavonearnos en dos hermosas galerias que he alquilado, Dios me condene, por dos shellings cada una.

—Oh! Paddy! oh! M. O'-Chrane! murmurò mistress Burnett; me ahogo..... Daria seis peniques por respirar aire libre!

El capitan cuya cabeza recibia de lleno el viento de la noche, que no llegaba hasta su desgraciada compañera enterrada entre la muchedumbre, respiró ampliamente y con satisfaccion.

=De donde diantre habeis aprendido que el aire falta aqui, Dorothy? preguntó; el viento no os sopla en los oidos?.... Ah! miserable pillo! ya te cogí.

Estas últimas palabras se dirigian á un personage á quien el capitan acababa de coger la mano en su faltriquera. Le tenia bien agarrado, pero no podia volverse á causa de la presion de la multitud.

—Caballeros, dijo á los que estaban detras de él, portaos como verdaderos ingleses, por Dios!..... detenedme á ese in-

fame pícaro que no sabe su oficio, el diablo me lleve!

Nadie respondió á aquel llamamiento como era justo. En Lóndres, la mácsima, *cada uno para si* se lleva con un rigor inflecsible.

—Dorothy! esclamò el capitan cuya muñeca comenzaba á debilitarse; soltad vuestro brazo, ó que Dios os confunda! y procurad ayudarme á sugetar á este bandido.

Mistress Burnett procuró volverse, y solo consiguió soplar mucho como una máquina de vapor.

El ratero, durante este tiempo, cansando por una presion continua la fuerza de la muñeca de Paddy, concluyó por hacerle soltar la presa, y huyò.

El capitan registró al momento su bolsillo.

—El pícaro ni aun siquiera lo ha desmentido, murmurò; no conozco otro como ese pillo de Bob para tener semejante sangre fria... yo que tenia precisamente necesidad de hablarle..... amor mio, me han robado mi pañuelo.

—Señor O'-Chrane, contestò la tabernera, me ahogo.

—Que el dia..... es decir, amor mio, os compadezco sinceramente..... Ese pañuelo me habia costado media corona en Field-Lane, sabeis amor mio?

—Muy bien! señor O'-Chrane, digo que

Dios os ha castigado!..... todos los pañuelos que se venden en Field-Lane, son robados.. Me ahogo, caballero!..... Y si compraseis vuestros pañuelos en establecimientos honrados, como por ejemplo en casa de mi prima mistress Crubb, ó bien en.....

—O bien en casa del diablo, señora!

—Me ahogo, caballero!

El capitan Paddy O'Chrane y su compañera subian en este momento el último escalon del perístilo. El suplicio de la roja tabernera llegaba á su término: muy pronto iba á poder respirar con libertad el aire desabrido y caliente que, en un teatro muy lleno, sube del patio y va á sofocar los pisos altos. Aquella perspectiva la aliviaba con anticipacion, lo mismo que el ver la orílla da valor, segun dicen, al pobre náufrago.

Asi que llegaron al fin del peristilo, el capitan Paddy se estiró cuanto pudo que no es decir poco, y echó una mirada circular á toda la muchedumbre que estaba á sus pies. Sin duda no vió lo que buscaba, pues gruñó sordamente, se levantó su corbatin de crin, y se puso de puntillas. En aquella nueva posicion, se parecia muche á un resalvo, despojo olvidado de un seto cortado, que eleva su tronco delgado y recto en medio de un vallado bajo. Su mirada vagó mucho tiempo sobre la multitud sin mas écsito que la primera vez.

—Es una cosa admirable, á fé mia! murmuró dejándose caer con pesadez sobre sus talones, admirable ó el diablo me lleve!..... No se vé ni aun siquiera uno de esos perversos pícaros entre la muchedumbre..... Y á quien diablo quieren que me dirija sino es á esos queridos muchachos?

—Siento ya un poco de aire, señor O'Chrane.

—Muy bien, Dorothy, muy bien!..... Yo vuelvo á sentir una mano en mi faltriquera; pero, por todos los diablos esta no se me ha de escapar.

Efectivamente el capitan habia agarrado la mano de un segundo ratero, y la apretaba con tal fuerza que parecia la iba quebrar.

Un maullido en que se encerraba el dolor y la ironia sonó trás él, y casi al mismo tiempo dos dientes agudos y cortantes, como los de un sollo, se introdujeron en la carne de sus dedos.

—Snail, abominable gato! esclamó Paddy haciendo convulsivos esfuerzos para volverse, por el infierno, te torceré el cuello sino sueltas mi mano.

—Vaya! capitan, vaya! por el infierno! contestó Snail despues de haber dado otra dentellada; no teneis vergüenza de venir á un espectáculo sin pañuelo!..... Bajad la cabeza que tengo que deciros una cosa.

—Que me maten si esta maldita víbora no me ha mordido hasta hacerme saltar la sangre! murmuró Paddy que sin embargo se agachó: ¿qué tienes que decirme Snail?

=Tengo que deciros, capitan..... Escuchad? esa no es mistress Burnett de las Armes de la Couronne?... No os impacienteis, señor O'Chrane..... Tengo que deciros..... Dios eterno! que colorada está mistres Burnett, capitan!

—Me ahogo! dijo maquinalmente la pobre tabernera, á quien una oleada de gente volvió á poner casi en su estado de asfixia.

=Se ahoga, capitan, respondiò Snail; á las personas que se ahogan es menester que se les dé unos porrazos en las espaldas..... Esto es sabido.

Y Snail golpeó á su sabor á la gorda tabernera en sus espaldas.

—Oh! señor O'Chrane! oh!..... murmuró sofocada á la vez por la falta de aire y por la cólera.

La muchedumbre que estaba allí inmediata se reia.

—Vaya! dijo Snail, la respetable señora se encuentra ya aliviada, y cuando menos tiene que darme un vaso de gin gratis..... Por lo que respecta á vos capitan, añadió muy bajo, tengo que deciros que habrá *broma* esta noche: tenedlopor seguro.

—Y como sabes tu eso, maese *scamp*? (*tahur.*)

—Yo lo sé..... ... eh[1], yo se muchas cosas, capitan, ¡vaya!..... Y por lo que respecta al *lark* (1) de esta noche, tenedlo por cierto!..... Todos los amigos son apropósito para hacer el amor y beber en *los flash-houses* de Drury-Lane, y de Bow-Street. Turnbull muge como un buey en el *spirit-shop* (2) al lado de station-house.... Bebe como un agujero á la salud de sus amigos..... Ha habido convocacion en grande, capitan, y yo apostaria á Madge contra mistress Burnett, que vamos á bailar esta noche el verdadero baile de los *larkers*.

Paddy y la señora de sus pensamientos llegaban ya casi á la puerta del teatro.

=Muy bueno, montoncito de lodo, muy bueno, querido y encantador niño, dijo el capitan entre dientes. Bien podrás tener razon, y diantre si mistress Burnett

(1) *Fun et lark* en el lenguage popular tiene el mismo significado; pero *lark*, que quiere decir con propiedad *alondra*, ó calandria es mucho mas usado y empleado por los caballeros del tono. El famoso marqués de Waterford es entre otras cosas, un *larker*. Por lo que respecta al *fun*, es una farsa, una camorra, una *boda*, como dirian algunas veces nuestros arrabalistas.

(2) *Flash-house*, taberna donde hay muchachas de mala vida; *spirit-shop*, despacho de rom, aguardiente, y de whiskey.

no estaria mejor en su mostrador que aquí..... En fin, no importa, si hay baile, nosotros danzaremos.

—Hasta luego capitan, añadió Snail; yo no os quiero mal porque hayais olvidado el pañuelo..... haced presente mis respetos á mistress Burnett.

—Y á dónde vás así? preguntó Paddy.

—A *the Pipe and Pot*, capitan, si me necesitais, venid. Encontrareis allí á Madge, mi muger, á mi hermana Loo, á Mich, y á otros.

=Muy bien, Snail; que el diablo te lleve, hijo mio..... Vamos, Dorothy, amor mio, entremos si os parece.

Dorothy no deseaba otra cosa. Soltó por un instante el brazo del capitan, y pasó el umbral. Paddy se preparaba á seguirla, pero estaba visto que aquella noche seria para él abundante en accidentes estraños.

En el momento en que iba á entrar por la puerta, dos manos descansaron pesadamente sobre sus hombros, y una voz desconocida murmuró estas palabras á su oido.

=Os prohibo que os volvais para verme, *gentleman of the night!*

Paddy se detuvo sin moverse. El *rush* (multitud, *gentio*) continuó entrando, y le separó de mistress Burnett, á quien perdió de vista.

=Conoceis á lady B....., la querida del duque de York? preguntò la voz.

—Si, milord.

—Si viene, al primer acto, al palco de su Gracia, bajareis á la sala de descanso, al momento que echen el telon. En aquella sala se os acercará un hombre, y os dará el santo. Entonces hareis lo que os diga.

=Si, milord.

—Sino viene al primer acto, esperareis al segundo; si tampoco viniese al segundo, esperareis aun....

—Si, milord. Y cual será, decidme, mi mision?

Las manos cesaron de apoyarse en los altos hombros de Paddy.

—Ninguna respuesta, murmuró. Diablo sino daria uno ó dos shellings por ver la cara de ese misterioso pícaro, que respeto, como es mi deber.....¡Siempre secretos! No soy curioso; pero sino supiese que los milores de la noche son mas poderosos de lo que se necesita para hacerme ahorcar, yo encontraria perfectamente el medio de ver muy claro todo esto.

=Paddy,! señor O'Chrane! gritó una vóz lamentable bajo el perístilo interior del teatro.

=Perfectamente, Dorothy, amor mio, gorda canilla de gin! contestó el capitan:

Dios me condene! es preciso atender tambien á sus negocios.

Y el buen Paddy entró, sin atreverse á volver la cabeza para ver á el propietario de aquella misteriosa voz, que acababa de hablarle al oido.

CAPITULO DECIMO SESTO.

El turno de los Carruajes.

La muchedumbre habia entrado. Una lluvia fina y helada comenzaba á caer, y no habia delante del teatro mas que algunos empleados de policia. Los rateros habian vuelto á las tabernas, donde ahora vendian los objetos de su robo, bien entre ellos, ó con los encubridores que la oca-

sion atraia naturalmente á aquella tenebrosa feria.

Bob Lantern vendió el pañuelo del capitan en dos shellings, y Snail sacó tres coronas del broche de mistress Burnett, que se habia apropiado con destreza durante su conversacion con Paddy.

En todos los teatros ingleses hay tres entradas distintas. La primera del *public* en el momento en que se abren las puertas: la segunda se hace media hora despues de aquella: *le gentle-people* llega en coche; y hay *rush* de carruages, asi como habia ahora *rush* de los de á pié.

Aqui, se vé escitada violentamente, la codicia de los cortadores de bolsas, pues valdria mas registrar uno solo de aquellos nobles bolsillos, que veinte faltriqueras comunes, pero las dificultades son grandes y la mayor parte de los ladrones no se toman el trabajo de dejar les public-houses al escuchar el estruendo de los carruages.

Al principio no hay confusion; ni se aprietan; ni se empujan. Tambien los grooms con látigos largos y flecsibles, descargan palos sobre cualquier industrial sospechoso con una facilidad milagrosa: y los empleados de policia, tan apáticos, tan indolentes cuando se trataba del *público*, se despiertan algun tanto para proteger á milores y miladies. Sin embargo, no conven-

dria ecsagerar este último obstáculo, pues durmiendo ó despierto, los empleados de policia son casi siempre inútiles.

Como quiera que sea, algunos ladrones, jóvenes la mayor parte, atrevidos, mañosos hasta un grado supremo, y á quien la esperiencia, ayudada de dos ó tres lustros pasados en Newgate, no ha enseñado á desdeñar la mácsima caballeresca: á vencer sin peligro ò á triunfar sin gloria: algunos rateros que no han llegado á la edad de la pubertad, decimos, se arrojan entre los carruages, se acercan á los caballeros con cualquier pretesto, advierten á las señoras que pierden alguna cosa, etc..... etc.... y consiguen algunas veces hacerse de algun dije, de un pañuelo bordado, un relox, y todo sazonado con un número decente de bastonazos.

Es preciso decir que Snail ocupaba un lugar distinguido entre los jòvenes aventureros de que acabamos de hablar.

La tercera entrada en fin, la entrada *por la mitad de su valor*, es un privilegio concedido á las últimas clases del pueblo. Se verifica entre nueve y diez, y tendremos que ocuparnos de ella mas adelante.

Uno de los primeros carruages que se detuvo ante el peristilo de Convent-Garden fué el de lady Campbell. Miss Mary Trevor y su tia bajaron sin estorbo, y subieron los escalones del peristilo.

—Adelante, cochero! da vuelta.....

—Da vuelta tú, belitre, esclamó desde lo interior de otro carruage una voz aflautada y tartajosa: mi bella, hablo formalmente, ese pillo es capaz de dejar pasar delante de nosotros á ese ignoble *cab*. (1).

El estribo cayó, la portezuela se abrió, y M. el vizconde de Lantures-Luces bajó con precaucion, y alargó la mano.

—Vizconde, busco mi frasquito, dijo desde el carruage una voz breve y caballerosamente acentuada.

—Es cierto, encantadora mia, es cierto!.....

El vizconde dió un brinco, entrò en su carruage y halló el frasquito. Asi que hizo esto se volvió á bajar y alargó de nuevo la mano.

=Estoy segura, vizconde, dijo la voz caballerosa, que habeis estraviado mi abanico!

El vizconde volviò á saltar, subiò nuevamente el estribo, y tuvo una gran felicidad en encontrar el abanico perdido.

—Vamos, *diva mia*, os suplico me deis la mano!

=Es una cosa muy terrible, vizconde! esclamó la voz caballerosa con petulancia, ahora ha desaparecido mi pañuelo.

(1) Abreviado usado para designar á los cabriolets de alquiler.

Lantures-Luces con una paciencia admirable, subió por tercera vez al carruage, y entregó el pañuelo á una señora sentada en el asiento del testero. No hay mal que por bien no venga. Sino hubiese hecho aquel movimiento sus alhajas hubieran pasado á la faltriquera del pequeño Snail que tenia ya la mano sobre ellas.

—Encantadora mia, dijo el vizconde volviendo á bajar, me hareis el gusto de darme vuestra linda mano?

—Adelante *god by*, esclamó el cochero del *cab*, que esperaba, para echar á tierra á *su viaje*, á que hubiesen concluido aquellos cumplimientos.

El viaje parecia que no estaba menos impaciente que su cochero, pues le quitó el látigo de las manos, y cruzó á los dos caballos con un latigazo tan fuerte, que manifestó era el brazo de un verdadero sporman.

Los caballos echaron á andar, y el *automedon* del vizconde no pudo impedir que diesen dos ó tres pasos y que dejasen el camino franco. La dama empezó á dar unos gritos penetrantes.

=Que teneis encantadora mia, que teneis cara mia! esclamó Lantures-Luces.

=Sois caballero, un bestia; hablo con formalidad. Ahi teneis mi targeta, caballero: y la arrojó en el cabriolé.

=No os asusteis hermosa mia..... y hacedme el gusto de darme vuestra linda mano.

Por fin la dama accedió á la súplica del francesito, puso su mano cubierta con el guante en la suya, y empujando el estribo de tal modo hizo bambolear con violencia el carruage, y se encontró de un solo brinco á tres pasos de Lantures-Luces, cayendo en uno de los últimos escalones.

Un grupo de dandies que se habian reunido bajo el peristilo, comenzó á dar palmadas, diciendo:

=Bravo, bravo la Briotta!

—Encantadora! murmuró Lantures-Luces aturdido; á fé mia es encantadora!..... Hablo con formalidad.

Snail, cambiando de táctica, se apoderò con suavidad de un cordon de seda del que pendia el lente del vizconde. El lente habia salido la mitad del bolsillo.

Durante esto el gentleman del *cab* se habia apeado, y hablaba con despacio con el cochero.

La Briotta, jòven loca y ligera, dió un nuevo brinco y fué á caer en medio de un grupo de elegantes.

—Diantre! dijo Lantures-Luces, á quien Snail acababa de robar el antojo, y que no lo habia notado, ocupado esclusivamente como lo estaba de su veleidosa *diva*.

En aquel mismo momento, Snail, en posesion de su botin, quiso evadirse naturalmente, pero un empleado de policia, con el baston levantado, le interceptó el paso. Del otro lado, el gentleman del *cab*, se adelantaba con magestad hácia Lantures-Luces, sin duda para pedirle una satisfaccion de su apòstrofe.

He aqui lo que sucedió.

El empleado de policia impacientado por las morisquetas de Snail que procuraba abrirse paso, inclinándose á la derecha y luego á la izquierda, dejò caer por fin su pesado baston con el puño de plomo. Snail lo evitó maullando, y el baston vino á caer de lleno sobre la espalda del gentleman.

—Goddam! dijo estupidamente el agente de policia.

El gentleman retrocedió un paso, se abotonó con un movimiento rápido su elegante frac, y levantò sus dos puños á la altura de sus ojos. El agente de policia, tuvo muy buenas ganas de sostener el choque, pero la linterna de un carruage iluminó por casualidad el semblante de su adversario, y saliò huyendo como si llevase al diablo á sus alcances.

=Ah! esclamó Lantures-Luces, si es mi querido Brian de Lancester..... Ah! ah! vive Dios! señores, habeis visto nunca una

cosa mas graciosa? como aquel agente de policia corria dándose con los talones en las espaldas!..... Querido mio, quisiera saber reñir á puñadas tan bien como vos, para castigar á un villano que ha dado de latigazos ahora mismo á mis caballos, á riesgo de estropear á nuestro querido ídolo, Briotta la Diva!

—Yo he sido, dijo Brian colocando con cuidado las solapas de su frac.

—Entonces no hablemos de eso, querido mio, se apresurò á decir Lantures-Luces; que diantre! sois uno de mis amigos para permitiros.

El vizconde comenzó á hacer piruetas.

—Buenas noches Brian! esclamó la Italiana saliendo del grupo de dandies para ir donde estaba M. Lancester: no hay ninguna persona mas divertida que vos en Lóndres, amigo mio..... venis para verme bailar?

—Sin lisonja! murmuró Lantures-Luces; no!..... sin lisonja, á fé mia.

Brian y la bailarina se dieron las manos muy apretadas.

—Vengo por mi, respondió en seguida Brian.

—Nada de política! pensó el vizconde; no!..... nada de política, á fé mia!

El grupo de dandies hizo un magnífico recibimiento á Brian de Lancester. La bai-

larina *plantó allí* al vizconde que la habia traido, y se agarró de grado ó por fuerza del brazo del recienvenido, que iba en el *cab* pero que parecia ocupar en la escala de la elegancia una magnífica y muy envidiable posicion.

Era un hombre de cerca de treinta y cinco años, delgado, pero bien formado, de una estatura mas que mediana, suelto de cintura y ancho de hombros aunque un poco elevados y echados adelante. Sus facciones modeladas admirablemente y cuyos contornos parecian cincelados, tenian aquel aspecto glacial y compasado de los semblantes ingleses de raza pura; pero en la mirada grave de su ojo verdemar veteado de blanco, habia una audacia sin límites, que casi llegaba al descaro; y cierta cosa de fria burla, en oposicion directa con la espresion ordinaria de una mirada británica. Su frente alta, ancha, pura, y dibujada con nobleza, revelaba poderosamente el efecto de aquella fisonomia que dulcificaba una linda cabellera rubia, suave, rizada, y donde seguramente no habia tocado nunca el malhadado hierro del peluquero.

Faltaba mucho para que Brian de Lancester fuese un hombre hermoso, pero ciertas mugeres lo proclamaban como una persona encantadora, que vale mucho mas, y otras mas discretas por hallarse en una

posicion mas elevada, pensaban muy bajito lo mismo que las otras decian en alta voz. Al menos era para todo el mundo un hombre enérgico y atrevido, y esto se veia claramente en su semblante. Tambien era á pesar de su cubierta de hielo, un hombre fogoso á su modo, fogoso hasta la pasion; pero esto por intervalos y por caprichos.

Era lo que se llama un hombre original: un *eccentric-man*.

Dios sabe que necesitariamos grandes páginas, especiales, estudiadas, concienzudas, elocuentes, para esplicar aunque no fuese sino sucintamente la multitud de ideas que se ocultan bajo esta palabra sin pretension á la enfonia, y nada agradable por si sola: eccentric man. El carácter del muy Honorable Brian de Lancester para aquellos de nuestros lectores que se dignen seguirlo, esplicará mejor esta palabra que cualquiera otra especie de disertacion.

Lantures-Luces, Brian, y los dandies entraron juntos. La bailarina fué á ocupar el sitio reservado á los artistas.

Sucedió esto en el momento en que el carruage de lady Ophelia se paró delante del perístilo. El hombre que habia hablado por la espalda al capitan Paddy, y que parecia espiaba la llegada de alguno, oculto trás el saliente ángulo de una casa, escribió de priesa unas palabras con lapiz en

una hoja de su cartera, la entregó á uno de los aventureros que vagaban por aquel sitio con un shelling, y le señaló á Rio-Santo que bajaba del carruage. Como ya lo hemos dicho, el mensage llegó á su destino.

Mme. la princesa de Longueville, y su tia, Mme. la duquesa viuda de Gevres habian llegado hacia unos momentos.

El primer acto estaba para concluir, y el teatro de Convent-Garden presentaba aquella noche un aspecto brillantísimo. Todos los palcos, regularmente vacios ó mal ocupados, resplandecian con magníficos adornos, y habia mucha gente de tono (*gentle folk*) hasta en las galerias.

Creemos absolutamente indispensable dar algunos detalles concernientes á la posicion que ocupaban nuestros personages en el teatro.

En el primer palco, junto al foro, á la izquierda (correspondiente á los palcos de torna-voz en nuestros teatros) no habia nadie. Este palco estaba esperando á S. A. R. milord duque de York, de quien era propio: el palco inmediato estaba ocupado por lady Campbell y su sobrina; el que seguia, por Mme. la princesa de Longueville y su tia. Al otro lado del teatro, se veia, en el primer palco, á lady Ophelia y Rio-Santo; en el segundo, una gran pantalla

ocultaba los personages que habia dentro: y el tercero estaba ocupado por unas damas.

En los palcos que hacian frente, conocimos muy pocas caras. Pero podemos decir al momento á nuestro lector que aquel caballero pálido, sombrio, cansado, fatigado, desapacible, que parecia miraba con mucha atencion el techo raso de su palco, sin hacer alto en ninguna otra cosa, es milord conde Whiter-Manor, hermano mayor de Brian de Lancester, y amo del honrado M. Paterson, el administrador que hemos visto en relaciones con Bob Lantern.

En los palcos de platea á la izquierda, bajo el palco del duque de York, habia uno mucho mayor formado de dos palcos corridos. En aquel palco estaba M. el vizconde de Lantures-Luces, en medio de los dandies que hemos encontrado en el perístilo.

En fin, en las galerias superiores, el buen capitan Paddy O'Chrane derecho y tieso, elevaba su cabeza dos pies y medio sobre los cabellos llenos de pomada de la rogiza mistress Burnett, cuyo vestido desabrochado, gracias á Snail que le habia robado el broche, permitia á sus formas manifestarse en toda su horrorosa ecsuberancia.

Paddy, contestando como conviene á

un Irlandés galante y bien nacido, á las preguntas de mistress Burnett, respecto al espectáculo y á los actores, no perdia ni un instante de vista el palco del duque de York. Aquel palco permanecia vacio, y el buen capitan creyó por un momento que podria pasar el siguiente entreacto en las dulzuras de una conversacion íntima con la amada tabernera.

Pero en el momento en que caia el telon, la puerta del palco se abrió con estrepito, y lady B..... entró cubierta de diamantes, bajo los cruzados fuegos de cien elegantes anteojos asestados hácia la persosona de su señoria.

Paddy dió un profundo suspiro.

—Amor mio, dijo, mi querida mistress Burnett, que diantre! no comeriais con gusto una naranja?

=La teneis, M. O'Chrane?

—Voy á buscarla, señora, ó que me condene.

Y el capitan saliò precipitadamente de su sitio, dejando á su compañera estupefacta por una priesa tan inusitada.

—Este M. O'Chrane es un hombre de muy buena pasta, dijo ella, pero mejor hubiera querido un vaso de rom.

Paddy, en lugar de ir á buscar las naranjas, bajó derechito á la sala de descanso. Apenas entró, cuando un hombre

que no conocia, le interceptó el paso, y lo midió de pies á cabeza.

—Capitan Paddy?..... murmuró aquel desconocido asi que concluyó su ecsámen.

En seguida le tocó ligeramente el pecho con su dedo estendido, diciendo.

—*Gentleman of the night.*

Paddy se inclinó respetuosamente.

El desconocido le llevó aparte al hueco de una ventana, y alli hablaron cerca de diez minutos.

—Hay *hombres de la familia* en todas las tabernas de las inmediaciones, dijo el capitan al cabo de este tiempo; os encontraré eso.

—Un hombre mañoso!.....,

=Una anguila!..... Perded todo cuidado, milord.

El desconocido se puso un dedo sobre la boca, y se retiró.

Paddy dió un segundo suspiro.

=Diantre, cuanto mejor estaria mistress Burnett en su mostrador que aqui, murmuró; pero á quien elegiré? al cenagoso y miserable de Bob, mi pobre amigo, ó al querido niño, el pequeño Snail?..... inmunda criatura!..... A quien elegiré?

CAPITULO DECIMO SEPTIMO.

Un entreacto.

AL caer el telon, un movimiento general se verificó en el teatro, al mismo tiempo que un murmullo salió de todas partes. Los del patio comenzaron á hablar; los de las galerias principiaron una multiplicada y atronadora conversacion, y en los palcos se hacìan visita. Quizá no habia en todo el teatro mas que la pobre

mistrres Burnett que no pudiese comunicar á nadie las impresiones que habia producido en ella la música alemana, y el talento de los actores. Pero estaba llena de esperanzas, y creia que el galante capitan Paddy O'Chrane volveria pronto con las naranjas.

El palco mas estrepitoso era, sin ninguna clase de contradiccion, el grande que ocupaban Lantures-Luces, y los dandies. De aquel palco salian á cada momento esclamaciones que se esforzaban en ser originales, epígramas chistosos y estravagantes ofertas de apuesta. Lantures-Luces se mezclaba poco en la conversacion; le faltaban dos cosas: la signora Briotta, de cuya conquista procuraba hacer alarde, y sin embargo se le escapaba á la mejor ocasion, y su doble lente, su querido lente cuya perdida sentia con el mayor dolor.

Rio-Santo que habia ido al palco de lady Campbell, donde tenia su asiento, volvió, haciendo visitas, al de la condesa. Se apoyó en el respaldo de su sillon, y dirigió su anteojo por el teatro con indiferencia.

—No me engaño! dijo de pronto con aire de alegria y de admiracion: mirad señora á la princesa de Longueville!

—Donde? preguntò la condesa.

—Alli abajo, señora, al lado de miss... al lado de lady Campbell..... Me permitireis que vaya á ofrecerla mis respetos.

La he conocido mucho tiempo en Paris.

—Qué hermosa es! dijo involuntariamente Ophelia.

—Pasaba por ser la muger mas hermosa del barrio de Saint-German, que es el sitio donde se encuentran las mugeres mas hermosas, respondió Rio-Santo saludando para retirarse.

La condesa lo siguió un instante con la vista, y dirigió sus miradas á Suzannah.

Esta estaba verdaderamente encantadora. Tenia un vestido de terciopelo azul obscuro, cuyo matiz no se manifestaba sino por los reflejos de azul que corrian á lo largo de las arrugas de cada pliegue y en la superficie de los perfiles. Aquel color mate y sombrio, hacia resaltar la bella encarnacion de sus espaldas, presentando en relieve los esquisitos contornos de su garganta medio desnuda, sobre la que un magnífico broche de brillantes hacia resplandecer por intervalos blancas y rápidas luces. Sus hermosos cabellos negros, peinados por la mano de una peluquera hábil, bajaban en masas simétricas, y como abrumados bajo el peso de su estremada abundancia. En varios sitios, bajo un bucle agitado, ó entre las trenzas que se encaracolaban con cuatro vueltas sobre su dorado peine, se veia centellar el brillo de un diamante, lo mismo que se vé en las noches obscuras del otoño brillar

bajo un monton de yerbas el torax fosfórico de un gusano de luz.

Ademas, aquel aspecto de inanicion que antes presentaba, efecto de la desesperacion ó apatia, habia desaparecido sin dejar señal alguna. La bella estatua vivia ahora, y vivia con mas vigor y animacion que otra persona cualquiera. Al rededor de su frente de reina habia como una aureola de íntimos y vagos goces. Su mirada abrasaba bajo el arco de sus grandes cejas de seda. Su aspecto no tenia ya solamente aquella gracia inmóvil que puede buscar y encontrar un escultor; era una verdadera resurreccion: Galatea habia sentido señales de vida, las habia sentido antes del beso de Pygmalion.

Pues aquella divina sonrisa, no habia necesitado mas que la esperanza, para producirla; aquel fuego del alma cuyos resplandores salian á la vista, no habia necetitado mas que la esperanza para encenderlo.

Suzannah esperaba. Cuan dulce y embriagador le parecia el lujo! Y que suaves encantos habia recogido de aquella armonia alemana que se introduce, atronadora, vucia, incomprensible, sobre el duro epidermis de nuestros timpanos británicos.

Aun no habia distinguido á Brian, que presenciaba, distraido y frio, precisamente debajo de ella, las pobres pantomimas de

Lantures-Luces, y las locas apuestas de sus compañeros: pero sabia que iba á verlo y á hablarle.

Y cómo?..... Suzannah no se preguntaba esto. Podia en ciertas ocasiones, rivalizar en perspicacia con un diplomatico; pero tambien podia creer en otras muchas con la ceguedad de un niño. Esto era tal vez el resultado de su natural, y mucho mas el de la estraña escuela en que la casualidad habia colocado su infancia.

Tambien sabremos la historia de Suzannah.

La condesa no podia apartar de ella la vista.

=Cuan hermosa es, Dios mio! cuan hermosa es! murmurò.

La pobre Ophelia se adheria á su ùnico pensamiento. Cada muger era para ella una rival. La hermosura de aquella recien venida introdujo en su corazon un doloroso terror, al mismo tiempo que una especie de celos retroactivos.

—La ha conocido, decia: y que ansia por volverla á ver.

El palco de la señora princesa de Longueville se abrió, y entró Rio-Santo.

Suzannah fijó en él una mirada indiferente; no era él al que esperaba. Rio-Santo respondió á aquella mirada con otra, pero fria, penetrante, escrutadora. La hermo-

sa jóven, acostumbrada á no admirarse de nada, no pudo sostener aquella mirada poderosa y estraña que sondaba, escudriñaba, y trastornaba su alma. Un peso enorme se fijó sobre sus ojos, y su párpado se inclinó bajo el esfuerzo de una terrible turbacion. Esperimentó cierta cosa como de temor y respeto ante aquel hombre á quien no habia visto nunca, y cuyo nombre le era enteramente desconocido.

En el momento en que ella bajó los ojos, una nube pasò por la altiva frente de Rio-Santo; parecia buscaba entre sus abundantes recuerdos, tal vez alguna lejana semejanza, quizá.....

Pero se perderia el trabajo en querer analizar á cada momento las movibles impresiones de aquel natural en que la inteligencia y el corazon parecian sostener una lucha continua y acelerada, de aquel hombre que devoraba la vida por el centro, y las dos estremidades, gozando con los sentidos, con la memoria, y con la esperanza, llamando sin descanso el pasado y el porvenir para ayudar el presente que no bastaba á su apetito insaciable de vida.

Sin embargo, la vieja francesa se agitaba haciendo mil demostraciones de agrado. Rio-Santo la saludó de una manera equivoca y que contrastaba estraordinariamente con la distincion habitual y ejem-

plar de sus modales. En seguida se adelantò hácia Suzannah que levantó con timidez sus grandes ojos negros. Le besó la mano:

—La señora princesa, dijo, me permitirá que le ofrezca mi respetuoso homenage?

—El marqués de Rio-Santo, mi querida niña, añadió la duquesa de Gévres á modo de presentacion.

Suzannah se inclinó y dijo con voz baja.

—Me han dicho muchas cosas, caballero..... Me acuerdo de algunas; y procuraré saber las otras.....

—No os comprendo, señora, la interrumpió sonriéndose Rio-Santo. He venido para hablaros de Paris..... Que noticias teneis de Francia?

=El marqués no sabe nada, ángel mio! murmuró la duquesa al oido de Suzannah.

—Creia que era el amo á quien debo servir, balbució la hermosa jóven avergonzándose.

La duquesa hizo un signo enérgico de negacion, y Suzannah bajò de nuevo los ojos, pero no tan pronto que no se pudiesen leer en ellos la espresion de la duda.

Rio-Santo la contempló aun por un momento.

—Señora, dijo en seguida á la francesa que habia llevado al fondo del palco,

buscad ahora mismo un pretesto para retiraros..... Es preciso que esta jóven quede sola cuando yo vuelva á este palco.

Asi que dijo esto saludó á Suzannah y se retiró.

La duquesa viuda de Gévres quizá quedó un poco ofendida con aquella súbita despedida, pero no lo manifestó.

—Querida mia, le dijo, quisiera quedarme con vos para guiaros y sosteneros, pero me siento bastante indispuesta, y, á mi edad, la prudencia es necesaria..... Voy á dejaros sola, Suzannah; acordaos de todas mis instrucciones..... Obedeced ciegamente á cualquier hombre, aunque fuese un mendigo de la calle, que pronuncie á vuestro oido las palabras que os he indicado.... No olvideis que venis de Francia, y hablad como la viuda del príncipe Felipe de Longueville, mi desgraciado sobrino..... Por lo que respecta al marqués, hija mia, mucha discrecion, os lo encargo!.... El marqués no es de los nuestros y.....

—Señora, interrumpió Suzannah, no veré pronto á Brian de Lancester?

La vieja francesa comenzó á sonreirse.

—Paciencia, hermosa mia, un poquito de paciencia, contestò, le vereis pronto, y le vereis por mucho tiempo..... Hasta la vista, hija mia,.... valor!..... y que tengais muchas satisfacciones con el Muy Honorable Brian de Lancester!

La duquesa viuda, se envolviò en su bata acolchada, y Suzannah se quedó sola.

Rio-Santo volvió al palco de lady Ophelia; se sentó á su lado, y abrió la boca para hablar, pero, cosa seguramente muy estraña, pues no se necesitaba poco para intimidar á Rio-Santo, dudò, y pareció buscaba espresiones.

Es que procuraba intentar un paso atrevido y quizá sin ejemplar en nuestra aristocracia, esclava de la costumbre, y ceñida sin cesar en el estrecho círculo de la etiqueta nacional. Pues por grande que fuese el amor de la condesa, las primeras palabras de Rio-Santo debian sublevar en ella, todos los instintos de su orgullo de inglesa, y de lady. Estas son cosas peligrosas de escitar, pues generalmente, en nuestras damas, estos instintos son mas fuertes que el amor.

Conociendo tambien el marqués por decirlo asi, temblar el terreno bajo sus pies, dudaba y permanecia callado.

Las mugeres que aman adivinan. La condesa vino á su socorro.

—Tendreis alguna cosa que pedirme, milord? dijo.

—Si, milady, contestò Rio-Santo cuyo malestar se vió ligeramente disminuido por esta manifestacion, tengo una gracia que pediros..... un servicio, fútil en apariencia, y

que, en otros paises, seria la cosa mas sencilla del mundo, pero que, con respecto á vuestras costumbres inglesas.....

—No sabeis milord, que no negaré nada!

Rio-Santo debia aguardar aquella respuesta, y sin embargo le causò una penosa sensacion.

—Seguramente, señora, creo en vuestra bondad sin límites. Os pediria sin temor un servicio importante: pero son bagatelas.... Creo, bien lo veis, que he tardado demasiado en deciros de lo que se trata.... La señora princesa de Longueville de cuya encantadora hospitalidad me he aprovechado muchas veces en Paris, se encuentra aqui sola con su tia, la señora duquesa de Gévres, cuya delicada salud neutraliza su buen deseo..... Mirad, vedla ahora sola en su palco, y apostaria á que la duquesa se ha visto precisada á retirarse..... Seria muy dichoso, milady, si quisieseis ayudarme para satisfacer la deuda de cortesia que he contraido con la princesa. Tendria el honor de presentarosla.....

—Aqui, milord? interrumpió Ophelia.

=Si teneis á bien permitirmelo, milady.

—No, milord..... no se puede hacer asi..... las conveniencias.....

=Me lo negais! dijo Rio-Santo quejoso.

La condesa se levantó.

—Milord, dijo, tened la bondad de darme vuestro brazo; para que cumplais como es debido, es mas conveniente que se ahorren los primeros pasos á la estrangera..... Me presentareis á la señora princesa de Longueville, y tendré el honor de ofrecerle mi palco, milord.

Rio-Santo besó la mano de Ophelia con verdadero reconocimiento, y la condesa se creyó demasiado pagada por el cariñoso amor que manifestó en su mirada.

Un momento despues, la condesa y Rio-Santo entraron en el palco de Suzannah. Esta se levantó, y, con gran admiracion del marqués que acababa de verla tímida y embarazada, hizo los honores con una gracia sencilla pero completa. Correspondió á las demostraciones de la condesa como era conveniente, y capaz de sostener la antigua reputacion de aquella nobleza de Francia que estaba precisada á representar, y que pasa con razon ò sin ella por la mas cortés del universo.

Si el marqués de Rio-Santo tenia un interés personal y formal en abrir para Suzannah las puertas cerradas del gran mundo británico, debió aplaudirse vivamente. El resultado sobrepasaba á las esperanzas. Dos damas, una princesa y otra condesa, presentadas una á otra, por un hombre, en Lóndres!

Era un trabajo herculeo, un milagro completo!

Ya está todo dicho: dado el primer paso, ya no habia obstáculos: Suzannah podia entrar en todas partes del brazo de la condesa de Derby, pues tenia el título de princesa, y mas aun porque era hermosa entre las hermosas.

Pero, sin lady Ophelia, su título de princesa hubiera sido como aquellas llaves de oro que no vienen á ninguna cerradura. Es preciso ser presentada; es la regla, es el axioma, el eje tieso, eterno, pesado para mover, al rededor del cual gira constantemente el aparato entero de la etiqueta inglesa.

Lo repetimos de nuevo, todo está dicho. Suzannah, la hija del judio ahorcado, entraba de lleno en aquel palacio de la aristocracia, á cuyo dintel se condenan, sin poderlo pasar, tantos plebeyos millonarios.

Rio-Santo se despidió cuando llevó á las dos damas al palco de la condesa.

Suzannah se sentó, y al momento los quince ó veinte anteojos del palco grande de platea, se asestaron impetuosamente sobre ella, y se oyeron mil esclamaciones de admiracion, unidas á grandes apuestas: á que no tiene veinte años; á que era Italiana; á que tiene mas cabellos que la Briotta; á que su broche vale 2.000 libras etc. etc.

Lantures-Luces, de buena gana hubiera querido apostar, y sobre todo hablar, pero habia perdido sus lentes gemelos. Y qué era Lantures-Luces sin sus lentes montados en dorado alambre?

—Conozco los cabellos de la Briotta! dijo unicamente con discrecion: hablo con formalidad..... esos si que son hermosos cabellos!..... No veo á esa lady, síno fuese por esto, yo apostaria todo lo que quisiesen. Pero tengo mucha confianza en mi querido Brian..... Brian, vive Dios! querido mio, decidme vuestro parecer sobre los cabellos de esa linda desconocida..... Veamos!

Brian de Lancester estaba en la oscuridad, al fin del palco donde bostezaba con entusiasmo.

—Ha visto alguno de vosotros á milord mi hermano? preguntó en vez de responder á Lantures-Luces.

—Yo no tengo mi lente, querido mio, contestó este último.

Los demas contestaron negativamente, y uno de ellos añadió:

—Habreis venido esta noche para pagarle su renta, Lancester?

—Para eso mismo he venido, señores.

Se levantó y se dirigió hácia la delantera del palco.

—Es una muger admirable! dijo al ver á Suzannah.

—Gracias á Dios! esclamó el vizconde, ahora yo juraré que es encantadora..... Tengo una confianza ciega en este querido Brian.

—Hasta la vista, señores, dijo este; voy á buscar á milord mi hermano.

—Pobre conde! añadió el dandy cuando Brian salió; sabeis, señores, que si me hallára en el lugar de lord White-Manor, ese diablo de Brian me volveria loco!

—Y con razon.

—Brian lo trae por una oreja, pardiez! dijo otro, y hace muy bien.

Se pusieron hablar de pasatiempos, de bailarinas, de ladies, de chalecos, de champagne, de látigos, etc.

Suzannah y la condesa se quedaron solas frente una de otra. Por parte de Ophelia habia seguramente muchos motivos de prevenciones desfavorables contra aquella muger, que le habia sido presentada tan bruscamente, que Rio-Santo habia conocido, y que tenia tantos deseos de servir; pero loco de aquel que quisiese sujetar á causas lógicas, ó solamente reales, aquellos sentimientos espontáneos, rápidos, y caprichosos, que forman en una palabra la muger, ó si parece mejor, la conciencia de la muger, su corazon y su cérebro. La condesa quedó prendada invenciblemente y desde el principio de Suzannah, simpatizaron tacita-

mente antes de haberse hablado mas palabras que las frases oficiales de una presentacion. En seguida cuando se hablaron, creyeron las dos al mismo tiempo que se amarian.

Hablaban sin cuidarse de la atencion general con que todas las personas del teatro miraban á la recienvenida, y sin inquietarse por las diversas esclamaciones que salian del *palco infernal* (1) como lo llamaba el francesito Lantures-Luces, cuando Brian se inclinó hácia la delantera de aquel mismo palco para mirar á Suzannah. La hermosa jòven lo distinguiò, y se detuvo en medio de una frase comenzada. Todo su ser quedò instantaneamente inmóvil: la mirada de Brian le hirió en el corazon, en la cabeza, en todo su ser, como sucede con el choque magnético de una tremielga que toca bajo el agua el desnudo cuerpo de un nadador.

La condesa tambien tuvo su parte en este choque tan violento y repentino: observó la palidez de Suzannah, y, siguiendo curiosamente su mirada, viò á Brian que salia del palco infernal.

—Le ama, dijo.

(1) Nombre de un palco de la ópera parisiense donde se reunen, segun dicen, los leones del Boulevart de Gand.

Esta es la primera, la única sospecha que se presenta á la imaginacion de una muger.

La condesa conservó en lo sucesivo un discreto silencio, y volviò la cabeza, dejando á su compañera aislarse y complacerse en su emocion.

Por lo demas, se puede asegurar que aquella sospecha aumentò mas su simpatia, pues ponia á Rio-Santo fuera de combate, apartando asi el único motivo de frialdad que pudiese contrarestar su naciente benevolencia.

Suzannah esperaba que entrase en el palco Brian de Lancester, mas con una penosa admiracion le vió frente á ella sentado al lado de lady Campbell.

Bajó la cabeza y se puso triste.

—Va á venir! dijo una voz á su oido: y muy pronto!

Suzannah se volvió, pero no habia nadie detras de ella, y el gran biombo que cerraba el palco inmediato comenzó á oscilar, y Suzannah creyó distinguir, por la abertura que producia á intervalos iguales el balance del biombo, el insignificante perfil del ciego Tyrrel.

Se inclinó para verle mejor, y el biombo dejò de bambolearse.

Durante esto, el buen capitan Paddy O'Chrane en vez de comprar las naranjas

prometidas á la roja y demasiado crédula tabernera de las «Armes de la Couronne» bajó paso á paso la gran escalera del teatro, y salió al perístilo.

Al bajar se rascaba con frecuencia la oreja derecha, signo cierto de hallarse embarazado, y mascaba entre dientes una especie de jeremiada, en la que los epitetos mas contradictorios bailaban de gusto viéndose unidos á un mismo nombre. Incidentalmente y á manera de puntuacion, llamaba al diablo, segun su costumbre, para que se lo llevara cuanto antes.

El diablo se hacia el sordo, mirándose mucho para cargar con un irlandés de seis pies de largo y seis pulgadas de ancho, que debia ir temprano ó tarde al infierno franco de porte.

El capitan atravesó Bow-Street por delante del teatro, y se paró en un ricon de Before-Lane.

=Un hombre mañoso! murmuraba, ¡diantre si es difícil encontrarlo á esta hora en los alrededores de Convent-Garden!.... yo mismo, he visto el tiempo, vive Dios! en que era tan mañoso como cualquier otro... Pero un hombre seguro..... Esto es distinto!..... Ahi esta ese pícaro asqueroso, mi antiguo amigo Bob, que robaria la lengua de una muger parlanchina antes que tuviese tiempo de decir Señor Dios mio!.....

esto es, à fé mia, la pura verdad!..... Pero decidle que devuelva la lengua.... ó cualquiera otra cosa que hubiese robado..... seria lo mismo que si le dijera me devolviese mi pañuelo!

El capitan inclinó con tristura la cabeza al recuerdo de su pañuelo.

Respecto á ese miserable escuerzo de Snail, el niño querido, seguramente es imposible encontrar un animal mas perverso, y mas dañoso..... Hará lo que se quiera y yo respondo de él por Satanás! Pero aun es demasiado jóven para trabajar en público y con la claridad que despide la lucerna..... Está visto, y asi Dios me confunda, que no podré llevar una noche á mistress Burnett al teatro sin que me suceda una cosa semejante.....

El capitan no concluyò su frase. Sin duda puso un término á sus irresoluciones, pues entró en Before-Lane á pasos precipitados, *metiéndose* en el lodo y pareciéndose de lejos á un tántalo, ó ibis de Egipto mojando la estremidad de sus largas piernas en el historico y benéfico lodo del Nilo.

Dió una patada á la endeble puerta de *The Pipe and Pot* y entró.

La taberna de Peg Witch tenia una apariencia mucho mas animada que otras veces, y Assy-la-Rousse corria atolondrada

de una á otra mesa, sin saber á cual acudir.

Madge, impasible, con la pipa en la boca, y el sombrero en la cabeza, fumaba, bebia y no hablaba nada.

Mich tenia los dos codos apoyados sobre la mesa: estaba sin sombrero: un tumor sangriento aparecia sobre su sien, y, de cuando en cuando, una gota de sangre pálida y blanquinosa corria á lo largo de sus cabellos empapados en sudor, y caia sobre su hombro.

Snail bebia, maullaba, cantaba, y apostrofaba á la bruja Peg, besaba la tosca barba de Madge, y tiraba las escurriduras de su vaso á la cabeza d' Assy-la-Rousse.

En un rincon, Loo, estupefacta por la embriaguez, bailaba cantando un romance monotono y apagado. Nadie se cuidaba de ella: la pobre muchacha, agotada por aquel esfuerzo insensato, hipaba y sudaba á chorros: su concavo pecho jadeaba; y dos manchas encarnadas brillaban en los juanetes de sus lividas mejillas.

De cuando en cuando se acercaba á la mesa y pedia de beber.

Snail le echaba un vaso lleno de rom. Lo bebia, y comenzaba de nuevo á bailar dando vueltas en un espacio estrecho y lleno de escombros.

En otro rincon, Bob-Lantern sentado

junto á una mesa con un pedazo de queso enmohecido, concluia una cena muy frugal, que regaba con cerveza.

La entrada de un personage importante como era el capitan Paddy O'Chrane no pudo menos de causar sensacion: Peg medio se levantó por respeto: Assy-la-Rousse rompió un vaso: Snail maulló como un gato enamorado; Madge hizo una especie de saludo militar; Loo pidió de beber; y Bob-Lantern ocultó con una rapidez mágica cierto pañuelo con el que estaba en disposicion de sonarse.

Solamente Mich no se movió.

—Buena noche, Peg, furia infernal, dijo el capitan; buena noche mi antigua amiga..... Dadme un vaso de rom, Assy; estais mas sucia que una servilleta que ha servido quince dias, corazon mio!

Dió algunos pasos hácia adelante y se halló muy pronto entre Snail y Bob. Sus irresoluciones volvieron á comenzar mas fuertes.

—Buena noche; ó que Dios me condene! capitan, dijo Snail.

M. O'Chrane, pronunció respetuosamente Bob, que seais muy bien venido.

—Seguramente estoy por este infame reptil de Snail; pobre muñeco! murmuró Paddy: este odioso bandido de Bob es un muchacho estimable, pero me causa miedo!

—Tendremos el honor de beber con vos, capitan? preguntò Snail.

=Si, por Dios, nene digno de la rueda, hijo mio: beberé contigo..... y con el gordo Mich, masa estupida, apreciable pillo!..... y con tu linda Madge, como tu la llamas, aunque..... Pero que me importa eso?..... y aun con Loo, pobre muchacha..... Diantre, querido mio, si se puede beber con una compañia mas abominable!.... A vuestra salud, señores!

—A la vuestra! M. O'Chrane, dijo por detrás Bob-Lantern, que tomó un trago de su cerbeza.

—Bravo! pestilencial pícaro, bravo Bob, camarada mio; no tengo necesidad de decirte lo que te deseo..... Ahora, Snail, amiguito mio, por todo el infierno, hablemos con formalidad si es posible.

Snail dió una carcajada.

=Lo oyes, mi linda Madge! esclamó: Loo, lo oyes?.... Hablar con formalidad, un dia de paga, una noche de *tango!*..... vaya capitan!

=No te arrepentirás, Snail.

—Yo os digo, esclamó el muchacho que tambien tenia en la cabeza mas cerbeza que la que podia resistir su pobre cérebro, yo os digo, capitan, que quiero divertirme.

=Bien! gran tuno, te divertiras, hijo mio..... te divertiras despues!

—Pero no sabeis que ha habido un *regular* row (1) en *spirit-shop* de Bow-Street.....

=Qué me importa eso, hijo menor de Satanás?

—Ah! que os importa?..... Mirad la oreja de Mich, mi cuñado..... Esa guapa chica de Loo está borracha, sino fuese por esto se reiria mucho..... Mich y Turnbull han disputado y se han peleado como dos valentones, miradlo..... Pero los agentes de policia llegaron..... Mich y Tom se han citado aqui para esta noche..... Habrá *jaleo* y yo no me iria aun cuando mi linda Madge me lo pidiese.

—Pero infame aborto, esclamó el capitan indignado; pero mi querido niño.....

=Escuchad! le interrumpió Snail, que mudó de pronto de parecer. Mich es muy buen muchacho, aun cuando pega muy amenudo á la pobre Loo..... si voy con vos me prometeis colocar á Mich para hacer el oficio de ladrador?

=Todo cuanto quieras, maldito muñeco.

=De veras?

=De veras!

—Lo oyes Mich? procura no dejarte zurrar esta noche, cuñado mio..... vamos, capitan.

(1) Zarracina, pelea á puñadas.

Loo, cansada, jadeando continuaba bailando y cantando.

Paddy se apresuró á decir una palabra á Snail, y los dos salieron á la callejuela.

Bob se levantó con sosiego y los siguió.

FIN DEL PRIMER TOMO.

INDICE

DE ESTE PRIMER TOMO.

PRIMERA PARTE.

LOS CABALLEROS DE LA NOCHE.

		Pagina.
CAPITULO	I. La niebla.	5.
	II. Una colecta en la iglesia del Temple.	30.
	III. El advenimiento de un Leon.	57.
	IV. El amor viene pensando en él.	74.
	V. El baile.	95.
	VI. De una á otra acera de la calle.	134.
	VII. Mors ferro nostra mors. . .	160.
	VIII. La hija del ahorcado. . . .	171.
	IX. El herido.	157.
	X. Proezas y disfraces de Bob-Lantern.	193.
	XI. El pomito.	219.
	XII. La hora de levantarse. . . .	231.
	XIII. Una entrevista.	245.
	XIV. The Pipe and Pot.	260.
	XV. Inventarios de faltriqueras. .	276.
	XVI. El turno de los Carruajes.	290.
	XVII. Un entreacto.	304.

INDICE

DE ESTE PRIMER TOMO.

PRIMERA PARTE.

LOS CABALLEROS DE LA NOCHE.

PAGINA.

CAPITULO I. La niebla. . . . . 5.
II. Una colecta en la iglesia del Temple. . . . . 30.
III. El advenimiento de un Leon. 57.
IV. El amor viene pensando en él. . . . . 74.
V. El baile. . . . . 95.
VI. De una á otra acera de la calle. . . . . 134.
VII. Mors ferro nostra mors. . . 160.
VIII. La hija del ahorcado. . . . 171.
IX. El herido. . . . . 157.
X. Proezas y disfraces de Bob-Lantern. . . . . 193.
XI. El pomito. . . . . 219.
XII. La hora de levantarse. . . . 231.
XIII. Una entrevista. . . . . 245.
XIV. The Pipe and Pot. . . . . 260.
XV. Inventarios de faltriqueras. . 276.
XVI. El turno de los Carruajes. . 290.
XVII. Un entreacto. . . . . 304.